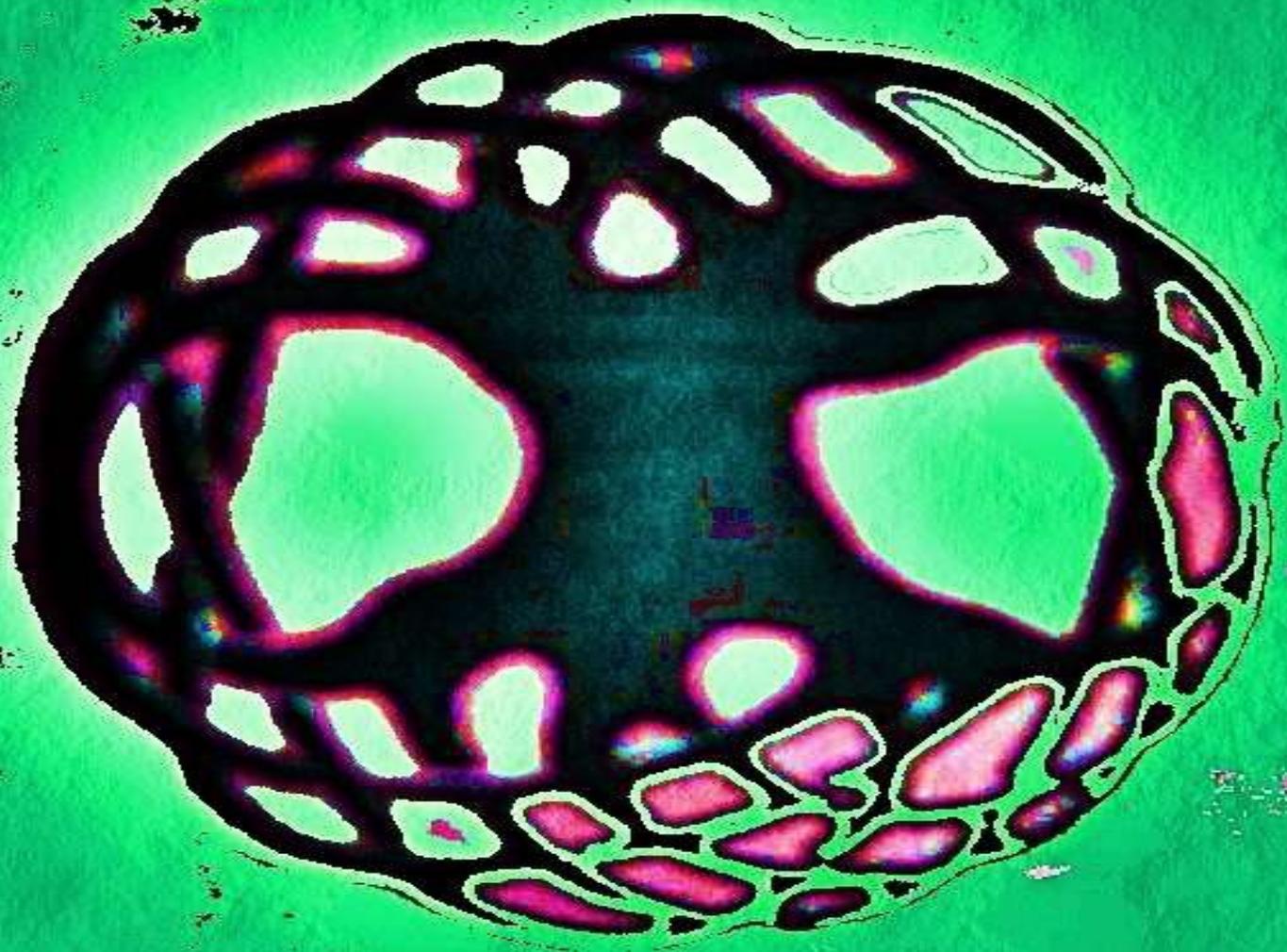


SOPHIE SAINT ROSE



BRUJAS III
(MARA)

Brujas

(Mara)

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Capítulo 1

Mara chasqueó la lengua y como su compañero de viaje seguía roncando, giró la cabeza lentamente rechinando los dientes y tomó aire.

—Relájate Mara. No está bien que le partas las piernas porque ronque un poco —siseó en voz baja antes de mover el cuello de un lado a otro intentando pensar en otra cosa. Aunque de todas maneras no podría rompérselas porque había perdido sus dones. Castigada un año sin ellos excepto el de la sanación. Maldita sacerdotisa. Apretó los puños con rabia reconociendo que la había envidiado a ella y a su hermana gemela. Parecían tan felices... Mientras Mara había estado de orfanato en orfanato, ellas habían llevado una vida de lujo, disfrutando de sus dones libremente mientras que ella no tenía ni para comer. Todavía recordaba una de las casas en acogida, donde la mujer que se suponía que las cuidaba, les hacía recoger basura en la calle para que comieran, porque en su casa solo había comida para sus hijos y su marido. Hizo bien en quemarles la casa. Que se jodieran. Así había sacado de allí a cuatro niños mucho más pequeños que ella. Miró por la ventanilla. Esperaba que les fuera bien. Les había cogido mucho cariño, pero desgraciadamente cuando les separaron no volvió a saber de ellos.

Gracias a ese episodio había terminado en el último orfanato en Glasgow y fue precisamente allí donde la encontraron. Estaba poniendo una de las mesas para comer y una mujer pasó por el comedor hablando con la directora del centro. Tenía pinta de ricachona con un traje de chaqueta de Chanel y su impecable cabello rubio cortado por la nuca. Se detuvo en seco mirándola y Mara agachó la cabeza dejando que su cabello pelirrojo la ocultara.

—¿Es una de las internas?

—Sí, señora Willis. Mara llegó a nosotros hace dos años ya. Está a punto de cumplir los dieciocho. Una pena. Perdió a su madre con seis años y no ha encontrado una familia en la que encaje.

La mujer se acercó a ella y Mara hizo que no la veía mientras colocaba los cubiertos al lado de los platos. —Así que te llamas Mara.

Con ganas de mandarla a la mierda porque era la típica rica que para sentirse bien consigo misma pasaba por allí y les daba un donativo, dijo con burla —Sí, señora. Me llamo Mara.

La señora Willis sonrió viendo la furia en sus ojos verdes. —Prepare los papeles, señora Matthews. Me la llevo de inmediato.

La directora la miró sorprendida. —Pero eso lleva unos trámites... Un tiempo.

—Usted sabrá acelerarlos, ¿no es cierto? Seré generosa.

La señora Matthews casi salió corriendo y la ricachona se volvió hacia ella mirándola irónica. Mara levantó la barbilla preguntándose qué rayos querría esa mujer de ella.

—Así me gusta, levanta la barbilla. —La miró con admiración con sus ojos grises. —Eres una superviviente.

—No me voy a ir con usted.

—Claro que sí. Porque yo te voy a llevar al sitio donde deberías haberte criado. —La cogió por la barbilla y negó con la cabeza. —Supongo que habrás sido discreta con tus dones. —Los ojos verdes de Mara la miraron sorprendida. —Si has abusado de ellos serás castigada, pero deduzco que si estás aquí es que no tienes ni idea de qué hacer con ellos.

—Suéltame antes de que me cabree.

La mujer se echó a reír apartándose. —Así que solo los muestras cuando estás cabreada. Eso puede ser peligroso. Por cierto, me llamo London.

—Felicidades —dijo con burla antes de tirar el resto de los cubiertos

sobre la mesa.

London movió los dedos y todos los cubiertos se colocaron en su sitio sorprendiéndola. —Bienvenida a nuestro mundo, Mara. A partir de ahora tu vida va a cambiar para siempre.

Pero no cambió demasiado. De un orfanato la llevó a un castillo apartado, y rodeada de todos los lujos se sentía aún más desplazada que cuando estaba en el orfanato. Había chicas de todas las edades. Brujas como ella, que se instruían desde jóvenes para controlar y desarrollar sus dones. Pero como se retraía, las demás la miraban como si fuera un bicho raro y no se querían relacionar con ella. La llamaban la huerfanita a sus espaldas y varias veces perdió la paciencia, pero ellas no dijeron nada porque también sabían que habían hecho mal. Hasta que llegó el momento de su castigo y entonces sí que hablaron, cabreando más a la sacerdotisa y sobre todo a su hermana, que buscaba venganza por cómo había tratado a su prometido. Apretó los labios. No tenía que haberle roto la pierna, pero les vio tan felices montando a caballo a un día de su matrimonio que perdió los nervios. Ni se dio cuenta de que le rompía la pierna hasta que él gritó. Valerie, su sacerdotisa y la bruja más poderosa que las guiaba, la había mirado con sus ojos violetas y le había impuesto un año en Senegal privada de sus dones para que supiera la suerte que tenía. Bufó dándole un codazo a su compañero que se despertó sobresaltado. No había tenido suerte en la vida y ahora tenía que pasarse un maldito año más ayudando a los que realmente no tenían nada. Puede que un cambio de aires le viniera bien. Nunca se sabía.

—¡Mara!

Le dio una patada al balón y los niños gritaron cuando metió un golazo. Levantó los brazos mientras todos les rodeaban porque habían ganado el

partido.

—¡Mara! ¡Tienes correo!

Sorprendida miró a Cliff. —¿Me estás vacilando?

El médico se echó a reír quitándose la gorra y mostrando su cabello rubio empapado de sudor. —De Nueva York.

—Mierda —siseó porque sabía de quien era la carta. Acarició las cabezas de los chicos—. Me reclaman. —Varios protestaron. —Después jugaremos un poco más, ¿de acuerdo?

—¿Nos leerás un cuento? ¡Yo prefiero un cuento! —gritó uno de ellos.

—Y un cuento. Lo prometo. Ahora dejarme que tengo que leer esa carta tan importante.

Los niños se dispersaron y ella se acercó a Cliff que se la tendió. Al ver el nombre silbó. —¿La reina me reclama?

—No te burles. Sin ella este campamento no existiría.

Le guiñó un ojo. —Entonces le diré que necesitamos más pasta.

—Eso no vendría mal. Aunque ya le has sacado bastante en los últimos tres años y te estamos muy agradecidos... pero si le dijeras que necesitamos más material médico...

—Eso tampoco vendría mal, ¿verdad? —Divertida fue hasta la mesa que había bajo un toldo y se sentó en el banco rasgando el sobre.

Cliff se sentó frente a ella y Mara entrecerró los ojos leyéndola rápidamente.

—¿Malas noticias?

—Horribles. —Cerró la carta y la puso sobre la mesa sintiendo una pena enorme. —Tengo que irme.

—No fastidies. —La miró como si le hubiera dado el disgusto de su vida y Mara se sonrojó ligeramente porque Cliff se le había insinuado delicadamente varias veces. Igual sí que era el momento de irse porque eso

nunca pasaría. —¿Cuándo?

—Cuanto antes. Exactamente me dice que es hora de que vuelva a la civilización. Quiere verme de inmediato.

—Y no vas a regresar.

—Valerie dice que es hora de que busque mi destino.

—¿Y si tu destino está aquí? —preguntó ilusionado.

—Entonces supongo que volveré. Pero no lo creo. —Cliff perdió la sonrisa poco a poco. —Lo siento.

—Te echaremos de menos.

—Y yo a vosotros. —Sonrió con tristeza. —Le daré tanto el coñazo a Valerie para que os aumente la donación anual, que cuando la recibáis, estaréis orgullosos de mí.

—Ya estamos orgullosos de ti.

Le miró emocionada. —¿De verdad?

—Has sido una ayuda inestimable estos años. Pero entiendo que tienes que regresar a tu vida.

Perdió la sonrisa que tenía recordando a Cliff. Su vida. ¿Qué vida? No tenía amigos fuera de Senegal y ahora iba hacia Nueva York. Miró a los ojos al policía antes de que revisara su pasaporte y se lo selló cuando le convenció mentalmente de que todo iba bien. —Pase.

—Ya estoy en los Estados Unidos —dijo como si estuviera ilusionada. Se giró y gruñó por lo bajo—. Menuda mierda.

Como solo llevaba una mochila no tuvo que recoger el equipaje y cuando salió por las puertas automáticas, miró distraída a su alrededor mientras guardaba su pasaporte en el bolsillo trasero de su viejo pantalón vaquero. Cuando vio a una rubia con un vestido rosa que llevaba las llaves del coche en la mano, la miró a los ojos porque su fuerza le llamó la atención. Estupendo. Se acercó a ella mientras la hermana de la sacerdotisa la miraba con la boca

abierta y no era para menos. Llevaba puesta una camiseta vieja y unos vaqueros. Su largo cabello pelirrojo le llegaba casi hasta los muslos y estaba muy morena.

—¡Dios mío, eres todo ojos y pelo! —exclamó Tessa mirándola de arriba abajo—. ¿Es que Valerie no te daba pasta para comer?

—Demasiada. —Miró a su alrededor y vio que dos tipos las miraban. —
¿Nos vamos?

Tessa miró a los tipos y levantó las cejas. —¡Qué más quisierais!
¡Circulad!

—Menuda borde. —Mara la miró sorprendida y ésta le hizo un gesto sin darle importancia cogiéndola por el brazo.

Tessa arrugó la naricita. —Hija, cómo necesitas una ducha.

—No soy tu hija.

—Guapa que solo te llevo unos añitos de nada.

—Sí, siete.

—Joder qué vieja soy.

—¿Qué tal tu maridito?

—Tan guapo como siempre. —La advirtió con la mirada. —Vuelve a tocarle un pelo y te despellejo viva.

—Quería disculparme por eso.

Tessa se detuvo sorprendida. —Sí que te han cambiado estos años.
Disculpas aceptadas.

Salieron del aeropuerto y Mara suspiró al ver el BMW último modelo que las esperaba. Tiró la mochila atrás y se sentó en el asiento del copiloto. Tessa sonrió arrancando. —¿A dónde me llevas?

—Primero vamos a ver a Valerie y después decidimos. —Vio un juguete infantil en el suelo y levantó una ceja cogiéndolo. —Es de mi hijo. Le encanta ese juguete y a mí me pone de los nervios con esos sonidos tan estridentes. —

Soltó una risita. —A Bob también le pone de los nervios. Creía que lo había tirado.

—Se te ve feliz.

Tessa la miró de reojo. —Nunca he sido tan feliz como ahora.

—¿Y a la sacerdotisa cómo le va?

—Disfrutando de su niña. Y esperando la siguiente. No se lo digas a Marc que todavía no lo sabe. Quiere darle una sorpresa.

—¿Y tú? ¿No quieres más?

—Claro que sí. Pero Maddy y Bruce tienen poco más de dos años y me gusta disfrutar de ellos. Igual el año que viene.

—¿Cómo se llama la niña de Valerie?

—Morgana. —La miró sorprendida. —Ya que no pudo llevar ella ese nombre, aun siendo su reencarnación, lo lleva su hija.

—Es un honor para ella que se llame así. No ha habido otra como ella.

La miró sonriendo. —Al parecer los tres meses que estuviste en el castillo los aprovechaste.

—Leí mucho.

—¿Lista para recuperar tus dones? —Como no contestó nada la miró de nuevo. —¿Mara?

—Quiero regresar a Senegal. —Tessa miró la carretera y tomó aire soltándolo de golpe. —¿Qué? Estoy en mi derecho, ¿no?

—Ahora estás huyendo de la realidad.

—¿A qué te refieres?

—Era una lección, Mara. No tu vida. Tu vida será otra. ¿Has aprendido la lección? ¿A valorar lo que la naturaleza te ha dado?

Mara miró por la ventanilla la ciudad de Nueva York. —Ya no sé quién soy ni qué quiero. Nunca he tenido un hogar. Solo me he sentido a gusto en Senegal.

Tessa apretó el volante entre sus manos. —Está bien que ayudes a los demás, pero tú por tú condición puedes ayudar de millones de maneras distintas. Te has escondido dos años más de lo que fue tu castigo y Valerie te lo ha permitido. Pero eso se acabó. Es hora de que inicies tu misión. —Sonrió agradablemente. —Has cambiado. Ya no tienes el rencor dentro de ti. Ahora solo queda el miedo y la pena.

—No tengo miedo.

—Sí que lo tienes. Pero nosotras te ayudaremos a que encuentres tu camino. Somos una gran familia, Mara. Jamás estarás sola de nuevo si no quieres.

—No necesito a nadie.

—Todo el mundo necesita a alguien. Un amigo, un amor, un abrazo...

—Joder, qué ñoña estás desde que eres madre. Me gustabas más con tu mala leche clamando justicia.

Tessa se echó a reír a carcajadas y la miró maliciosa acelerando como una loca. —Sigo siendo yo, ¿sabes?

Mara chilló cuando adelantó un camión tan cerca que pensó que se metían por debajo del remolque. —¡Estás chiflada!

—¿Ahora quieres vivir? —preguntó zigzagueando entre un coche y otro.

—¡Sí!

Tessa sonrió aminorando la velocidad. —Eso creía.

—¡Se lo voy a decir a tu marido! Ya verás como con él no te ríes tanto.

—Bob ya está acostumbrado a mi manera de conducir. Y no le dirás nada, chivata. Porque si te atreves, te hago un nudo en la lengua. —La miró asombrada y Tessa asintió. —Puedo hacerlo.

—Te creo.

—Eso pensaba.

—Cambiemos de tema.

—Ya verás, te encantará vivir en Nueva York. ¡Es excitante!

Eso sí que la dejó de piedra. —¿En Nueva York? Yo pensaba que no me quedaría aquí.

—Ah, no. Tú te quedas aquí. Valerie tiene planes para ti.

—¿Para mí?

—Te veo un poco lenta. ¿Es por el viaje? ¿Tienes mal de altura o algo así?

—¿Por qué tengo que quedarme aquí?

—¿Y que más te da? Aquí estarás bien. Estamos nosotras.

Gruñó cruzándose de brazos. —Otra razón para no quedarme.

—Uy, qué graciosa. —Tessa alargó la mano y le dio una colleja. — Niña... pórtate bien.

La miró asombrada. —¡Me has pegado!

—Ha sido un toque de atención. Si quisiera reprenderte de veras... —La cara de Mara se pegó a la ventanilla de golpe y vio a un niño en el coche de enfrente que la saludaba mientras Tessa mentalmente movía su cara por el cristal.

—Vaaale —gruñó contra el cristal—. Looo cieento.

Tessa la soltó de inmediato. —Disculpas aceptadas.

Se frotó el lado derecho de la cara y Tessa sonrió radiante. —Ya verás que bien nos vamos a llevar.

—Te estrangularía.

—Mentirosilla... —Su moflete izquierdo salió disparado como si estuvieran pellizcándole la mejilla y se movió de arriba abajo de manera dolorosa. —¡Qué bien nos vamos a llevar! ¡Qué bien! —Le soltó el moflete de repente haciendo ploff.

La miró con rencor, pero decidió cerrar la boca porque le dolía la cara un montón.

Menuda mala leche tenía la hermana de la sacerdotisa. No quería pasarse los próximos cincuenta años con cara de sapo o algo así. Y esa era muy capaz. Y su hermana también.

Cuando llegaron a la ciudad, miró fascinada a su alrededor porque jamás había visto nada igual. —Sabía que te iba a gustar.

Llegaron a una calle que tenían casas de dos pisos a ambos lados y Tessa detuvo el coche ante una de ellas. —Qué suerte. Tenemos sitio. Vamos, que Valerie estará impaciente.

—¿Y eso por qué?

—Porque has llegado.

Confundida salió del coche y abrió la puerta de atrás para coger la mochila. Tessa cerró el coche con el mando y le señaló la casa de enfrente. Estaba muy bonita pintada de blanco con las ventanas en verde. Subió los tres escalones tras Tessa y ésta abrió la puerta mentalmente. —¡Ya estamos aquí! El piso de abajo es donde vivo yo con mi marido y Valerie ocupa el de arriba.

—¡Estoy en el salón!

Tessa le hizo un gesto con la mano entrando en el salón del primer piso y allí estaban los tres niños comiendo. Fascinada vio que los tres eran rubios y reconoció a Morgana de inmediato por ser la mayor. Revolvía el puré de verduras de un lado a otro sacándolo del plato de plástico. Valerie salió de la cocina con un plato de fruta y sonrió a Mara. —Bienvenida. ¿Qué tal el viaje?

Se encogió de hombros mirándola de arriba abajo. ¿Aquella era la sacerdotisa que vestía como una princesa? —Llevas un chándal —dijo sin poder evitarlo.

Valerie hizo una mueca. —Sí, pero solo hasta que llega mi marido. Ahí me pongo mona. Hay que mantener la llama. —Dejó el plato de fruta en medio de la mesa y miró a los niños. —Morgana, te lo vas a comer todo. —El puré que había salido del plato regresó a él de inmediato y la niña abrió los ojos

del asombro. Emocionada con un nuevo juego dio la vuelta al plato dejándolo caer todo y Mara se echó a reír al ver la exasperación de su sacerdotisa. —Es algo rebelde.

—Será de familia. —Las brujas la miraron y se sonrojó ligeramente antes de carraspear. —Quiero decir... Qué mona. —Disimulando tiró la mochila sobre el sofá. —Bien, ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Las hermanas se miraron antes de mirar a los niños y Mara frunció el ceño. —Oh, claro. —Se inclinó en una reverencia en señal de respeto y se enderezó respirando hondo. —Siempre se me olvida. ¿Bien? ¿Qué tengo que hacer ahora?

Valerie reprimió la risa y se acercó sentándose en el sofá. Dio dos palmaditas a su lado. —Siéntate, Mara. —Al ver que las dos sonreían de oreja a oreja se mosqueó, pero aun así apartó la mochila para sentarse a su lado. —Me han llegado informes muy favorables sobre ti durante estos tres años. Has ayudado mucho y te llevas muy bien con los niños. De hecho, te llevabas muy bien. Y nosotros necesitamos a una niñera que sea de nuestro mundo y que proteja a nuestros hijos de cualquier peligro.

Mara dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Será coña! ¿Me habéis traído a Nueva York para que cuide a vuestros hijos?

—Somos mujeres muy ocupadas y tu trabajo es de mucha responsabilidad. Mucha. Son el futuro.

—¿La madre que os parió! —Se levantó asombrada. —¿Me habéis hecho salir del campamento, donde sí me necesitaban de veras, para que haga de niñera?

—Nuestra madre estaría encantada de hacerlo, pero ahora tiene una gira por Europa con una galería. Es una pintora importante, ¿sabes?

—Y la abuela ya está mayor... Y vamos que no quiere —dijo Tessa fastidiada—. Madeleine se ha quedado en el castillo para supervisar, así que

no hay nadie más. Solo tú.

—¡Yo! ¿Yo? ¡Cómo si no hubiera niñeras en esta ciudad!

—Brujas no. ¡Y tiene que ser una bruja! ¿Sabes hace cuánto que no me voy de cena con mi marido? —protestó Valerie.

—¿Y a mí qué me importa?

—Pues debería importarte. Soy la sacerdotisa.

—Oh, disculpa. No me había dado cuenta de que era un honor.

—Pues muchas estarían encantadas.

—¡Ja! ¡Pues no las veo haciendo cola!

Valerie tomó aire por la nariz. —Mira, tú eres la más indicada. No puedes volver al castillo a formarte como deberías haber hecho y aquí podemos enseñarte nosotras. ¡A cambio de un buen sueldo, día y medio libre y la formación, vivirás aquí! ¡Y no hay más que hablar!

—¿Y mi pareja?

Las hermanas sonrieron de oreja a oreja. —Val, deberías haber empezado por ahí. Seguro que ahora está más atenta.

—Tu pareja está en esta ciudad. Suerte con tu búsqueda.

Mara frunció el ceño. —¿Cómo lo sabes? —La sacerdotisa levantó una ceja. —¿Es una pregunta estúpida?

—Un poco.

—¿Sabes quién es?

—No, pero sé que vive aquí. Le conocerás cuando el destino quiera. Mientras tanto a aprender y a cuidar a los niños.

Bueno, no era mal plan. De todas maneras ni tenía estudios que le dieran un trabajo mejor ni tenía casa ni mucho menos dinero. Pero le parecía que no había regateado lo suficiente. —Quiero mi propia casa y cuando termine a las... —Ambas negaron con la cabeza y bufó. —¿Tengo que estar aquí continuamente?

—Habrá noches que no tengas nada que hacer, pero habrá noches que tengas que trabajar. Que vivas aquí, es mucho más práctico.

—¡No tendré intimidad!

—¿Y para qué la quieres si estás soltera?

Fulminó a Tessa con la mirada. —Igual a tu marido le molesta que vaya en pelotas por la casa. O igual no. Nunca se sabe. —Las hermanas se echaron a reír a carcajadas y los niños las miraron. —¿Qué? —preguntó ofendida.

—No tienen ojos para otras mujeres, guapa. Son todos nuestros —dijo Tessa con chulería—. Seguro que si te viera desnuda, te diría que vas a coger un catarro antes de ir a buscarme para que te comprara ropa.

Valerie se tronchaba de la risa. —Aunque por la pinta que tienes, eso es algo que debemos hacer de inmediato.

—¿Habéis pensado en una guardería? Son muy prácticas. Pagas y te cuidan a los niños.

—Pero es que nuestros hijos son especiales. Y no puede cuidarlos cualquiera.

Mara se giró para ver a los niños. —Pues yo les veo muy normalitos.

—Mira. No voy a dejar que cualquiera cuide a mis niños —dijo Valerie muy seria.

—Bien dicho, hermana. Vamos a ver, que te estás poniendo muy rebelde cuando te damos trabajo y habitación. ¿Qué quieres tú en la vida, guapa?

—¿No decías que tenía que encontrar mi camino? Pues empezaré a buscarlo.

—Esto es un simple acto de rebeldía, ¿verdad? Estás molesta por el castigo, pero te ha venido muy bien. Seguro que ahora no vas rompiendo piernas por ahí.

—Quiero volver a Senegal.

Valerie miró asombrada a su hermana. —¿Y su hombre?

Tessa se encogió de hombros. —Ha debido darle mucho el sol durante estos tres años porque no lo entiendo.

Mara se sonrojó levantándose furiosa. —Oye guapa... —Chilló cuando le tiraron de la oreja mentalmente hasta sentarla en el sofá. —¡Vale, vale, cuidaré a los niños! ¡Ahora devuélveme mis dones!

Valerie chasqueó la lengua. —No sé... ¿Tú qué opinas, Tessa?

—Ha cumplido su castigo. Y durante más tiempo del que le ordenaste. Además, tenemos que enseñarla. Tiene que tenerlos.

—Sí, pero es Mara. Puede ser muy fastidiosa.

La aludida jadeó asombrada. —Oye, si quieres me largo.

—Más quisieras —dijo Tessa divertida.

Valerie la miró con sus ojos violetas. —No rompas nada. No se te ocurra hacer daño a nadie que no se lo merezca, porque entonces sí que me vas a ver cabreada, ¿me has entendido? Y sobre todo... Sobre todo cuida a los niños de cualquier peligro. Cualquiera.

Mara frunció el ceño. —¿Qué ocurre? ¿Os han amenazado o algo así?

Las hermanas se miraron y Tessa le hizo un gesto a su hermana que suspiró. —Sabes que nuestros maridos son policías, ¿verdad?

—Sí, compañeros en la misma comisaría. Me enteré en el castillo.

—Bien, pues últimamente están investigando unos asesinatos relacionados con el hampa.

—Joder, ¿la mafia?

—Estando con nosotras no habrá problemas. Los niños y nosotras estamos seguros, pero si estuvieran solos...

Mara se tensó. —¿Y vuestros maridos?

—Les he hecho un conjuro de protección. Lo he hecho con toda la familia, pero aun así...

—Estás asustada por tu familia. Eres la sacerdotisa, si has hecho un

conjuro para proteger a tus hijos no les pasará nada, aunque caiga una bomba aquí mismo.

—Eso no evita un secuestro para forzar a Marc y a Bob a que dejen la investigación —dijo Tessa muy seria.

—No quiero que mis niños pasen por algo así. Solo pensar que se pueden asustar siquiera por un gilipollas, te juro que me pone de muy mal humor. — Un trueno se escuchó cerca y Mara hizo una mueca. —¿Ves? Es que no lo puedo evitar.

—Tenía toda la pinta de que iba a llover —dijo ella sin darle importancia. Miró a los niños que eran para comérselos. Se encogió de hombros—. Por probar una temporada...

—Quiero que seas implacable si hay algún riesgo. ¿Me entiendes?

—Por supuesto, jefa. ¿Puedo romper todas las piernas que me dé la gana?

—Y algo más también.

—¿Por qué no les ayudáis a encontrarles?

—No, si ya saben quiénes son más o menos... Pero no hay pruebas suficientes —dijo Tessa exasperada—. El fiscal está muerto de miedo.

—Uy, pues entonces no tiene buena pinta.

—No. No la tiene. Evitarán que vayan a juicio todo lo posible. Tendrían que encontrarlos infraganti ante una cámara de video en medio de Times Square para que vayan a la cárcel.

—¿Y vuestros maridos por qué insisten?

—Son guerreros. Lucharán por lo que es justo hasta la muerte. Ya han muerto cuatro mujeres relacionadas directamente con la investigación. Aunque hay más.

Miró sorprendida a Tessa. —¿Y por qué?

—Son una red de trata de blancas. Las traen desde el este de Europa y las explotan aquí prometiéndoles el sueño americano. A la última le habían dado

una paliza que no le había dejado un hueso sano. Tuvo que sufrir muchísimo hasta morir. Bob opina que es para que las demás cierren la boca.

—Como advertencia de lo que les puede ocurrir.

—Exacto. —Valerie se levantó y Mara sonrió viendo cómo se soltaba su largo cabello rubio. Su mirada recayó en su vientre. —Es morena como su padre.

Las dos la miraron sorprendidas. —¿Cómo lo sabes?

—Me quitaste los poderes, pero no las visiones. La he visto. Tiene los ojos azules como el poli. —Miró a su alrededor. —Tengo sed. ¿Tenéis Coca-Cola?

Valerie señaló la puerta de la cocina. —Sírvelo tú misma.

En cuanto fue hasta allí las hermanas se miraron y Tessa se acercó. —¿Es lo que creo que es?

—Tengo que averiguarlo. —Juró por lo bajo. —Es increíble que Madeleine no se diera cuenta con todos los años que tiene de experiencia supervisando alumnas.

—Igual no se lo dijo a nadie. No estaba cómoda en el castillo en esos tiempos. Si es un oráculo y tiene visiones, seguro que se calló para pasar desapercibida.

—Un oráculo. No había una en más de cien años.

—Sí, y predijo la primera y la segunda guerra mundial. —Tessa apretó los labios.

—Gracias a eso muchas de las nuestras salvaron su vida. Está aquí para protegernos.

Mara salió bebiendo de una lata y cuando la miraron se detuvo en seco. —¿Qué?

Valerie sonrió. —Me voy a duchar. Tengo clase de yoga. —Fue hasta la salida. —Morgana, cómete la fruta.

Tessa se cruzó de brazos observándola y Mara carraspeó incómoda. —
¿Empiezo ahora?

—¿Tú qué crees?

Capítulo 2

Los niños eran buenísimos. Después de que les dio de comer, hablando con ellos simplemente para entretenerlos, les echó a dormir la siesta en la que se suponía que era su habitación en la planta baja. Las hermanas se habían ido y cuando se tumbó al lado de Morgana, porque estaba hecha polvo después del viaje, se dio cuenta de que no le habían devuelto los poderes. Frunció el ceño mirando el pelo rubio de la hija de la sacerdotisa y levantó la mano pensando en una esfera de energía. Allí estaba. Menos mal que no había pensado en fuego porque podían haber tenido un problema.

Bufó dejando caer el brazo y poco a poco se fue quedando dormida sin darse cuenta de que un campo de energía crecía rodeando su cama para proteger a los cuatro.

Valerie abrió la puerta y dejó caer la bolsa al suelo al ver la gran pompa sobre la cama mientras los cuatro dormían profundamente. Tessa tras ella susurró —Que niñera más buena. Ni se relaja dormida.

Cerró la puerta lentamente y miró a su hermana sonriendo de oreja a oreja. —¿Esta noche salimos? No lo hacemos desde que di a luz.

—¡Vamos a bailar! —Emocionada corrió hacia su habitación. —¡A ver que me ponga!

Le tiraron del pelo y Mara abrió un ojo para ver a Morgana sentada a su lado mirándola con sus ojitos violeta. —Galleta.

—¿Quieres una galleta?

—¡No!

La voz de Bruce le hizo levantar la cabeza para verle a punto de caer de la cama gateando. Chilló sin poder evitarlo incorporándose y le cogió por la cintura levantándolo antes de que rodara fuera de la cama. Miró a su alrededor porque Maddy no estaba y cuando escuchó un ruido debajo de la cama, saltó con el niño en brazos agachándose a un lado para verla tan contenta gateando hacia el otro lado. Se levantó de un salto cruzando al otro lado mientras Morgana soltaba una risita y cogió a Maddy que para su alivio parecía que estaba bien después de caerse de la cama. Gimió interiormente con los dos niños colgados de los brazos y miró a Morgana. —Esto va a ser más difícil de lo que creía. ¡Me faltan brazos!

Para su sorpresa Morgana se bajó de la cama con esfuerzo y caminó torpemente hacia la puerta saliendo de la habitación. —Estupendo. Al menos esta camina.

Se pasó toda la tarde para arriba y para abajo porque parecían estar en todas partes. Le asombró un poco que no hubiera nadie en el piso. Las muy brujas habían aprovechado el yoga porque no habían vuelto por casa. Pero cuando llegó la hora de la cena y no les vio el pelo, supo que se habían largado de juerga con sus maridos. ¡Hala, el primer día! Para que se empapara bien con lo que le esperaba. ¡Si no sabía ni lo que tenían que cenar!

Cuando abrió la nevera después de atar los niños a sus tronas para que no se movieran, se encontró con dos biberones con un post-it en cada uno con el nombre. En el estante de abajo estaba un plato de puré de verduras. —Está claro que si no te lo comes en la comida, te lo comes en la cena.

Morgana chasqueó la lengua antes de tirarle su avión de plástico a su primo que se puso a llorar cuando le dio en la cabeza. Mara hizo una mueca. —Cielo, ese no vuela. Es de plástico.

—Vale —dijo la niña como si lo hubiera entendido. Le tendió la mano a Bruce y se la pasó por la frente con cariño. El niño dejó de llorar de

inmediato.

—Uy, con ésta... Pronto empieza a curar.

Suspiró metiendo todo en el microondas y sonrió a los niños. —¿Queréis ver dibujos?

Encontró el televisor que estaba instalado en la moderna cocina y fue hasta allí cogiendo el mando. Al encenderla vio una imagen de la casa por fuera y que un coche se detenía ante la vivienda. Un tipo vestido de negro se bajó y encendió un coctel molotov tirándolo a la ventana. Alguien le tendió otro ya encendido y lo tiró por el cristal ya roto mientras el salón de Tessa ardía.

Mara miró a los niños. —¿Me podéis esperar un minutito? —Sonrió a Morgana señalando a la niña. —Quedas al cargo.

—Vale.

—Está claro que esa es tu palabra favorita.

—Sí.

—Perfecto.

Salió de la cocina y fue hacia el salón. Se cruzó de brazos mirando la calle y el coche no tardó en detenerse. Bueno, todavía podían arrepentirse. Se abrió la puerta de atrás y el tipo encendió el cóctel molotov. Sería gilipollas. Mara giró el dedo y el tipo se volvió y tiró el cóctel dentro del coche y al darse cuenta de lo que había hecho mientras sus amigos salían corriendo, intentó cogerlo quemándose las manos mientras gritaba de dolor. Mara chasqueó la lengua. —Menudo flojo.

La otra botella del coctel explotó en el coche y Mara estiró el cuello viendo como el tipo envuelto en llamas corría calle abajo. Menudo espectáculo para un barrio tan pijo. Se volvió y dio una palmada sonriendo al escuchar el click del microondas. —¡Ya está la cena, niños! ¿Qué dibujos queréis ver?

—¡Pepa Pig! —gritó Morgana desde la cocina.

—¡Pig! —gritó Maddy también.

—Bueno, esto no es tan difícil —susurró entrando en la cocina—. Pan comido.

Escuchó la llave de la puerta y derrotada giró la cabeza desde donde estaba sentada rodeada de niños dormidos. Al primero que vio fue a Bob que en cuanto la vio se detuvo en seco con la boca abierta. —¡Tú!

Vaya, al parecer no la había olvidado después de tres años. Forzó una sonrisa. —Hola.

Marc entró en el salón y gritó —¿Qué coño haces tú aquí?

—Soy la niñera.

—¿La qué? —vociferó Bob fulminándola con sus ojos verdes.

Cómo dormían esos niños que ni con los gritos se despertaban. —Shusss, están dormidos.

—Tranquila, no se despiertan ni a tiros —dijo Tessa sonriendo al ver a sus hijos dormiditos a su lado—. Mis angelitos. —Cogió el brazo de su marido. —¿Has visto que bien los cuida?

Valerie entró en la habitación y se quitó los tacones. Esa sí que era la sacerdotisa que conocía. Estaba preciosa. Ambas lo estaban con vestidos de firma que robaban el aliento. Aunque la verdad sus maridos no se quedaban atrás. Marc en moreno y Bob en rubio tenían músculos que demostraban su fuerza y eran altos como torres. Vaya suerte que tenían algunas.

—¿Qué ocurre aquí, Valerie? —preguntó Marc a su mujer pues era la que mandaba.

—Cariño, necesitábamos una niñera. Lo he meditado mucho y Mara es la mejor opción. —Sonrió a Mara. —¿Qué tal ha ido? ¿Todo bien?

—Sí que te ha cundido la clase de yoga.

—Es que después venía la de tango.

—Muy graciosa...

—Te dejamos la cena en la nevera —dijo Tessa como si fuera una quejica.

—¡Ni hablar! —exclamó Bob furioso—. ¡Esa mujer no va a cuidar a mis hijos! ¡Me rompió una pierna por capricho simplemente por fastidiarnos la boda!

—No cielo, no quería fastidiarnos la boda. Simplemente estaba algo celosa. —Mara la miró sorprendida porque se hubiera dado cuenta. —Pero es que ha llevado una vida muy dura y ahora todo será distinto. Ha cambiado mucho.

—¡Oye! ¡Qué yo no te tenía envidia! —dijo avergonzada.

Valerie le hizo un gesto con la mano. —Mara se queda. No hay más que hablar. Ella protegerá a nuestros hijos muy bien.

—¿Y yo no tengo nada que decir en esto? —preguntó Marc molesto cruzándose de brazos.

—Mi amor... Nuestros hijos son especiales. No puede cuidarles cualquiera y Mara necesita ayuda.

—¿Que yo qué? —protestó levantándose—. ¡Yo no necesito ayuda! ¡Me habéis obligado a estar aquí! ¡Yo estaba tan ricamente en Senegal!

—¡Tienes que empezar a vivir tu vida, Mara! —exclamó Tessa exasperada—. ¡Y cuando habla la sacerdotisa, tú te callas!

Jadeó asombrada. —¿Ahora eres mi madre?

—Para ti como si lo fuera. ¡Chitón!

Gruñó sentándose de nuevo y Valerie sonrió. —¿Puedo continuar?

—Por favor —respondió con burla.

—¿Ves? ¡Es incorregible! —protestó Marc asombrado.

—¡Oye, guapo... qué me piro encantada!

En ese momento llamaron a la puerta y Marc sacó de la espalda una pistola al igual que Bob que fueron hasta el hall preguntando de lejos quién era.

Cuando escucharon la policía Valerie la miró. —¿Qué has hecho?

—Bah, es que tenía frío. —Las gemelas se cruzaron de brazos y suspiró acariciando el cabello de Morgana sin darse cuenta. —Querían romper una ventana para tirar una bomba molotov de esas. Hice lo que tenía que hacer.

—Ah... —Ambas sonrieron. —Perfecto.

Sus maridos entraron en el salón mirándola fijamente con cara de cabreo. —¿Tres heridos y un coche calcinado? ¿Por qué? —gritó Bob fuera de sí.

—Bueno, esto es el colmo. —Se levantó molesta y fue hasta su habitación cogiendo la mochila que aún estaba sin abrir siquiera. Ya encontraría donde quedarse. Era bruja. No sería difícil convencer a un recepcionista de un hotel para que le diera una habitación.

Estaba a punto de salir cuando los cuatro le bloquearon el paso. Les miró con desconfianza. —Me largo de aquí.

—Ah, no. ¿No te lo había dicho ya? ¡Tú te quedas! —ordenó Valerie.

Todos dieron un paso hacia ella como si fueran a tirarse a su cuello en cualquier momento. —¡Atrás! —gritó extendiendo el brazo antes de meterse en la habitación cerrando con llave—. ¡Estáis pirados!

Corrió hacia la ventana y la abrió mentalmente antes de pasar medio cuerpo al callejón donde vio dos coches aparcados. Algo tiró de su pierna y gritó agarrándose al marco de la ventana. —¡Me quieren secuestrar! —Sus labios se unieron y aunque intentó gritar no pudo. Cayó de culo sobre el suelo de madera y cuando les miró, allí estaban los cuatro con los brazos cruzados.

—Joder, no tiene labios —dijo Bob impresionado—. Valerie eres la leche.

—He sido yo —dijo su mujer mosqueada.

La cogió por la cintura pegándola a él. —Perdona, cielito. Tú también eres la leche.

Tessa sonrió como una boba. —Yo también te quiero.

—Uhhh, Uhhh —protestó Mara mirándoles con odio.

Valerie se sentó en la cama y cruzó sus preciosas piernas mirándose las uñas. —Te estás poniendo muy pesada. —Gruñó entrecerrando los ojos. —A los niños les encantas y tienes que encontrar a tu pareja. ¡No encontrarás un trabajo mejor! —Su expresión demostraba que si pudiera se las cargaba y Marc reprimió la risa. —Además, te quedan mil cosas por aprender. Como por ejemplo, a dominar tu don. —La miró sin comprender. —Todavía no lo sabemos seguro, pero...

—Valerie, díselo ya. A ver si así se está quietecita.

Los ojos verdes recayeron sobre Tessa antes de volver a Valerie que sonrió dulcemente. —Eres nuestro oráculo.

Mara palideció. Solo había oído una vez sobre lo que era ser el oráculo, pero solo había vaticinado desgracias. Y desgracias con mayúsculas. Había predicho la pandemia que había matado a cuarenta millones de personas en la llamada gripe española y también las guerras mundiales. Y eso que murió joven porque la tía había escrito seis libros con diversas desgracias.

Ni se dio cuenta de que sus labios habían aparecido de nuevo aún pensando en lo que le acababan de decir. Se levantó de golpe. —Me largo a Senegal.

—¿Quieres tranquilizarte?

—¡Yo paso de vuestras movidas!

—¿Nuestras movidas? Tú también estás metida en esto, guapa —dijo Tessa apartando un mechón de pelo rubio con chulería.

—¡No, guapa! ¡Yo estaba tan ricamente en mi orfanato cuando esa

chiflada me encontró!

—Uy, perdona por enseñarte un mundo nuevo...

—Tessa... —Valerie dio un paso hacia ella. —No puedes huir de tu destino. Y tu destino es ser nuestro oráculo si mi predicción es cierta.

—¡Al parecer tienes tú más predicciones que yo!

—Como sabes, las brujas pueden predecir ciertas cosas que las afectan directamente. Como cuando conocí a mi marido. Pero no ven el futuro de la humanidad como puedes hacerlo tú.

—Yo no puedo hacer eso.

—Porque estoy segura de que has reprimido tus visiones desde pequeña, ¿no es cierto? No sabías lo que te ocurría y las reprimías para no sentirte diferente. —Mara se sonrojó apretando los labios y Valerie sonrió dulcemente. —Te necesitamos. Y en más de un aspecto.

—¿De qué me sirve saber que va a haber un terremoto si no puedo evitarlo?

—Porque tu misión es protegernos a nosotras, Mara. Esas visiones salvan nuestra especie.

—Quiero irme.

Valerie le hizo un gesto a Tessa que iba a decir algo. —¿Y a dónde vas a ir?

—Me vuelvo a Senegal. Allí sí que me necesitan.

—¿Crees que nosotros no te necesitamos?

—¡Venga ya! ¡Tú puedes encargarte sola de esos cabrones que amenazan a tus hijos! —Valerie se sonrojó mientras los hombres la miraban molestos. — ¡Lo único que estás haciendo es salvar su orgullo para que los detengan ellos, cuando puedes ir a su madriguera y arrasar el edificio hasta no dejar nada!

—¡Valerie! —protestó su marido.

—Cariño, detenerlos es cosa tuya.

—¡No a costa de mi hija!

La sacerdotisa bufó como si estuviera harta del tema. —Te aseguro que me encantaría cargármelos a todos y acabar con esto, ¿pero puedes conseguir que estén todos en el mismo sitio a la misma hora y que no haya nadie alrededor que sea inocente? Porque por favor si eres capaz de conseguir eso, dímelo y entre las tres liquidamos el asunto.

Miraron a los chicos que negaron con la cabeza. —Eso no podemos hacerlo —contestó Marc furioso.

—¡Además como no les conocemos, podemos dudar a la hora de matar a alguien y en esas décimas de segundo pueden herirnos a nosotras con una bala o yo que sé!

—Necesitáis un infiltrado.

Se giraron hacia Mara y Bob entrecerró los ojos. —Sí... no es mala idea. Lo más difícil de la investigación es que cuando encontramos una testigo se la cargan.

—¿Y no sabéis lo que es el sistema de protección de testigos? Vaya, cómo está la policía.

—Muy graciosa. ¡Las dos primeras vinieron voluntariamente y fueron ellas las que decidieron volver para no levantar sospechas! Y a la tercera la recuperamos en el hospital después de una paliza monumental y no salió adelante. No hay mes en el que no encontremos un cadáver de una mujer que trabajaba para la organización y te aseguro que sufren mucho antes de morir para amedrantar a las demás.

Mara hizo una mueca. —Pues lo tenéis difícil.

Tessa la observó detenidamente. —Mira por donde...

Todos se cruzaron de brazos mirándola de arriba abajo y Mara gritó — ¡Ni se os ocurra pensar eso! ¡Yo no me meto a puta ni por vosotros ni por nadie!

—Teniendo en cuenta que eres virgen, no te pediríamos eso. Para ser el oráculo no te enteras de nada. —Tessa miró a Bob. —¿Esos cerdos no tienen una discoteca donde blanquean el dinero?

—Sí. Es uno de los negocios lícitos que tienen.

Les miró asombrada. —¡Qué no! ¡Qué no me meto en esto! ¡Ahora sí que me largo!

—Trabajando allí puedes enterarte de todo y contárnoslo. ¡Y no te pasará nada! Conocerás a los que están metidos en la red y con quién se relacionan.

—¡Ellos ya saben quiénes son!

—Pero no sabemos quién es el cabecilla de la red de prostitución. ¡Si eliminamos a los que conocemos, volverán a operar antes de que les entierren! Tenemos que cogerle a él para desarticular la banda —explicó Bob mosqueado.

—Si mi chica se mete en esto, no vais a desarticular nada —dijo Valerie—. Nosotras acabaremos con ellos. No quiero que después de todo el trabajo que se va a tomar, el fiscal les deje libres por miedo.

Bob y Marc se miraron. —¿Estás de acuerdo? —preguntó Bob.

—Por mí perfecto. Menos escoria que mantener en la cárcel.

Con los ojos como platos levantó las manos exasperada porque no le hacían ni caso. —¿Hoolaaa? ¡Qué yo me piro de aquí!

Valerie muy seria dio un paso hacia ella. —Quiero volver a tener mi vida. Quiero ir por la calle tranquilamente sin tener que pensar que alguien puede intentar llevarse a mi hija. Quiero saber que esos cerdos están bajo tierra para que no engañen a más mujeres como tú, que queriendo una vida mejor se encuentran torturadas y vendidas por pura avaricia. Si haces esto por mí, donaré dos millones de dólares al campamento. Me ha dicho Cliff que no les vendrían mal. Está en tus manos.

Mara dejó caer la mochila al suelo. —¿Dónde tengo que pedir trabajo?

Los cuatro sonrieron y Marc le iba a decir algo cuando Valerie le guiñó un ojo a su marido. —Cariño, ya se lo cuentas mañana en el desayuno. Vamos a la cama. Me duelen un montón los pies de tanto bailar.

Marc la cogió en brazos haciéndola reír y Mara sonrió sin poder evitarlo. Solo había que ver como se miraban para saber lo que era el verdadero amor.

Tessa levantó una ceja. —Bien, novata. Me has sorprendido. —Sonrió maliciosa. —Ya se dónde apretarte para conseguir lo que quiero de ti.

—Mientras tengas pasta...

—Tranquila, la pasta es lo mío. —Cogió la mano de su marido sacándolo de la habitación. —Vaya, nos hemos quedado sin niñera. Con lo bien que lo hemos pasado esta noche.

—Cielo, la operación no durará mucho. Puedes chantajearla cuando termine para que nos cuide a los niños.

—¡Muy agradecidos! —le gritó a la puerta cuando salieron.

Puso los brazos en jarras mirando a su alrededor. Estaba claro que ese no era su día. Fue a cerrar la ventana y decidió darse un baño para relajarse. Y lo hizo. El agua caliente le vino muy bien y se metió desnuda en la cama suspirando mientras abrazaba la almohada. Qué a gustito. Un buen sueño reparador era lo que necesitaba después de volver a ver a las gemelas. Si hubiera retenido su carácter cuando le rompió la pierna a Bob no estaría metida en ese lío. Le daba la sensación de que la sacerdotisa no iba a soltarla fácilmente.

Pensó en lo que le habían dicho del oráculo y apretó la almohada entre sus dedos al recordar un accidente de avión que vio de pequeña. No debía tener ni doce años y cuando vio la misma secuencia en la televisión, se había quedado tan sorprendida que Lisa, la amiga del orfanato de entonces, pensó que se había puesto enferma pues había palidecido y se había puesto a temblar. Después de eso tuvo varios episodios más, pero como ya no veía las noticias

no sabía si habían sido reales. Se aisló del mundo para no enterarse de si ocurrían de verdad y durante esos años solo una vez fue inevitable enterarse. Un terremoto en Ecuador donde murieron más de seiscientas personas. En ese terremoto murió una prima de Cliff que estaba visitando a una conocida y su amigo lo pasó fatal. Y ella también porque se preguntó mil veces si hubiera podido evitarlo de alguna manera. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Irse al país en cuestión y avisar a las autoridades? La tomarían por loca.

Suspiró poniéndose boca arriba mirando el techo y vio unos ojos castaños rodeados de unas larguísimas pestañas negras. Llevaba viéndolos desde que Valerie le ordenó ir a Nueva York y se preguntó de quién serían. Estaba deseando conocerle porque le hacían sentirse especial. Como si la mirara de verdad y supiera lo que necesitaba. Esperaba que esos ojos llegaran pronto a su vida.

Mara sentada en la mesa de la cocina con el niño en brazos, levantó una ceja mirando la minifalda que Tessa le había comprado. —¡Con eso se me ve el culo!

—Culo —dijo el niño antes de soltar una risita mientras su hermana se señalaba el culo.

—No se te ve el culo. Pero tienes que atraer al gerente del local o sino no te dará el trabajo.

—Pues le miro a los ojos y le convenzo de que me dé el trabajo como hemos hecho las brujas toda la vida. No voy a ir enseñando el culo por la discoteca por mucho que insistas.

Tessa gruñó. —Pero si es preciosa. Si no estuviera casada me la ponía yo.

Bob que estaba bebiendo de su cerveza después de llegar del trabajo,

tosió salpicándolas antes de mirar a su mujer como si hubiera dicho un disparate.

—He dicho si no estuviera casada, cariño.

—Dejemos la ropa a un lado —dijo Marc sentado a su lado—. ¿Lo has entendido todo? No puedes acercarte por aquí.

—Sí, y te llamaré a tu teléfono con un móvil que ocultaré en el motel. Será un teléfono que comprarás para la misión y del que nadie sabe nada por si pinchan tu línea.

—Exacto. Si tienes algún problema, te deshaces de él antes de salir pitando. Ya ocultaremos tu rastro.

—Pero si eso ocurre en la discoteca no vuelvas al motel por el móvil. No quiero que te arriesgues —le advirtió Bob—. Apréndete el número de teléfono de Marc, vas a una cabina y nos llamas.

—Lleva siempre dinero encima para un taxi. No vayas a por tu bolso. Simplemente matas a quien te dé problemas y te vas. Tu única misión de momento es averiguar quién es el jefe. Los suyos se reúnen allí con frecuencia. Solo necesitamos un nombre de momento. Después ya planearemos lo que hacemos.

—Entendido.

Valerie le puso delante un plato de sushi. —¡El servicio a domicilio se te da genial! —Sonrió irónica. —¿Has pensado que pueden envenenar la comida para que la palmemos todos?

La sacerdotisa frunció el ceño antes de coger el plato y olerlo. —¿Tú crees? ¿Has visto algo?

—Odio el pescado crudo, pero no. No he visto nada. Era una sugerencia.

Valerie se volvió tirando el sushi al triturador de basuras. —Mejor hago unos espaguetis.

—Cielo, te dije que nada de servicio a domicilio en una temporada —

dijo Marc molesto.

—¡Vale! ¡Mierda! —Gimió viendo la enorme bandeja. —Con lo que me gusta. ¡Odio a esos tipos!

Su marido se levantó y la abrazó por la cintura pegándola a su pecho. — Solo serán un par de semanas como mucho. —La besó en la sien mirando a Mara que apretó los labios viendo la preocupación en sus ojos. Valerie empezaba a agobiarse con la situación y eso podía ser peligroso.

—¿Cuándo me voy?

—Esta misma noche —contestó Bob muy serio—. Hay un motel en la ciento catorce este que no está mal del todo.

—Además en ese motel se alojó una chica que desapareció hace un año. Creemos que ellos tienen algo que ver. Era extranjera y venía a Nueva York a buscar trabajo. Desapareció del motel al tercer día y su familia no volvió a saber de ella.

—¿Por qué crees que ellos tienen algo que ver en el asunto? Pudo ser cualquiera.

—Porque su madre recibió una llamada de una mujer diciéndole que su hija estaba en un club en la cuarenta y ocho oeste. Cuando su madre llegó allí con la policía su hija no estaba, ¿pero adivina de que club hablamos?

—¿Del club Luna Azul?

—Del mismo.

Después de estar todo el día hablando de los tipos que tenía que buscar y ver sus fotografías, ya sabía que ese club era una de sus tapaderas. Se suponía que era un club de striptease, pero detrás las chicas trabajaban de prostitutas y tenía un local adosado con habitaciones para atender a los clientes que era donde vivían las chicas. Eso le habían dicho las testigos, pero cuando revisaron el local las habitaciones estaban vacías, lo que indicaba que alguien había dado el chivatazo. Cuando preguntaron para qué se utilizaban las

habitaciones, el gerente contestó con descaro que él dormía allí como algunos empleados. El local tenía sesenta y cuatro habitaciones lo que cuadraba con lo que le habían dicho las chicas sobre que había más de cien mujeres en el prostíbulo.

—Así que creéis que en ese motel hay alguien conectado con la organización.

—Eso o que la pobre tuvo mala suerte. Su madre está desesperada.

—¿Cómo se llama?

Bob negó con la cabeza mirándola fijamente con sus ojos verdes. —No te voy a decir el nombre porque no quiero que te centres en eso o te descubras si la conoces. Tu misión es otra.

—Dime el nombre.

Bob apretó los labios antes de mirar a Marc que asintió separándose de su mujer. —Se llama Brita Kruger. Es alemana.

—¿Alemana?

—Seguramente se equivocaron por su acento. Creemos que fue un error, pero ya no había marcha atrás. Se alojó en el motel para ahorrar el dinero que le dieron sus padres. Es concertista de piano. Su sueño era entrar en la Filarmónica de Nueva York.

—Dios... —Impresionada miró a las demás. Sabía que a todas le habían robado su vida, pero saber que esa chica había perseguido su sueño para terminar así era horrible. —Estudió toda su vida para encontrarse ese destino.

—Pero tú ayudarás para que no lo hagan más —dijo Valerie acercándose a ella y sentándose en la silla que antes ocupaba Marc—. Sé lo que te han dicho ellos. —Por su tono Mara se tensó. —Pero yo te ordeno que si tienes la oportunidad de cargarte al cabecilla y a todos los que puedas, lo hagas sin ningún remordimiento. Es una orden. ¿Entiendes?

—¡Valerie...! —protestó a su marido—. ¡Queremos coger a cuantos más

mejor!

—¡Nunca podrás cogerlos a todos! Su objetivo es el jefe y si le tiene a tiro... Si le tiene a tiro no quiero que respire más. Si nadie da la orden no pueden tocarnos. Como dijiste, estarán descabezados y podremos seguir con nuestras vidas.

—¿Y las chicas? —Mara miró los ojos violeta de Valerie. —¿Qué ocurrirá con las chicas?

—Ya nos ocuparemos de ellas si no las liberan los que quedan. —Le aseguró su sacerdotisa. —Te lo prometo. —Mara asintió y los hombres levantaron los brazos dándose por vencidos. —Tessa haz la cena.

Su hermana miró a Valerie con horror. —¿Yo?

—Ya la hago yo. No quiero comer espaguetis quemados y tú no tienes pinta de haber cocinado jamás.

Tessa levantó la barbilla. —Perdona bonita, pero he hecho un curso de alta cocina para sorprender a mi hombre. —Todos se echaron a reír. —¡Eh, yo no tengo culpa de que se incendiara el local! ¡Me puse nerviosa con el flambeado!

Capítulo 3

Esa noche después de cenar, todos esperaron en el salón a que Mara se fuera. A las tres de la mañana su sacerdotisa la acompañó a la ventana de atrás y sorprendiéndola le dio un abrazo. —Ten cuidado. No quiero que arriesgues tu vida, es demasiado valiosa para que la pongas en peligro por nosotros. Awen, Mara. —La besó en la mejilla y se separó de ella. —Que no te vean. Vigilan la casa.

—Lo sé —susurró emocionada—. El coche negro del final de la calle.

—Cúbrete ese precioso cabello con la capucha. —Se cubrió su trenza pelirroja con la capucha de la sudadera azul que Tessa le había comprado. — ¿Llevas el móvil?

—Sí, no te preocupes por mí. Lo conseguiré.

Valerie sonrió. —Lo sé. Confío en ti.

Asintió sacando la pierna al callejón y salió cogiendo la mochila que le tendió la sacerdotisa. En silencio se despidió con la mano para caminar calle abajo oculta entre las sombras. Uff, ahora la mochila le pesaba un montón, pero Tessa había insistido en que tenía que llevar ropa porque si registraban su habitación, verían raro que solo llevara unos vaqueros de repuesto.

Cuando llegó a la calle principal, esperó a que se aproximaran dos barrenderos antes de salir del callejón haciendo que ellos la ocultaran del coche que les vigilaba al final de la calle. Pero no se alejó, sino que dio la vuelta a la manzana y observó desde la esquina a los que estaban en el coche. Eran dos hombres, uno de ellos de color y se reían. Por la luz que salía del salpicadero debían ver algo en un portátil o en una Tablet. Entrecerró los ojos porque no es que vigilaran demasiado, aunque con la hora que era no le

extrañaba. La calle estaba vacía. Sonrió maliciosa y lo que estaban viendo se apagó. Al menos que se aburrieran los muy capullos. Vio cómo se ponían a discutir y el tipo de color levantó la Tablet gritando algo. ¿Se los cargaba? No, era mejor no llamar demasiado la atención. De momento.

Dio la vuelta por donde había venido y en cuanto pudo buscó un taxi para llegar al motel.

—¿Seguro que quiere ir allí, señorita? No tiene buena reputación. —El taxista la miró por el espejo retrovisor.

—¿De verdad? ¿Por qué? Me lo recomendó un amigo.

—Pues menudo amigo. Está lleno de putas y de gente que trapichea con drogas. —La volvió a mirar por el espejo retrovisor. —Le puedo recomendar otro.

—Es que quiero ir ahí.

—Bueno, la he advertido.

—Gracias de todos modos.

Genial, iba a vivir con lo mejorcito de la ciudad. Bueno, qué se le iba a hacer. Tenía que darle las gracias a Bob en cuanto le echara el ojo. Seguro que lo había hecho por lo de la pierna. Sería resentido. Si solo había tenido la pierna rota una hora como mucho, puede que dos.

El taxi se detuvo ante el cartel luminoso que anunciaba el motel y el taxista no había exagerado nada. ¿Qué diablos había hecho Brita en un sitio así por mucho dinero que hubiera querido ahorrar? Se notaba a la legua que no era un lugar seguro.

Pagó al taxista sonriendo. —Tenga cuidado con esos —dijo el hombre molesto por dejarla allí.

—¿Cómo se llama?

—Paul.

—¿Sabe qué, Paul?

—¿Qué?

—Es un buen hombre. Siga así. Algún día la vida le recompensará. Estoy segura.

—Más quisiera.

—¿Admite una sugerencia?

—Diga sin miedo.

—Compre lotería el día siete de junio del año que viene. El siete de junio, no antes.

—El siete de junio —dijo divertido—. Lo haré.

—Lo sé. Cuídese.

Le tocaría un premio lo suficientemente bueno para vivir bien el resto de su vida. Le hubiera tocado igual, pero Mara quería asegurarse de que no se le olvidaba. Salió del taxi y cerró la puerta para mirar la fachada de nuevo. Uno de los hombres silbó antes de reír con descaro. —Ven aquí, muñeca. Te puedo hacer un favor.

—Hazle un favor a tu amigo y cierra la boca. Apesta hasta aquí.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas y el aludido le dio un golpe en el pecho a uno de ellos que le hizo caer al suelo. Pasó ante ellos ignorándolos mientras las dos prostitutas la observaban con desconfianza y empujó la puerta de cristal que hacía siglos que no se limpiaba. ¿Es que por allí no pasaba sanidad? Caminó por el suelo de linóleo gris hasta la recepción y decidió ni mirar a los tres tipos que estaban sentados en los viejos sofás hablando en susurros. Vio la campanilla sobre el rayado mostrador de madera y lo pulsó dos veces.

—¿Qué quieres, guapa?

Tomó aire dándose paciencia antes de volverse. Uno de los tipos la miraba de arriba abajo mientras los otros susurraban entre ellos. Tenía barba de varios días y una cicatriz en la ceja. Su cabello negro engominado hacia

atrás le recordó a una película que había visto de la mafia hacía tiempo. — Quería una habitación. ¿Esto no es un motel?

Pareció hacerle gracia porque se levantó al instante. —Claro. Una habitación para la princesa.

¿Es que todas las frases tenían que acabarlas con un princesa, guapa o cosas por el estilo? El tipo se acercó mostrando su reloj de oro al estirar su brazo sobre el mostrador para coger algo. Cuando sacó una llave poniéndosela ante la cara, Mara le miró aparentando sorpresa. —¿No me registras?

—¿Para qué? En esta mierda de sitio la mitad están sin registrar. Son cincuenta pavos la noche.

Metió la mano en sus vaqueros y sacó cincuenta dólares que tenía sueltos en ese bolsillo. —Es lo que tengo.

—Seguro que mañana consigues más.

—No soy puta —dijo molesta—. Soy camarera.

Uno de los tipos que estaba en el sofá se volvió y la miró de arriba abajo frunciendo el ceño. —Tú, acércate.

Mara levantó la barbilla. —Mejor duermo en otro sitio.

—¡Qué te acerques, hostia!

El de la ceja partida la cogió por el brazo rodeando el sofá y llevándola hasta el tipo. De pie ante él se pensó seriamente si cargárselos a los tres simplemente por haberla tocado, pero le daba la sensación de que iba a tener que soportar cosas por el estilo para conseguir llegar al capullo que pagaba a esos gilipollas. Puso una mano en la cadera mirando a aquel rubio musculitos que también abusaba de la gomina y a él pareció hacerle gracia. —Estás buena.

—Gracias —dijo con ironía—. Me acabas de dar la alegría de mi vida.

Se echó a reír levantándose. —Una chica dura. Me gusta.

—Estoy muy cansada y quiero dormir.

—Mi nombre es Jerry. Y trabajo en un sitio donde buscan una camarera de confianza.

No podía tener tanta suerte. Aunque igual se estaba equivocando y querían que trabajara en el Luna Azul. Cosa que no iba a hacer ni por todo el oro del mundo. Le miró como si no se fiara de él un pelo, cosa que era cierta. —¿Si? ¿Dónde exactamente?

El tipo levantó las manos. —Eh, que es un trabajo legal... Y es un sitio respetable. Podrás salir de aquí mañana mismo si quieres.

Sin dejar de estar alerta miró al otro tipo sentado aún en el sofá y vio la culata de la pistola asomando debajo de la cazadora de piel que llevaba. —¿Dónde?

Jerry se cruzó de brazos. —Es un local de moda. Se llama el Dragón. Me preguntaron esta mañana si conocía a alguien que encajara en el perfil que desea el gerente y tú lo haces. ¿Te interesa? Pagan bien.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Qué te deberé a cambio?

Jerry sonrió de medio lado. —Una chica lista y dura. Justo lo que necesito.

—Sigue soñando. —Se dio la vuelta para largarse.

—Está bien. No me deberás nada. Es un trabajo de camarera. Solo tienes que sonreír, servir copas y cobrar. Así de simple.

El de la ceja partida se echó a reír. —Te gusta la gatita.

—Tiene unas uñas afiladas, pero ya caerá. Mientras tanto me entretendrá.

Regresó hasta él mirándole fijamente con sus preciosos ojos verdes. —¿Dónde es el trabajo?

—Lester te dará las señas. Preséntate mañana a las seis de la tarde y vístete con algo distinto. Es gente de dinero. ¿Tienes un vestido corto negro?

—No —mintió, aunque sabía que en la mochila había uno.

—Lester dale los cincuenta pavos. Cómprate algo bonito. —La cogió por

la barbilla elevando su cara. —Te veo mañana, no te olvides de mí.

Levantó ambas cejas haciéndoles reír y estiró la mano hacia Lester que le tendió el dinero. Lo cogió con chulería y pasó ante ellos hacia el ascensor mientras hacían bromas sobre que le costaría ligársela. —Ésta cae como me llamo Jerry. Vaya si cae.

Pulsó el tercer piso y pensó en si debería haberle convencido mentalmente de que la llevara de inmediato, pero eso igual mosquearía al gerente y no debía precipitarse. Dormiría toda la noche y se armaría de paciencia. Sonrió mirando las puertas. Aquello iba bien. Demasiado bien. Debía estar prevenida por si acaso.

Tumbada en la cama, durmiendo a pierna suelta, un grito la despertó y abrió los ojos para mirar la enorme mancha que había en el techo. Se sentó en la cama y se preguntó si lo había soñado. Alerta apartó las sábanas para levantarse, estirando la camiseta que llevaba para taparse el trasero antes de acercarse a la puerta a escuchar.

El sonido de una llave en la cerradura la hizo bufar. ¡Estaba durmiendo! ¿Es que esos no respetaban nada? Esperaba que no fuera el de la ceja porque tenía que darle la dirección al día siguiente. Aunque ya se la sabía por lo que le había contado Marc, pero no podía saltarse la cadena.

La puerta se abrió lentamente y Mara se escondió tras ella para ver al intruso. Se quedó con la boca abierta al ver al tercer tipo que estaba en el sofá cuando ella llegó y que no había abierto la boca. Mira. Ese las mataba callando. Solo se iluminó la otra parte de la habitación por la luz de emergencia que llegaba desde el pasillo, así que aquel tipo no veía la cama vacía. Cerró la puerta muy despacio. Era obvio que quería pillarla desprevenida. Se acercó hasta la cama a oscuras y Mara caminó tras él.

Arrodilló una pierna en la cama y debió darse cuenta de que no estaba, porque se levantó de nuevo y Mara dio un paso atrás. Le escuchó jurar por lo bajo y extendió la mano para encender la lamparita. Sorprendido se dio la vuelta para encontrársela tras él. —¡Joder! ¡Me has asustado!

—¿No me digas? Entras en mi habitación de noche y sin permiso, ¿y el sorprendido eres tú?

Se cruzó de brazos y él sonrió. —Venía a ver si necesitabas algo.

—No necesito nada. Largo de aquí.

—No te pongas chula conmigo, guapa —dijo comiéndosela con los ojos—. Tienes unas piernas de infarto.

Ya estábamos con el guapa.

—Mira guapo, o sales de mi habitación o alguien te va a hacer mucho daño.

—Jerry y yo lo compartimos todo. Somos como hermanos.

—Oh, qué bonito. ¿También compartís las ladillas?

—¿Tienes ladillas? —La miró con deseo. —Joder, me da igual. Ya las he pasado antes y no es para tanto.

Mara le miró con asco. —Vete, no te lo digo más. —El tipo alargó la mano con intención de cogerla y Mara dio un paso atrás. —No deberías haber hecho eso.

Sin tocarle hizo que la mano del tipo se retorciera dolorosamente rompiéndole todos los huesos de los dedos y el chilló como un cerdo antes de llevársela al pecho mirándola con temor. Furiosa porque ahora tendría que matarle dio un paso hacia él. La luz de la lámpara de encima de la mesilla de noche iluminó sus rizos pelirrojos y la miró con temor al ver la frialdad de sus ojos verdes. —¿Cómo has hecho eso?

—¿Te duele? —Sonrió poniéndole los pelos de punta. —No deberías haber entrado en mi habitación.

Él abrió los ojos como platos sintiendo como su cuello se comprimía con fuerza, ahogándole antes de caer desplomado sobre la cama. Mara bufó poniendo los brazos en jarras. ¿Y ahora dónde le metía? No podía dejarle ahí por si registraban la habitación. ¡Mierda! Se mordió el labio inferior yendo hasta la puerta y la abrió lentamente para ver que el pasillo estaba vacío. Abrió la puerta del todo y levantó el cuerpo mentalmente de su cama haciéndole levitar hacia la salida. El cuerpo pasó ante ella y le siguió caminando hasta la puerta de las escaleras siguiendo el cartelito que ponía Exit. Abrió la puerta. —Adelante. —El tipo pasó ante sus ojos y le llevó hasta el hueco de las escaleras. —Hasta nunca, guapo. —Le dejó caer e hizo una mueca cuando escuchó el golpe en una barandilla y en otra y en otra hasta caer al suelo. —Bueno, eso ya no lo sentía, así que...

Regresó a su habitación y se tumbó en la cama. Mierda, igual debería haberle registrado primero antes de deshacerse del cuerpo. Bueno, de los errores se aprendía. Sintió algo cerca de la pierna y encendió la luz sonriendo al ver la llave de su habitación. —Ahora seguro que ya no te molestan. A dormir.

Desgraciadamente no durmió mucho porque en cuanto encontraron el cadáver del imbécil escuchó movimiento en el edificio. Una hora después alguien llamó a su puerta y Jerry la miró de arriba abajo mientras ella aparentaba que se acababa de despertar. —¿Has oído algo raro esta noche? ¿Has visto a alguien o...?

—¿Aparte de la escandalosa que hay en la habitación de al lado que no hace más que pegar gritos como si la estuvieran matando?

—Es Molly. Es un poco intensa con los clientes.

—¡Pues ya podían haberme dado otra habitación, joder! No me deja

pegar ojo. Debe trabajar muchísimo.

Jerry sonrió. —¿Has visto al que estaba conmigo abajo?

—Claro, abajo.

—Me refiero después.

—No. —Se apartó los rizos de la cara. —Oye, ¿esto no será una excusa para meterte en mi cama? Porque no va a funcionar.

Él le cogió un rizo pelirrojo y lo acarició como si fuera lo más suave del mundo. —Pronto, preciosa. De eso puedes estar segura. Pero esta noche estoy ocupado.

—Uy, qué pena. —Le cerró la puerta en las narices y Jerry se echó a reír. No se le veía muy triste por la muerte de su amigo. Pero esos tipos no tenían sentimientos, así que no debía extrañarle su comportamiento.

Después de su última visita pudo dormir de nuevo y a la mañana siguiente salió temprano del motel sin encontrarse con nadie que conociera. En la recepción había una mujer joven comiendo chicle exageradamente que la miró con desprecio antes de que saliera.

Decidió darse una vuelta y llamó a Marc por el teléfono de la cafetería donde desayunó. Le contó lo que había pasado y no se lo podía creer. —¿Ya tienes el trabajo?

—Todavía no, pero estoy en ello. —Miró sobre su hombro con el teléfono al oído. —Por cierto, ayer tuve que cargarme a uno.

—¿Cómo?

—Le estrangulé.

—No me refiero a eso. ¿Cómo es que tuviste que matarle? —preguntó exasperado.

—Oh, entró en mi habitación sin llamar. No estaba entre tus fotos.

—Habrá un montón que no estén en las fotos. ¿Te has deshecho de él sin llamar la atención?

—Algo así. Te llamo mañana con el resultado de esta noche.

—Ten cuidado. Por cierto, Morgana ha preguntado por ti.

Sonrió sin poder evitarlo. —Es para comérsela de buena que es. Dale un besito de mi parte.

—Valerie me ha dicho que te pregunte si has soñado algo. —Mara se tensó y al no responder nada Marc suspiró. —¿Sabes? Cuando conocí a mi mujer no me podía creer todo lo que me contaba sobre que era su pareja y todas esas cosas. Pero después de estos años me he dado cuenta de que mi vida no tendría sentido sin ella. A veces el destino nos depara cosas increíbles que debemos aceptar para llevarnos a algo mejor. No sé si me entiendes...

—Te entiendo perfectamente, pero las misiones una por una, por favor. Te llamo mañana. —Colgó antes de que intentara convencerla y apretando los labios salió de la cafetería. Pasando ante una librería se detuvo en seco al ver un cuaderno de piel con un cierre dorado en un lateral. Tenía un dibujo de tres mujeres alrededor de un árbol con las manos unidas y se le cortó el aliento al ver que dos eran rubias y la que le daba la espalda era pelirroja. Por un impulso entró en la librería y aunque era carísimo lo compró. Estaba hecho a mano y por eso resultaba tan caro, pero al tocarlo sintió que era suyo. Era su cuaderno. Había llegado la hora de empezar a escribir lo que veía en sus sueños y se preguntó por qué tenía que ser en ese justo momento cuando Valerie la había llamado. Igual era el destino como decía Marc.

No le costó llegar a la discoteca porque Lester la estaba esperando en el hall y la razón era que Jerry le había ordenado que la llevara. Seguramente para asegurarse de que fuera a la cita para pedir el trabajo y que no se le escapara. Lester la miró de arriba abajo cuando salió del ascensor, porque para provocar se había puesto un vestido rojo tan ajustado que casi no podía

respirar, complementándolo con unos tacones de quince centímetros. Encima había marcado sus rizos dejando que su melena cayera por su espalda. — Joder, si no te dan el trabajo podrías ser modelo.

—¿Me das la dirección?

—Te llevo yo. Voy para allá. —Al ver que desconfiaba de él, se echó a reír. —Tú no te fías de nadie, ¿verdad?

—Se pueden contar con los dedos de una mano —dijo caminando hacia la puerta con él mirándole el trasero con descaros—. Date prisa. No quiero llegar tarde. Eso da muy mala impresión.

—Las primeras impresiones son lo tuyo, guapa.

La llevó hasta un Cadillac dorado que estaba impecablemente limpio. — ¿Este es tu coche?

—Pues sí. ¿Te gusta?

—Es una horterada.

La miró como si hubiera dicho un sacrilegio antes de abrirle la puerta con mala leche. —¿Tú no tienes pelos en la lengua?

—¿Acaso los tienes tú?

Como se mosqueó con ella casi no le dirigió la palabra de la que iban a la discoteca. Justo lo que quería porque no deseaba conocer demasiado a esos tipos si luego tenía que eliminarlos.

En cuanto vio la fachada de mármol blanco con el nombre del local en letras doradas lo reconoció por las fotos. Al fin había llegado y sintió una excitación que la sorprendió.

—Te aconsejo que contengas esa lengua con el jefe.

—¿El jefe? Jerry me había dicho que me entrevistaría el gerente.

—El jefe siempre está a esta hora, así que pon cara de niña buena. Kennon Harris no tiene paciencia.

Kennon Harris. Sintió un estremecimiento en el corazón cuando escuchó

ese nombre y sin aliento miró a Lester a los ojos.

—¿Qué? ¿Le conoces?

—No, claro que no.

—No me extrañaría. Sale en las revistas de vez en cuando.

¿En las revistas? Cada vez entendía menos. ¿Qué coño estaba pasando allí? Si salía en las revistas, Marc tenía que conocer al jefe de ese grupo, ¿no?

Salió del coche disimulando y cuando llegaron a la puerta, Lester la golpeó tres veces. Se abrió como si hubiera alguien detrás y se quedó helada al ver un hombre enorme de color vestido de smoking, que les miró de arriba abajo haciendo un gesto a Lester con la cabeza para que pasaran. Había una moqueta roja cubriendo un pasillo de mármol blanco que tenía unas luces en los laterales y caminó por la alfombra mostrando una calma que no sentía en absoluto desde que había escuchado ese nombre. El pasillo llegó a una cúpula gigantesca e impresionada miró hacia arriba para ver un dragón de cristal rojo colgado del techo.

—Ven por aquí.

Atravesaron la enorme pista de baile en mosaicos rojos y blancos. Apenas había iluminación, pero era obvio que cuando el local estuviera funcionando, aquello debía ser aún más impresionante viendo las cinco barras que rodeaban la pista y las mesas entre ellas donde estaban los reservados. Lester empujó una puerta que daba a la zona de empleados y escucharon voces airadas en el pasillo. Pero como la puerta de donde salían estaba cerrada no podía enterarse bien de lo que decían.

Lester le cogió del brazo y le hizo una señal con la cabeza. —Espera fuera.

Asintió regresando al local jurando por dentro porque no se había enterado de lo que hablaban y miró a su alrededor. Vio en uno de los reservados un vaso de cristal con hielo y había restos de un líquido ambarino

en él. Sin poder evitarlo se acercó y cogió el vaso acercándolo a la nariz. Su corazón se aceleró. No podía ser. Él no. Allí no.

La puerta se abrió y Mara dejó el vaso sobre la mesa antes de volverse para ver que Lester le hacía un gesto con la mano. Caminó hasta él y le dijo en voz baja —Está de muy mala leche, así que...

—Sí, sí. ¿Por qué te importa tanto que me den el trabajo?

—Porque quiero tener contento a Jerry. Gano mucha pasta con él.

Eran puro sentimiento. Sí señor. Le siguió hasta la puerta de final del pasillo y llamó a la puerta.

—¡Adelante, joder! ¡No tengo todo el día!

Lester la miró a los ojos antes de abrir y Mara vio tras el lujoso escritorio de cristal esos ojos con los que había soñado tantas veces. Su corazón se detuvo en ese momento y vio como él se tensaba con fuerza, levantándose del sillón y mostrando el traje gris que llevaba con la camisa blanca sin corbata. Mara dio un paso hacia él sin darse cuenta mirando fijamente sus rasgos. Rasgos duros de alguien que no lo había pasado bien en la vida. Su cabello negro estaba peinado a un lado e impecablemente cortado. Sus ojos bajaron hasta su boca y vio como sus finos labios se crispaban como si vieran algo que le molestaba. Pues vaya. Ella tampoco estaba muy contenta en ese momento. ¡Por qué su pareja tenía que estar metida en aquella mierda! ¡Le iba a despellejar vivo!

Sonrió irónicamente y dio otro paso hacia él para ver a un hombre sentado tranquilamente al lado de su mesa. La repulsión la recorrió de arriba abajo al ver a ese hombre. Estaba pasado de peso y su camisa, que tenía pinta de ser carísima, parecía a punto de estallar. Le faltaba bastante pelo, pero eso no fue lo que le llamó la atención. Le llamaron la atención sus labios exageradamente gruesos para ser un hombre y sus espesas cejas negras rodeando esos ojos que estaba segura de que no dudarían en matarla ni un

segundo.

—Aquí está. Oh, no me acuerdo de su nombre —dijo Lester confundido.

—Mi nombre es Mara.

—Eso, Mara —dijo Lester sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué le parece, jefe? Jerry tiene buen ojo. Es camarera. Y muy buena.

Kennon se sentó de nuevo entrecerrando los ojos. —¿Has trabajado antes en un local así?

En ese momento daba igual lo que le dijera porque sabía que iba a contratarla. No podría evitar el deseo que sentía por ella y fue evidente para todos que el jefe estaba interesado.

—En un local así no. Pero he sido camarera.

—¿No me digas que has trabajado en una hamburguesería? —preguntó el gordo mirándola con desconfianza.

—Perdón jefe, dijo que era camarera y supusimos...

Kennon levantó la mano mirándola de arriba abajo. —Aprenderá, ¿verdad?

Puso la mano en la cintura con descaro. —Claro que sí. Puedo aprender todo lo que tú quieras.

Lester sorprendido giró la cabeza hacia ella como si fuera a regañarla, pero la risa de Kennon le dejó helado. —Phill contrátala. Empiezas esta noche.

El gordo se enderezó. —Es descarada. Va a traer problemas. Yo no creo... —Kennon le miró de una manera que a cualquiera le hubiera helado la sangre. A cualquiera menos a ella que se sintió más excitada que nunca. —Muy bien. Empieza esta noche.

—¿Y cuánto me pagarán?

—Ciento cincuenta la noche. Abrimos a las doce y te quedarás hasta cerrar el local —respondió Phill a regañadientes antes de levantarse—. Ven

conmigo. Te explico tu trabajo.

Él salió del despacho molesto y Lester apretó los labios como si aquello no le gustará nada. Mara sonrió a su nuevo jefe antes de volverse.

—Mara...

Se giró con gracia y vio que le miraba el trasero sin cortarse antes de mirarla a los ojos muy serio. —Nada de líos con los clientes.

—No, por supuesto que no —dijo con voz seductora sin darse cuenta, demostrando que no le interesaba otro que no fuera él. Los ojos castaños de Kennon brillaron antes de asentir.

Se volvió para salir del despacho y Lester la siguió. —Buena la has hecho.

—He conseguido el trabajo, ¿no?

—No te líes con él.

—¿Con quién?

La cogió por el brazo volviéndola furioso. —Con el jefe. No te gustarán las consecuencias.

—¿Me estás amenazando? —Apartó el brazo con fuerza.

—Jerry se va a cabrear. Ya te ha echado el ojo.

—¿Pero tu jefe no es él?

—¡Mara, no tengo todo el día! —gritó Phill desde el local.

Caminó hacia allí y Lester se dio prisa por alcanzarla. —Jerry cuando se cabrea puede ser...

—Al parecer aquí todos cuando se cabrean son de armas tomar —dijo divertida.

—No te lo estás tomando en serio.

—Por supuesto que no. No le debo nada, ¿recuerdas?

Empujó la puerta para entrar en el local y vio a dos limpiadoras pasando la mopa sobre la inmaculada pista de baile. Al parecer cuidaban hasta el

último detalle. Se acercó a Phill sonriendo. —Muy bien, ¿qué debo hacer?

Capítulo 4

El gerente le dio instrucciones precisas sobre cuál era su barra y sobre cuáles eran sus botellas. Le dio un libro del local y ella levantó una ceja al ver todos los cócteles que se suponía que tenía que saber. Pan comido, ya buscaría la manera de que todos pidieran cervezas. También le dio la lista de precios. Leche, para ese trabajo había que estudiar un montón. La miró de refilón y decidió que todo valía veinte pavos. Al menos la casa no perdería. Después de darle un montón de reglas absurdas, como no discutir con las otras camareras cuando eso era obvio, le dijo que se largara y regresara a las doce menos veinte para prepararse para el servicio.

—¿Y qué me pongo?

Sonrió malicioso. —Te daremos el uniforme cuando llegues.

—Mientras no vaya desnuda...

—Tranquila, tapa lo justo.

Estupendo. Aquel tipo cada vez le caía peor.

Como Lester se había largado sin despedirse siquiera, seguramente para hablar con su amiguito y contarle las novedades, ella tuvo que regresar al motel sola en metro y la verdad es que su vestido llamaba bastante la atención. Le dijeron todo tipo de piropos. Algunos pondrían colorada a la más pintada, pero ella tenía la piel muy dura.

Al entrar en el motel allí estaba Jerry que sonriendo se levantó del sofá, que de día tenía una pinta aún más asquerosa que de noche. —Vaya, vaya. Felicidades.

—Gracias. —Pasó de largo para ir hacia el ascensor.

—Mara... —Se volvió mirándole con aburrimiento. —¿Puedes hacerme

un favor?

—¿De qué tipo?

—Tú solo mantén los ojos abiertos sobre lo que ocurre en el local. Solo eso.

Frunció el ceño dando un paso hacia él. —Oye, si allí hay líos...

—Qué va. Es un local muy respetable. ¿Acaso no has conocido al señor Harris? ¿Te parece un hombre poco respetable? —lo preguntó con un tonillo que a Mara se le pusieron los pelos de punta.

—Parece buen tipo.

—Por eso cualquier cosa que pase en el local que pueda ensuciar su imagen nos afectaría a todos. Incluida a ti. —La miró fijamente. —Debemos protegerle, ¿entiendes?

—Entiendo. Si veo algo raro se lo digo.

—No, mejor dímelo a mí que yo me encargaré.

—¿Tú también trabajas para él?

—Todos estamos en el mismo negocio. Somos una gran familia.

Mara asintió sin pasarle desapercibido que no había dicho directamente que trabajaba para Kennon. —Muy bien. No hay problema.

Él sonrió. —Perfecto. Nos vemos esta noche.

Se volvió para ir hacia el ascensor y gritó —¡Me tengo que quedar otra noche hasta que me paguen!

—No hay problema. Quédate todo el tiempo que necesites.

Le daba la sensación de que no le disgustaba demasiado que hubiera hecho buenas migas con Kennon, todo lo contrario. Parecía que estaba encantado con el asunto. Estaba claro que quería utilizarla. No le había advertido que no se acercara a él como Lester le había dicho y eso era porque quería sacar tajada de su lío con el jefe. Era obvio que quería protegerle, ¿pero de qué? ¿De Marc y Bob? Se negaba a creer que él fuera la persona que

buscaba porque entonces el destino se la había jugado bien.

Tras la barra con el chaleco negro que dejaba su ombligo al aire y mostraba demasiado canalillo le preguntó al cliente —¿Qué quiere tomar?

—¡Un mojito!

—¿Una cerveza? —El tío parpadeó mirando sus ojos antes de asentir.

La camarera de al lado alucinó viendo todas las botellas de cerveza que tenía en su parte de la barra mientras que ella se tiraba de los pelos para hacer un montón de cócteles. —¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —preguntó cogiendo los veinte pavos del cliente después de servirle.

—Que siempre pidan cerveza. ¿Te dan comisión en la casa? —preguntó divertida.

Se encogió de hombros. —No hago nada especial. Sonrío haciéndome la tonta y repito, ¿cerveza? El tío mirándome el canalillo siempre asiente.

Lisa entrecerró los ojos. —Voy a probar.

Se acercó a un cliente sonriendo y siguió el procedimiento. Apretó tanto los pechos entre los brazos que el tipo miró hacia allí con la boca abierta antes de asentir. Lisa se volvió guiñándole un ojo y Mara se echó a reír cuando vio que Kennon salía de la puerta de empleados y se dirigía a una mesa a saludar. Comiéndoselo con los ojos le vio dar la mano a un grupo de hombres que tenían pinta de yupis.

—Cuidado amiga... Si quieres conservar el trabajo mira al frente. Es muy guapo, pero es terreno prohibido.

—¿Por qué? —preguntó aparentando sorpresa.

Lisa se volvió y le señaló una parte del local con la cabeza. —Por esa.

Se giró lentamente para ver a una mujer con el cabello peinado con ondas

que hablaba con un hombre de traje que estaba sentado a su lado. —¿Quién es?

—Su socia. Gidget Feldman.

Ahí sí que no pudo evitar la sorpresa. —¿Tiene socios?

—En realidad el socio es el padre de la pija, pero ella no sale del local por no quitarle el ojo al jefe. —La advirtió con sus ojos azules antes de apartarse un mechón de pelo rubio cortado por la barbilla tras la oreja. —Es la niña de papá. Es el que está al lado.

—¿Entonces quien lleva el local?

—El señor Harris. Éste como seis más por la ciudad. Aunque éste es el mejor que tiene. El señor Feldman solo pone la pasta para los locales. Las decisiones las toma Harris, pero como a ella le caigas mal te vas a la calle antes de que te des cuenta. Harris no quiere problemas y menos por una camarera. —Lisa se alejó para atender a otro y volvió a hacer lo del canalillo. Se echó a reír porque esa vez no tuvo mucho éxito.

Kennon pasó ante su barra e hizo que no la veía. Eso la fastidió un poco, pero disimuló limpiando la barra. Así que esa quería lo que no era suyo. Le parecía que su estancia en el local le iba a dar un montón de sorpresas. De reojo vio cómo se acercaba a la mesa y se sentaba ante la chica cuando tenía sitio a su lado, lo que indicaba que quería mantener las distancias.

Para no mirarles demasiado se puso a servir y vio como Phill no le quitaba ojo desde la cabina del disc-jockey. Mierda, por la cara que ponía no parecía nada contento. Iba a tener que aprenderse el puñetero libro.

Se lo confirmó a los cinco minutos porque apareció a su lado como por arte de magia. —¿Qué estás haciendo?

—Trabajar. —Sonrió entregando una cerveza a un cliente que le dio el dinero encantado de la vida.

—¿Y todo el mundo te pide lo mismo?

—Pues sí.

El gerente se cruzó de brazos y vio cómo se acercaba a otro cliente que casualmente le pidió una cerveza por voluntad propia. Se la sirvió triunfante, pero Phill no se largó. Simplemente esperó al siguiente y cuando vio su sistema frunció el ceño. —Muy lista.

—Sirvo, ¿no?

Apretó sus gruesos labios antes de salir de la barra y dirigirse hacia Kennon. —Será chivato —siseó harta de servir. Estaba claro que aquello no era lo suyo. ¡Era bruja de primer nivel! No tenía que estar allí sirviendo copas. Esperaba no perder la paciencia con algún cliente.

Su gerente le habló a Kennon al oído, que miró hacia ella antes de responderle algo. Phill se apartó molesto y Mara sonrió. Estaba claro que Kennon no quería echarla.

Cuatro horas después tenía los pies hechos polvo por culpa de los tacones. Miró a Lisa y se acercó. —Oye, ¿aquí no tenemos descansos?

—Si quieres ir al baño, debes avisar a tu compañera para que cubra tu zona. —Sonrió guiñándole un ojo. —Me doy por avisada.

—No tardaré.

Salió de la barra y vio de reojo que Jerry y Lester entraban en ese momento en el local. Para su sorpresa llevaban traje. Como si para ir al local hubieran cuidado mucho su imagen. Fue hasta la puerta de empleados porque ahora no le quedaba otro remedio. Entre tanta gente no podía ver donde se habían sentado, así que se dio prisa en ir al baño de la plantilla para salir cuanto antes. Desgraciadamente el baño estaba ocupado y tuvo que esperar en el pasillo. Varios minutos después llamó a la puerta impaciente.

—¡Ya voy! —gritó una mujer desde dentro con mala leche.

Escuchó como tiraban de la cadena y al abrir la puerta Mara se inclinó hacia atrás por el humo a tabaco que salió del baño. Una morena con el

cabello recogido en una coleta alta la miró furiosa. —¡Joder, qué prisas!

—Tengo que volver. ¡Y creo que aquí no se puede fumar!

—Vaya con la nueva. —Pasó ante ella enfadada. —Tú aquí vas a durar poco.

Al parecer todo el mundo pensaba lo mismo. Entró en el baño y uso el wáter bajándose los shorts negros que mostraban sus piernas. Maldijo los tacones subiéndose las braguitas cuando llamaron a la puerta. —¡Salgo ahora!

Se lavó las manos rápidamente y abrió el pestillo para ver allí a Phill con cara de querer estrangularla. —¿Estabas fumando?

—¡No! ¡Yo no fumo!

—Aquí huele a tabaco.

Señaló las manos. —¿Y dónde está el mechero? Los pantalones no tienen bolsillos para que no robemos, ¿verdad?

Él miró entre sus pechos. —Seguro que te lo has guardado ahí.

—Pues ahí no vas a mirar. —Pasó ante él molesta.

—¡Te vigilo!

—Sí, eso ya lo veo.

Corrió por el pasillo y regresó al local. Qué pesado era ese hombre. Estaba cruzando la pista de baile cuando un tío empujó a otro tirándola al suelo y chilló de dolor cuando sintió que se había cortado la mano. Los tíos se empujaron de nuevo y a punto estuvieron de pisarla. Alguien la cogió por la cintura levantándola y se le cortó el aliento al ver los ojos castaños de Kennon. —¿Estás bien?

Ella mostró su mano y cuando vio el corte, se apartó de Mara de golpe antes de darle la vuelta al que la había tirado, pegándole un puñetazo que le lanzó en medio de la pista. Los de seguridad aparecieron rodeándoles y cogieron a los tipos. —¡Qué no vuelvan a entrar en mi local!

Mara impresionada por la violencia que emanaba de él le miró con los

ojos como platos. Kennon se volvió cogiendo su muñeca y tirando de ella por donde había venido.

Antes de darse cuenta estaba en su despacho y dejándola allí en medio entró en el baño saliendo un minuto después con un botiquín en la mano. Parecía más calmado, pero a ella no se la daba.

—Enséñame la mano.

—Kennon estoy bien —susurró sin poder evitarlo.

La miró a los ojos tensándose. —Enséñame la mano, Mara.

Ella mostró el corte y cogió su mano como si fuera lo más delicado del mundo. Sintió que su corazón se retorció por estar con él y casi como en una neblina dejó que la curara. Cuando terminó de ponerle una gasa no soltó su mano, sino que con su pulgar acarició el monte de venus como si no quisiera dejar de tocarla. —Deberías irte y no volver por aquí.

—¿Por qué?

—Es lo mejor para ti. —Levantó la vista y vio sus ojos verdes llenos de lágrimas. —¿Te he hecho daño?

—Me necesitas.

Kennon dio un paso atrás soltando su mano. —Mira, cuando te vi te hubiera echado un polvo, pero acabo de darme cuenta de que eres un peligro. No te imagines cosas. Nunca tendremos nada y creo que lo mejor es que no vuelvas mañana. —Sacó un fajo de dinero del bolsillo.

—Ni se te ocurra echarme —dijo a toda prisa—. No tengo a donde ir.

—Este no es buen sitio para ti.

Dio un paso hacia él. —Nosotros...

—No habrá un nosotros, Mara. ¡Jamás! ¿Me entiendes?

Mara enderezó la espalda, levantando la barbilla y ocultando que le hacían daño sus palabras porque sabía que eran el uno para el otro. —Pues ahora entiéndeme tú. Me voy a quedar y vamos a acabar juntos, así que ya me

estás contando lo que pasa porque yo no me voy a dar por vencida.

Llamaron a la puerta y entrecerró los ojos al ver como se guardaba el dinero en el bolsillo de nuevo e iba hacia allí abriendo de malos modos.

—¿Todo va bien? —preguntó Phill entrando en el despacho.

Empezaba a odiar a ese tío. Levantó la mano herida mostrando la gasa. —Gracias por su ayuda, jefe —dijo sabiendo que la conversación se había terminado—. Ahora vuelvo al trabajo.

Recorrió el pasillo sintiéndose observada por ellos y se dijo que costara lo que costara iba a descubrir qué pasaba en esa discoteca.

Cuando salió, Jerry y Lester estaban en su barra. Jerry se interpuso. —¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Ese tipo me ha tirado y me he cortado. El jefe me ha dicho dónde estaba el botiquín.

Él miró su mano y sonrió. —No empiezas bien en tu primer día.

—Gajes del oficio.

Entró en la barra y le dijo a Lisa —Lo siento.

—Tú no has tenido la culpa. A esta hora empiezan a desmadrarse.

Ignorando a Lester y a Jerry atendió a la clientela y suspiró del alivio cuando sobre las cinco empezó a vaciarse el local. A esa hora fue cuando se fue la señorita Feldman con su padre. Al parecer les iba la juerga. Lester y Jerry no se movieron de sus sitios y se preguntó qué estarían esperando. Cuando se cerró el local eran las seis de la mañana y ellos aún seguían allí. Kennon había desaparecido, así que imaginó que había alguna puerta trasera y que se había largado. Estaba limpiando su parte de la barra agotada porque no estaba acostumbrada a acostarse tan tarde cuando se acercó Phill dejando sobre la barra su sueldo. Fue dejando el dinero delante de cada camarero y vio que Lisa estaba contando las propinas de todo el local para repartirlas. Lisa se acercó sonriendo y le guiñó el ojo. —Ha sido un día estupendo.

Gracias a ti hemos ganado un cincuenta por ciento más.

—¿Gracias a mí? —preguntó sorprendida.

—Las cervezas cuestan quince pavos. —Se echó a reír. —El jefe ha dicho que no cometes ese error mañana.

Se le cortó el aliento. —¿Qué jefe?

—Harris.

—¿Aún sigue aquí?

—Siempre se queda en su despacho hasta el cierre. Para comprobar la caja.

Asintió cogiendo su parte de las propinas y abrió los ojos exageradamente al ver que eran más de trescientos dólares.

—¿A que ahora no te duelen tanto los pies?

—Se me ha quitado el dolor del todo.

Lisa se echó a reír alejándose. —Voy a cambiarme. Hasta mañana. Ah, ¿puedes asegurarte de que la máquina de hielo está cargada? Últimamente falla un poco y no quiero encontrarme mañana con que no tenemos.

—Ahora lo miró. —Sin saber dónde guardar el dinero decidió meterlo en su escote hasta que llegara al vestuario.

—¿Quieres que te llevemos al motel?

Ahora sabía la razón. Miró a Jerry que sonreía. —Oh, no gracias. Voy a ir a desayunar antes de acostarme.

—Es una idea estupenda. Te acompañamos.

Le miró fijamente a los ojos. —Mira, no soy tu novia ni tu hermana, así que no tienes que acompañarme a ningún sitio. Voy a ir a desayunar sola.

—Al parecer te has olvidado de mí después de conocer a Harris.

—Nunca me había acordado de ti. —Se volvió y abrió la tapa de la máquina de hielo que hacía un ruido muy raro y estaba cargada a la mitad, pero por el reflejo del espejo que tenía delante vio como Jerry la miraba con

rabia, aunque lo disimuló cuando se volvió. —Hasta luego.

—Mara... —Se volvió a regañadientes con ganas de pegarle cuatro gritos. —Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Claro. Mientras no te metas en mi vida, nos llevaremos bien. Por cierto... —Se metió la mano en el canalillo y sacó cien dólares. —Aquí tenéis el dinero de dos días. Esta noche duermo en otro sitio. Estoy harta de los berridos de esa Molly.

—Está bien. Has de decirle a Phill donde vives por si tienen que localizarte en caso de emergencia.

—¿Qué emergencia?

—¿En tus otros trabajos no dabas tus datos?

—Claro. —Asintió porque ahí la había pillado. —Bien. Lo haré.

Como tenía la excusa de la máquina de hielo, se acercó al despacho del jefe. Llamó a la puerta cerrada y la abrió Phill. —¿Qué quieres ahora? —preguntó sin abrir del todo.

—La máquina de hielo está cargada solo hasta la mitad y hace un ruido raro.

—Muy bien. Avisaré al técnico.

Se volvió para ir al vestuario porque era obvio que no la dejaría pasar y se cambió a toda prisa deseando acostarse. Ni tenía ganas de desayunar, aunque la excusa le había venido fenomenal para que esos dos la dejaran en paz. Salió de la discoteca despidiéndose del portero y se preguntó cuándo Kennon abandonaba el local. Le parecía extraño que el jefe se quedara tanto tiempo allí.

Caminaba en dirección al metro que había cogido el día anterior para regresar al motel a recoger sus cosas cuando un Ferrari gris se detuvo a su lado. Con desconfianza miró por la ventanilla y al ver a Kennon, abrió la puerta de inmediato metiéndose lo más rápido posible. Él ni la miró con el

rostro muy serio. —Quiero que esta noche no vuelvas.

—Voy a volver.

—¿Son amigos tuyos? ¿Les conoces mucho?

—¿De quién hablas? —preguntó haciéndose la tonta.

—De Lester y Jerry. Hoy no he visto a Ben, pero supongo que estará por ahí.

—Ben está muerto.

La miró sorprendido y Mara sonrió. —¿Cómo que está muerto?

—Se cayó por las escaleras del motel.

—¿Conoces el motel?

—Vivo allí. Y allí les conocí hace dos noches.

—Tienes que salir de allí de inmediato, ¿me oyes? —Apretó el volante furioso y Mara sonrió porque se preocupara tanto por ella. —Son peligrosos.

—Tú también lo eres. —Miró al frente y no tenía ni idea de a donde la llevaba, pero le daba absolutamente igual.

La miró de reojo. —Yo estoy acostumbrado a tratar con ellos.

—Quieren cuidarte mucho... Me han pedido que vigile la discoteca por si veo algo raro. —Él se quedó en silencio muy tenso. —¿Por qué te protegen tanto? ¿Por qué dicen que eres el jefe cuando no lo eres?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Es obvio que no te caen bien. No trabajan para ti. Tienes que tragarlos, ¿verdad?

—Hablas mucho. ¿No serás policía?

Eso la cabreó porque no confiaba en ella. —¡No! ¡No soy policía! Pero es evidente que estás en problemas y...

—¡La que estás en problemas eres tú! ¡No quiero que vuelvas!

—¡No pienso dejarte solo con esos cabrones!

—¡Llevo así dos años y nunca me ha pasado nada! ¡Pero como sigas

haciendo preguntas, la que va a acabar muy mal serás tú!

—No he hecho preguntas.

—Lisa tiene la lengua muy larga.

—Pues a ella no se la han cortado.

—Es inofensiva, pero tú no.

—¿Por qué? ¿Porque me ha contado que esa tal Feldman está loquita por ti? ¡Menudo secreto, si se le cae la baba cuando le hablas!

—Por Dios, ¿estás loca? ¡Es mi socia!

—Sí, ahora cuéntame historias. ¡Esa quiere pillarte! ¡A mí no me la das!

—¡Estás celosa!

—¡Claro, porque eres mío!

Ahora sí que la miró como si estuviera loca. —Estás despedida.

—Sí, tú sigue negándome, pero estás aquí. —Se cruzó de brazos. — Puedes resistirte todo lo que quieras, pero has venido a recogerme.

—¡Porque quería decirte que no volvieras! —Frenó el coche al lado de la acera y se volvió hacia ella. —Y ya te lo he dicho. ¡Largo!

Mara bufó y se hizo la loca mirando a su alrededor. —¿Dónde estamos? Llevo en la ciudad cuatro días, así que no sé dónde estamos.

Él juró por lo bajo antes de iniciar la marcha de nuevo y Mara reprimió la sonrisa que pugnaba por salir. —¿Vamos a desayunar y me cuentas qué ocurre?

—¡No te voy a contar nada!

—Pues vamos a discutir muchísimo, porque hasta que no me lo cuentes no paro. Y si no me lo cuentas tú, tendré que averiguarlo en otro sitio.

—Mara...

—Pero si lo que quieres es hacer el amor, tengo que avisarte de que soy virgen. Así que sé delicado.

Frenó en seco haciendo pitar a los que venían detrás y la miró como si

fuera una extraterrestre. —¿Pero tú cuántos años tienes?

—Veintiuno. Recién cumpliditos. —Sonrió radiante. —¿Y tú? —Parecía atónito. —¿Treinta, treinta y uno?

—¡Treinta y cuatro!

—Bah, eso no es importante.

—¿Ah, no?

—No, lo que importa es que al fin te he encontrado. —Sin perder la sonrisa se acercó. —Tengo ganas de besarte. —Él separó sus labios y al sentir su aliento Mara cerró los ojos embriagada de placer. —Y quiero ser tuya.

Kennon la empujó por el hombro devolviéndola a su sitio y aceleró provocando que varios coches frenaran a su paso. Decepcionada abrió los ojos y suspiró cruzándose de brazos. —¿A dónde vamos?

—A un piso que tengo alquilado en el Soho.

—¿Volvemos al Soho? ¿Por qué estamos recorriendo la ciudad?

—¡Para que no nos sigan!

—¿Por qué iban a seguirte a ti?

—Por lo mismo que me vigilan en la discoteca, Mara. Para que no les delate. Últimamente están algo nerviosos.

De eso tenía la culpa Marc y Bob, seguro.

—¿Por qué no te has largado a otro sitio? Es obvio que no te falta el dinero.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que he trabajado para llegar hasta aquí? Ya les pillarán y...

—Y a ti de paso. Utilizan tu local para blanquear el dinero.

—¡Eres policía!

—Que no. Qué pesado. Soy... una investigadora particular. Y tu pareja.

—A mí lo que hagan con Hacienda me importa poco. Yo tengo las cuentas muy claras. ¡Y no eres mi pareja!

—¿Quién es el jefe?

—Ni loco te digo quien lleva el negocio. Ya cometí un error una vez y no pienso cometer otro. ¡No quiero que nos maten a todos!

—¿Qué pasaría si ese hombre desapareciera?

La miró de reojo divertido. —¿Qué iba a pasar? Que heredaría su parte del negocio. Lo dejé muy claro cuando hicimos la sociedad. Nada de herederos que me dieran el coñazo en caso de que pasara algo.

Eso era un alivio. —Feldman...

—¡No es él! Puede ser un prepotente, pero llevo asociado con él desde que empecé y nunca me ha dado problemas.

Esa última frase la dijo sin tanta convicción. Estaba claro que no le iba a decir el nombre por su seguridad no porque no confiara en ella porque ya le había dicho mucho. Pero con Feldman tenía algo pendiente. Igual era alguien allegado a él y fue el viejo quien le metió en ese lío.

—¿Te lo presentó Feldman? ¿Por eso confiaste en él?

—¿Quieres dejar de hacer preguntas de una maldita vez? ¡Me pones de los nervios!

—Cariño, eso es el deseo que sientes por mí. ¿Queda muy lejos tu piso?

—Que sabrás tú de deseo si eres virgen. —Mara se echó a reír y él la miró con desconfianza antes de meter el coche en un garaje. —Me has tomado el pelo, ¿verdad? ¡No eres virgen!

—¿Me estás echando la bronca?

—¡No!

—Pues parece que sí. Cariño, estás muy alterado. En cuanto subamos, te hago un masaje.

Él gruñó frenando el coche en su plaza y cuando apagó el motor se quedó allí sentado unos segundos sin hablar. Mara se mantuvo en silencio porque tenía que tomar él la decisión. Si no tomaba la decisión correcta, ya le

convencería.

Kennon volvió la cara hacia ella y por su mirada parecía que tendría que convencerle. —Sal del coche.

Ah, pues no. Muy contenta salió del coche y sin querer dio un portazo de la emoción. Él se puso a su lado y miró el coche de adelante a atrás. —Está bien —dijo con aburrimento—. ¿Subimos? Tengo los pies hechos polvo por los tacones que nos obligas a llevar.

Gruñó cogiéndola del brazo. —No tienes que llevarlos más si no quieres.

—Sí, claro. Como si me quedan dos muñones, que no te pierdo de vista.

Eso pareció divertirlo. —Eres muy insistente, ¿verdad?

—Cuando algo me importa sí.

—Y yo te importo. ¡Si no me conoces, Mara! ¡Y no tienes ni idea de dónde te metes!

—¿Empezamos otra vez? No quiero darle vueltas al mismo asunto a no ser que me digas lo que quiero saber. Su nombre.

—¿Y que más te da el nombre que tenga? ¿Qué puedes hacer tú?

—Puedo hacer mucho, te lo aseguro —dijo con ironía acercándose a él en el ascensor—. ¿Ahora me vas a besar?

La miró a los ojos antes de que los suyos llegaran a sus labios. —Será mi primer beso. Haz que sea memorable.

La cogió por el cuello posesivo pegándola a él y provocando miles de sensaciones en su cuerpo. —Como me mientas... como me estés utilizando, te juro que lo vas a pagar. —Su voz ronca la hizo temblar de deseo. —Joder, nena... te siento mía.

—Porque lo soy.

Kennon gimió antes de atrapar sus labios y para Mara fue la sensación más maravillosa del mundo. Y esas sensaciones se intensificaron cuando entró en su boca acariciándola exigente con su lengua, buscando una respuesta que

no tardó en llegar, haciéndoles olvidarse de todo excepto de sentirse. Ni escucharon el click del ascensor mientras la mano que Kennon tenía en su cuello bajaba por su espalda hasta su cintura tirando de su cuerpo para pegarla aún más a él como si quisiera fundirse con ella. Desesperada abrazó su cuello respondiendo a su beso. Kennon la cogió por la cintura levantándola y sujetándola por el trasero. Mientras ella le rodeaba con sus piernas chocó con la puerta del ascensor que ya se había cerrado de nuevo al intentar salir. Kennon separó sus labios. —Joder, lo siento.

—Ni me he enterado. —Le besó en el cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja. —Cariño, qué bien hueles.

—Tú sí que hueles bien. Tu olor me vuelve loco.

Mara se separó de él para mirarle a los ojos mientras caminaban hacia la puerta y se quitó la camiseta mostrando sus pechos. Kennon se detuvo en seco viendo como los rizos cubrían sus preciosos senos. —Nena, no hemos llegado.

—Pues date prisa. —Rodeó su cuello de nuevo. —Te quiero dentro de mí —susurró en su oído multiplicando su deseo antes de que su lengua recorriera su cuello estremeciéndole—. Va a ser una noche increíble.

—Es de día —dijo con voz ronca intentando abrir la puerta—. ¡Mierda!

La puerta se abrió de repente y él entró en el interior del apartamento dejando caer las llaves al suelo y cerrando con el pie antes de atrapar su boca de nuevo pegándola a la pared. Cuando separó sus labios bajándolos por su cuello, Mara arqueó el cuello hacia atrás cerrando los ojos enterrando sus dedos en su espeso cabello negro necesitando más. Pero lo que realmente la volvió loca, fue su lengua rodeando su pezón antes de metérselo en la boca con delicadeza chupando muy suavemente. Primero con uno y después con el otro. Gimió retorciéndose entre sus brazos y la volvió caminando con ella en brazos mientras se miraban a los ojos. Kennon besó suavemente sus labios antes de agacharse sentándola sobre la cama. —Preciosa, no sé si tengo con...

—Perdió el habla cuando ella alargó las manos hasta su cinturón de cuero y se lo abrió lentamente. Al ver que iba a abrir el botón, él se quitó la chaqueta del traje a toda prisa dejándola caer al suelo. Estaba bajando la cremallera cuando él se abrió el segundo botón de la camisa antes de llevar sus brazos hacia atrás para quitársela por la cabeza. Cayó al suelo junto a los pantalones y Mara se mordió el labio inferior viendo sus bóxer blancos donde su masculinidad se notaba claramente. Sus manos subieron por su fuerte pecho y le besó encima del ombligo antes de alejarse mirando sus ojos y bajando sus manos de nuevo hasta la goma de los calzoncillos, tiró de ellos hacia abajo mostrando su sexo erecto. Le miró a los ojos y Kennon gruñó antes de cogerla por la nuca para atrapar sus labios tumbándola en la cama. Ambos tiraron de sus vaqueros hacia abajo y Kennon impaciente se apartó tirando de ellos hasta desnudarla del todo. Mirandola de pie ante ella Mara sonrió cortándosele el aliento cuando él la cogió por el interior de las rodillas abriendo sus piernas de golpe. —Eres tan preciosa que quitas el aliento. —Se estremeció cuando su sexo acarició el suyo de arriba abajo antes de entrar en ella lentamente. Mara arqueó la espalda por la invasión, apretando las sábanas de seda entre sus dedos. A medida que iba entrando en su cuerpo, más se acercaba a ella y cuando llegó al límite de su virginidad, estaba sobre ella apoyado en sus antebrazos. —Nena, mírame. Quiero que me mires mientras te hago mía.

Mara abrió los ojos mirando los suyos y acarició su cuello. —Para siempre.

Entró en ella gruñendo de placer mientras Mara clavaba sus uñas en su cuello por el dolor que la traspasó. La besó apasionadamente haciéndola olvidarse del dolor y Kennon se movió lentamente antes de volver a entrar en ella haciéndola gritar de placer en su boca. Él se apartó mirando su rostro entrando en ella una y otra vez aumentando su placer hasta que cada fibra de su ser se tensó buscando la liberación. Besó suavemente su labio inferior antes

de acelerar el ritmo de manera salvaje y Mara pensó que su cuerpo no soportaría tanto placer antes de que todo estallara en mil pedazos dejándola sin aliento. Por fin le había encontrado. Jamás estaría sola de nuevo porque le tendría a él.

Capítulo 5

Le observó durante horas mientras dormía hasta que el sueño la venció. Soñó que tenía un bebé en brazos y que levantaba la cara para mirar a Valerie que de pie a su lado también sonreía. Giró la cabeza para ver a Bob que abrazaba a Tessa por la cintura y Marc llegó en ese momento colocándose tras su esposa.

Miró a su alrededor asustada. —¿Dónde está Kennon?

Todos perdieron la sonrisa y Valerie se sentó a su lado. —¿No lo recuerdas? Está muerto, Mara. Murió hace meses.

Mara palideció mirando a su sacerdotisa. —No, no está muerto.

—Le mataron.

—Por tú culpa, Mara —dijo Marc muy serio—. Murió porque le ocultaste tu naturaleza. Creía que tenía que protegerte.

—¡No! —gritó desquiciada—. ¡No está muerto!

Tessa asintió mientras un dolor terrible la desgarraba por dentro. —Si se lo hubieras dicho... ¿Por qué le ocultaste algo así? Forma parte de ti.

—¡No! —gritó de nuevo llorando sin darse cuenta—. ¡Kennon está vivo!

—¡Mara! —Abrió los ojos para ver ante ella a Kennon que pálido la sujetaba por los brazos sentada en la cama. La abrazó a él con fuerza. —Estoy bien. Te he asustado con lo que te he dicho antes, pero no pasará nada. Todo irá bien.

Muerta de miedo susurró —Soy bruja.

Kennon la apartó para mirarla. —Nena, ¿sigues dormida? ¡Despierta!

—Soy bruja. No tienes que protegerme.

Su hombre se apartó aún más mirándola a los ojos como si intentara

descubrir que estaba despierta. Él le pegó un guantazo que le volvió la cara y Mara jadeó asombrada. —¡Kennon!

—¿Ahora sí que estás despierta?

Se volvió devolviéndole el guantazo. —Sí, estás despierta. Joder, qué fuerza tienes para ser tan poquita cosa.

—Poquita cosa, ¿eh? —Se tiró sobre él haciéndole reír al sentarse a horcajadas sobre su vientre.

Kennon acarició sus glúteos. —Cuando me levanto siempre quiero sexo. ¿Estás dolorida?

—¿No me has oído? Soy bruja.

—Sí, algo bruja eres porque me has hechizado. —Se incorporó inclinándola hacia atrás para besar sus pechos. —Sabes maravillosamente.

Estaba claro que no la creía, así que le agarró por el pelo para que dejara de desconcentrarla tirando de su cabeza hacia atrás. —Mira. —Se quitó el apósito de la mano mostrando la herida del centro de su palma.

—No deberías haber hecho eso. No tengo nada para curarla aquí.

Colocó su otra mano encima de la herida y Kennon perdió la sonrisa al ver la luz que desprendía. Dos segundos después mostró su mano curada. —La hostia...

Antes de darse cuenta él saltó de la cama mirándola con los ojos como platos. —No pasa nada.

—¿Qué me has dado? Me has drogado, ¿verdad? —preguntó furioso—. ¡Eres uno de ellos y queríais probarme o algo así!

—Eres mi pareja. Estoy destinada a ti. Te amaré siempre.

—¡Deja de decir eso! —Se agachó para recoger sus pantalones. —¡Todo ha sido una trampa! ¿Para ver lo que te contaba?

Se arrodilló sobre la cama y mentalmente tiró de sus pantalones para que no se los pusiera. La miró asombrado antes de tirar de nuevo de ellos

rasgándolos por la mitad. —¡Mira lo que has hecho!

Mara hizo una mueca. —Te lo puedo coser. ¿Tienes hilo y aguja? —
Entonces sonrió radiante. —¿Te has dado cuenta de que lo he hecho yo?

Nervioso dejó caer los pantalones al suelo y se pasó las manos por su pelo negro mientras que Mara se lo comía con los ojos. —Cariño, ¿no querías sexo?

—¡Déjate de sexo! ¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué? ¿Lo de los pantalones o lo de la mano?

—¡Todo!

Se encogió de hombros. —Nací así. Aunque mis poderes se fueron desarrollando con los años, claro. Primero hice fuego, quemando la clase de manuales. Me frustraba un poco lo de hacer una casita de palillos, no se pegaban. Cuando se me cayó uno, me descontrolé un poco y la casita se incendió. La profesora nos sacó de la clase y en lugar de apagarla y se quemó el aula. Me registraron buscando un mechero, ¿te lo puedes creer? Querían echarme la culpa a mí cuando yo no sabía ni lo que había pasado.

Kennon dejó caer la mandíbula pálido. —Me estás gastando una broma muy buena. —Se cruzó de brazos sonriendo irónico. —Haz fuego.

Alargó la mano y una pequeña bola de fuego surgió de su palma. Kennon puso los ojos en blanco antes de caer hacia atrás tan largo como era. Mara gimió acercándose al borde de la cama asustada por si le había dado un infarto o algo así de la impresión. Muy nerviosa susurró —¿Cariño? —Un torrente de agua cayó encima de la cara de Kennon sobresaltándole de golpe y ella suspiró del alivio. —Ah, que solo te habías desmayado. ¡No vuelvas a hacerlo! ¡Creía que te había dado un infarto y que la habías espichado!

Sentado en el suelo parpadeó mirándola asombrado mientras ella seguía despotricando sobre el susto que le había metido y que no podía morir. Su enfado fue aumentando y él miró a su alrededor para ver como un viento movía

las cortinas de la habitación. El viento fue aumentando mientras sus gritos crecían y Kennon se levantó a toda prisa para cogerla por la cintura pegándola a él, viendo que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Nena, cálmate.

Parpadeó mirándole a los ojos. —No puedes dejarme sola. Eres parte de mí.

—Estoy aquí —susurró viendo como el aire desaparecía.

—He soñado que habías muerto. —Se abrazó a él con fuerza. —Y eso no puede pasar. Prométemelo.

—¿También ves el futuro? —preguntó divertido.

Se apartó de él levantando la barbilla. —Soy el oráculo, guapo.

—¿El qué?

—Predigo desgracias.

—Vaya.

Mara se echó a reír cuando la tumbó de nuevo sobre la cama sin darle importancia, besándola en el cuello antes de hacerse un hueco entre sus piernas. —Pero ya te he dicho que soy bruja, así que no tienes que protegerme. ¿Entiendes? Ellos no pueden conmigo.

—¿Sabes esquivar las balas?

La lámpara de la mesilla de noche salió volando hasta la pared, estrellándose con fuerza. Él levantó una ceja. —Cielo, era una lámpara carísima. —Entró en ella de un solo empujón haciéndola gritar de placer, olvidándose de todo salvo de estar con él. —Eso es nena, relájate.

Una hora después ella acariciaba su pecho agotada. No sabía cómo iba a trabajar esa noche, pero tenía que ir. No pensaba perderle de vista. Él acarició su mano. —¿Hay muchas como tú?

—Alguna —respondió vagamente sin querer entrar en detalles todavía.

Confiaba en él, pero no quería hablar de Valerie y su hermana.

—Me parece increíble. ¿Y tus padres qué dijeron de esto?

—A mi padre no le conocí y mi madre murió cuando era muy pequeña. Pero no le hubiera sorprendido porque era como yo.

—¿Eso se hereda?

—Entre las mujeres de la familia.

—¿Y con quién te criaste?

—En orfanatos.

—Yo también. —Levantó la vista hacia él. —Mi madre murió y mi padre terminó en la cárcel por drogas y acabé en la calle con once años. Me cogieron los de asistencia social y me llevaron a un orfanato. Era mejor que estar en la calle.

—Yo lo odiaba. —Apoyó la barbilla sobre su pecho. —Odiaba a todo el mundo. Hice cosas que ahora pienso que fueron estupideces por puro odio.

Él la miró y cogió uno de sus rizos pelirrojos. —Pero ahora no eres así.

—Me fui a Senegal tres años y me di cuenta de la suerte que tenía. Allí la gente sufre de verdad.

—¿Y por qué volviste?

—Ahora sé que fue por ti. Me necesitas. Dime quien es y yo lo soluciono. Solo necesito el nombre.

—¿Y qué ibas a hacer? ¿Matarle? Sabrán que te lo he dicho yo. Después de ese vendrá otro. —Los ojos verdes de Mara le cortaron el aliento. —¿Quieres acabar con todos?

—No quedará nadie que pueda jodernos la vida. Mis amigas me ayudarán si es necesario.

—¡Es muy influyente, Mara! ¡No es un maleante como Jerry!

—Me da igual.

—No pienso dejar que te metas en esto. La discoteca dejará de estar de

moda y cuando se cierre, asunto arreglado.

—Sabes que no eres el único afectado de sus manejos. Mueren chicas todas las semanas por su culpa.

—¿Con quién has hablado? —Ella se iba a levantar, pero Kennon la cogió por los brazos volviéndola. —¡Mara, con quién has hablado!

—Tú no me dices el nombre y yo no te digo esto. Es lo justo. Pero lo que sí te voy a decir, es que no voy a parar hasta encontrar a ese tipo. Mis amigas también están en peligro por su culpa.

—¡Entonces es cierto! ¡Me estás utilizando!

—No digas tonterías. ¡No me has dicho nada que no supiera ya! ¡El nombre!

—¡Qué no! —le gritó a la cara—. ¡Deja las cosas como están!

—Me tengo que ir a recoger las cosas del motel. Cuando regrese, espero una respuesta.

Se levantó de la cama con la barbilla bien alta y empezó a vestirse. —¿Cómo que cuando regreses? —preguntó asombrado.

—¿Para qué voy a ir a otro motel cuando puedo quedarme aquí contigo?

—¡Mara, se supone que yo vivo en otra casa!

—Oh, pues me mudo allí. ¿Dónde está?

—Ni hablar.

—¡No te vale nada! —Entrecerró los ojos. —¡Lo que pasa es que no quieres que esa Feldman sepa que tenemos algo! ¡Reconócelo!

—¡No quiero que te pase nada si algo se tuerce!

—Pues aquí estoy yo para enderezarlo. —Cerró los pantalones y miró a su alrededor. —Cariño, ¿hay algo de comer? Me muero de hambre.

Él suspiró levantándose de la cama y acercándose a ella. —Nena...

—No vas a convencerme y no puedes retenerme. Así que ponte de mi lado.

—¿O sino qué?

—O sino entró en la discoteca y arraso con todos los que parezcan sospechosos. Incluida esa Feldman.

—Que perra te ha entrado con Gidget.

—¡Es que quiere lo que no es suyo! —le gritó a la cara.

—¡Él nunca va a la discoteca!

Sonrió maliciosa. —Gracias. ¿Dónde tienes los contratos de la sociedad?

—¡Eres imposible!

—Vale, le robaré el móvil a Feldman. —Abrió los ojos como platos. —
¿Dónde tienes el móvil?

Miró a su alrededor y él le arrebató la chaqueta antes de que pudiera cogerla. Entrecerró los ojos. —Cariño... no quiero hacerte daño.

—Precisamente porque no me harás daño, respetarás mis deseos y dejarás las cosas como están.

—Esto ya no hay quien lo pare. ¡No pienso dejar que mueran más mujeres por su culpa! —Agarró la chaqueta con las manos. —Dame el móvil.

—¿Para qué? Si no vas a saber quién es...

—Me lo dice un amigo. —Tiró con fuerza porque no quería tocarle, pero como él era más fuerte no le quedó más remedio que tirarle de la oreja.

—¡Ay, Mara!

—¡Cariño, suelta!

La cogió por la cintura y la tiró sobre la cama cogiendo sus manos para ponérselas sobre la cabeza. —¡Qué no! ¿Qué tipo de relación quieres tú? ¿Una donde solo tu palabra se tenga en cuenta?

Le miró a los ojos arrepentida. —Lo hago por nosotros.

—Pues no tienes razón —dijo muy serio—. Yo resuelvo mis asuntos. Nunca he necesitado a nadie y tampoco te necesito a ti. —No pudo evitar que el dolor se reflejara en sus ojos y él le soltó las manos. —Esto acaba de

demostrar que yo tenía razón y esto no va a funcionar. —Se levantó dejándola sin habla y vio como cogía la chaqueta antes de meterse en el baño cerrando de un portazo.

Se sentó lentamente y suspiró pasándose la mano por los ojos. Tenía que irse sino no le daría tiempo a llegar a la discoteca para su turno. Le daba la sensación de que lo había estropeado todo presionándole, pero Kennon le había hecho daño. Era normal que discutieran. Acababan de empezar y les rodeaban los problemas. Ya le pediría disculpas por haber dicho que no la necesitaba. Claro que lo haría. Se levantó cogiendo su camiseta de delante de la puerta y salió del piso sin hacer ruido. Seguro que cuando le viera de nuevo esa noche estaba muy arrepentido.

Con la mochila al hombro llamó como la noche anterior a la puerta de la discoteca que se abrió de inmediato. Sonrió al portero, pero éste se interpuso en su camino. —¿Qué ocurre? Vengo a trabajar. ¿No me recuerdas? Soy la de ayer.

—No puedes pasar. Estás despedida. Ya no tienes trabajo aquí.

Dio un paso atrás sin esperárselo. —¡Será una broma! ¡Quiero hablar con el jefe!

—No está. Le ha dado la orden a Phill y él a mí. No puedes pasar ni como clienta.

Le cerró la puerta en las narices y ella la miró con rabia con ganas de incendiarla. —Contrólate Mara —siseó volviéndose—. Solo quiere alejarte, pero lo lleva claro.

Rodeó el local y frunció el ceño al ver que detrás había un aparcamiento enorme. Seguro que allí aparcaban los vips. El coche de Kennon no estaba en el aparcamiento y eso la preocupó. —Este es capaz de haberse ido de

vacaciones para no verte. Será cabezota.

Vio la puerta trasera y la abrió intentando controlar su mala leche para encontrarse otro portero allí. —Hola —dijo sonriendo.

—Tú no puedes estar aquí.

—Claro que sí —dijo mirándole a los ojos—. Tengo que trabajar esta noche. Phill te lo ha dicho.

La miró confundido. —¿Me lo ha dicho?

—Claro que sí. Te lo dirá él mismo en unos minutos. Ya verás.

—Ah, entonces pasa.

—Ya lo suponía.

Fue hasta el vestuario y como la mochila no entraba en la taquilla, solo metió lo imprescindible. Su cartera y el móvil bajo una toalla dejando la mochila a un lado para que no molestara. Salió vestida con su uniforme y fue hasta el despacho del jefe. Llamó a la puerta y sonrió cuando le contestó Phill. Entró con una sonrisa en la cara que perdió al ver allí a cuatro tipos de traje que parecían abogados mientras que él se sentaba detrás del escritorio como si fuera el dueño. —¿Qué haces tú aquí? Deje dicho que no quería verte. Estás despedida.

Ella le miró a los ojos. —¿Yo? No. No soy yo a la que ha despedido si no a la que fuma en el baño, ¿recuerda?

Phill entrecerró los ojos. —Ah sí, es cierto. ¿Entonces qué querías?

—¿Tengo hielo?

—Sí, se ha arreglado la máquina. Y la culpa es vuestra por dejar la puerta abierta demasiado tiempo. ¡Os descontaré el arreglo!

Hizo una mueca por lo aprovechado que era. —Vale, hasta luego jefe.

—¡Y las cervezas cuestan quince dólares!

—Vale, jefe.

Salió antes de que le dijera algo más y corrió hasta su barra donde Lisa

ya estaba cortando el limón para las copas. —Menuda mala leche. Nos va a descontar el arreglo de la máquina de hielo porque dice que la hemos estropeado nosotras.

Lisa asintió sin dejar de cortar y ella la miró extrañada porque no había dicho nada. —¿Te ocurre algo?

—Ponte a trabajar, ¿quieres?

La cogió por el brazo volviéndola y Lisa miró a su alrededor preocupada. —¿Qué pasa? Puedes confiar en mí.

—Me han echado la bronca por hablar de lo que no me importa. Y casi me echan.

—¿Quién? ¿Phill?

—El jefe. Me llamó hace una hora y me hizo venir.

—¿Kennon te ha dicho eso? —Al parecer estaba cerrando filas en torno a ese cerdo. Empezó a ponerse nerviosa. ¿Y si la engañada había sido ella? Soltó el brazo de su amiga asombrada y regresó a su zona pensando en ello. No podía ser. Lo que sentían era demasiado fuerte para que la traicionara. ¿O no? Había oído historias sobre hombres que no estaban tan enamorados de sus brujas como ellas de él. De hecho, la madre de la sacerdotisa fue una mujer maltratada por su marido. Eran ellas las que amaban por encima de todo protegiendo a su pareja todo lo que podían. Y si Kennon no la amaba como ella a él, puede que todo lo que le había contado les creara problemas. Mierda, ¿por qué no se tomó las cosas con calma por una vez hasta haber acabado la investigación? ¡Lo había puesto todo en peligro!

La puerta delantera se abrió y se tensó al ver a Jerry y Lester allí vestidos de sport, pero con una pinta de chulos que no podían con ella. Había tenido la solución ante sus ojos durante todo el tiempo y no se había dado cuenta. Ellos tenían que conocer al hombre que buscaba. Sobre todo Jerry.

Sonrió cogiendo la bayeta antes de limpiar la inmaculada barra. —Vaya,

hoy venís temprano.

—Creía que te habían echado.

—Una confusión. Ya lo hemos aclarado. ¿Queréis tomar algo? ¿Una cerveza?

—Sí —dijo Jerry apoyando los codos sobre la barra—. Te veo muy contenta. Ya me he enterado de que te has ido del motel.

Se echó a reír. —¿Hay algo que tú no sepas?

—Poca cosa. ¿Y a dónde te has ido?

—Pues estás mal informado porque tengo que volver. El sitio donde iba a ir no me ha gustado. Cuando llegué al piso compartido, resultaba que allí vivía mucha más gente de lo que creía y tenía que compartir la habitación.

—Tendrás que soportar a Molly.

—Tendré que soportarla, no hay más remedio. —Miró a Lester. —¿Es que puedes dejar solo el motel cuando te dé la gana?

—Algo así. —Bebió de la boquilla de su cerveza. —Ese negocio se lleva solo.

—Como éste. Nunca creí que pudiera servir tantas cervezas en una noche. Espero que me dure el trabajo.

—Tú sigue así y te durará.

—Como estos locales no suelen seguir de moda mucho tiempo... Pero bueno, después buscaré otra cosa.

Los cuatro hombres salieron a la pista atravesándola y uno de ellos sonrió. —Coño, Jerry. ¿Qué haces por aquí? Te imaginaba en las Vegas.

—Como está la cosa no puedo irme. Ya sabes.

El tipo asintió. —Sí, ya nos estamos encargando.

¿Ya se estaban encargando?

—¿Estáis de limpieza? —preguntó Lester ganándose un codazo de Jerry, que le miró como si fuera imbécil.

El tipo se echó a reír. —Exacto. —Ella se volvió cogiendo una de sus botellas y haciendo que limpiaba el polvo. —Acabaremos enseguida.

—¿Acabáis de llegar? ¿Por qué no quedamos para tomar una copa esta noche?

—Empezamos precisamente esta noche. Hay dos que se lo están buscando desde hace tiempo y ya nos han tocado mucho los huevos.

—Ya se quiénes son.

—Nos veremos en las Vegas.

Mara dejó la botella en su sitio, pero siguió limpiando la siguiente. —Mara, ¿y tu herida?

Mierda. Se volvió sonriendo. —Era un rasguño de nada. —Abrió los ojos exageradamente y se acercó a Jerry —¿Me haces un favor?

Jerry sonrió. —Depende del tipo que sea.

—Del tipo que luego te deberé uno —dijo sensualmente.

—De ese tipo me gustan.

Le miró fijamente a los ojos. —Déjame tu móvil. —Miró a Lester. —Y el tuyo.

Ambos dejaron el móvil sobre la barra y sonrió radiante. —Gracias chicos. —Cogió a Lester de la barbilla. —Lo has perdido, es una pena.

—Sí, es una putada.

Cogió la barbilla de Jerry y dijo lo mismo. Mirando sus ojos verdes asintió como un bobo. Se los guardó en la cinturilla del pantalón. —Ahora vais a ir al motel y me esperaréis allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Lisa miró asombrada cómo se iban. —¿Qué les has echado en la cerveza?

—Nada, es que no tienen una pizca de cerebro y solo se guían por el sexo. Creen que me voy a acostar con ellos. —Levantó un dedo. —¿Me cubres unos minutos? Tengo que hacer pipí.

—Pero si acabas de llegar y ya vamos a abrir.

—Por eso me daré prisa.

Salió corriendo de la barra casi derrapando en la pista de baile ignorando a los otros empleados que la miraron. Empujó la puerta con tanta fuerza que ni se dio cuenta de que golpeaba a alguien hasta que casi tropieza con su zapato. Al ver a Phill desmayado en el suelo suspiró. —Ahora sí que me despide.

Corrió hacia el vestuario y abrió la taquilla sacando el móvil. Marcó el número de Marc que contestó de inmediato —¿Dónde estabas? Llevamos todo el día esperando tu llamada.

—¡Sácalas de ahí! ¡Van a por vosotros y creo que tienen una sorpresa preparada!

Un cañón en su sien hizo que mirara de reojo a la morena que estaba fumando la noche anterior. Sonrió haciendo un gesto con la mano. —Dame el móvil.

—Marc haz lo que te digo para evitar problemas. —Colgó el teléfono, pero no se lo tendió.

—Eres obstinada. ¿Para quién trabajas? ¿Para la DEA? ¿Para la fiscalía?

—Que te den.

Apretó el cañón contra su sien con fuerza. —¡Dame el móvil, estúpida!

—Te voy a dar una oportunidad para que apartes ese arma de mi cabeza. Ahora.

La morena se echó a reír, pero sintió que la agarraban con fuerza de la muñeca y del dedo que intentó presionar el gatillo. Asustada la miró a los ojos sintiendo como su dedo se salía del nudillo. Gritó de dolor cuando la muñeca se partió y sin poder sostener la pistola, ésta cayó al suelo.

La cogió por el cuello elevándola. —¿Para quién trabajas?

—Para Phill. —Sujetó su muñeca con una mano. —Por favor, tengo un

hijo.

—¿Para quién trabajas? —gritó en su cara—. ¡Quiero su nombre!

—Para Phill. Él es quien lo maneja todo en el local. Simula recibir órdenes de Harris, pero cuando el jefe no está, él es quien hace sus chanchullos.

Mara la bajó. —¿Y para quién trabaja él? ¿Para quién trabajan esos tipos que han venido de las Vegas?

La miró sin saber de lo que hablaba y cuando su móvil empezó a sonar, le pegó un puñetazo que la tiró sobre la pared dejándola inconsciente. Se volvió furiosa descolgando a Marc. —¿Ya habéis salido?

—Se niegan a hacerlo. Dicen que se encargan ellas.

—En cuanto solucione un tema voy para allá. Tengo que hablar con mi jefe.

—¿Harris? Ese es un hombre de paja.

—¡Ya me lo podías haber dicho, joder! ¡Es mi pareja!

Marc silbó antes de apartar el móvil y gritar —¡Valerie no te vas a creer esto!

Gruñó colgando el teléfono y cogió la pistola saliendo hacia el pasillo donde Phill que parecía mareado estaba siendo levantado por el grandullón de la puerta. Al verla se enderezó llevando la mano a la espalda y ella levantó la pistola. —¿En serio quieres que te pegue un tiro entre ceja y ceja? A mí me da igual.

—¡Mátala!

Mara le rompió la pierna a Phill que gimió como un cerdo cayendo de rodillas. —Enseguida empezará a llegar la gente y no quiero escándalos en el local de Kennon.

—¡Sabía que él tenía algo que ver en esto! ¡Es un puto chivato!

Miró a los ojos al guardia de seguridad. —Vuelve a tu puesto antes de

que el local se me llene de escoria como él.

El guardia se alejó y Phill gritó —¡Vuelve aquí! ¡Te juro que esto me lo vas a pagar! —Mara se acercó a él apuntándole a la cara. La miró con odio. —¡Estás muerta, zorra!

—¿Para quién trabajas? —Vio que la puerta se iba a abrir de nuevo, pero la bloqueó con la mente. —¿Para quién trabajas? No te lo pregunto más.

—Me vas a matar igual.

—No, claro que no. —Le rompió la otra pierna y le cerró la boca para que no pudiera gritar. Como no se lo diría voluntariamente, se agachó a su lado y le sujetó por la sebosa barbilla haciendo que le mirara a los ojos. —El nombre de tu jefe.

—Harris.

Ella se tensó negando con la cabeza. —Me estás mintiendo. ¡Dime su nombre!

—Carter Harris. El padre de Kennon.

Sintió que todo su mundo se desplomaba y se enderezó sin dejar de mirarle a los ojos. Kennon le había mentado. Tenía contacto con su padre. Sin aliento preguntó —¿Dónde está?

—En las Vegas. Tiene un casino. Desde allí maneja sus negocios.

—¿Kennon sabe a lo que se dedica su padre?

—¡Claro que sí, estúpida!

—¿Y por qué no está en las Vegas con él?

—Porque quiso alejarse de la familia. Pero su padre no se lo permitirá nunca. Es su heredero. Antes le mata a que le deje en ridículo ante los suyos. ¡Por eso pensábamos que él estaba metido en esto! Su padre está cabreadísimo después de que desapareciera ayer por la noche. Seguro que sus hombres le están interrogando en este momento para sacarle dónde ha estado.

Sintió que se le helaba la sangre. —Esos que han venido de las Vegas...

—Vienen a liquidar los cabos sueltos. A cualquiera que sepa algo sobre el jefe o que pueda delatarle. —Sonrió malicioso. —Y Kennon es un cabo suelto como no tenga una buena excusa para la noche de ayer.

Pensó rápidamente. —¿A dónde pueden haberle llevado?

—¡Y yo que sé! ¡Joder, cómo duele esto! —Se agarró una pierna como si así fuera aliviarse.

—¡Continúa!

—¡No me meto en esos asuntos! ¡Solo me encargo de blanquear el dinero y que Kennon esté controlado!

Le miró fríamente. —Pues ahora ya no tienes que controlar nada. Ya me encargo yo. —Phill se llevó la mano al pecho gimiendo de dolor antes de que su cuerpo cayera sobre el suelo sin vida.

Se volvió caminando por el pasillo hacia el vestuario y se cambió rápidamente poniéndose otra vez los vaqueros y un ligero jersey verde. Tiró la pistola sobre la desmayada sin mirarla siquiera antes de recoger sus cosas sin dejar nada. No podía dejar rastro de su estancia allí.

Fue hasta la puerta del despacho de Kennon y entró para mirar a su alrededor. —¿Dónde estarán las grabaciones de videovigilancia?

Se volvió cerrando las puertas y fue hasta el guardia de atrás que debía estar sordo porque no se había enterado de nada. Estaba sentado en su silla mirando la puerta. Al ver que ni miraba hacia ella, se detuvo en seco y le tocó en el hombro viéndole caer de la silla. Al parecer la limpieza era total. Dejó caer la mochila al suelo y afinó el oído. Aquello no le gustaba nada. Regresó por el pasillo y vio el cuerpo de Phill en el suelo al lado de la puerta. Si entraba en el local y tenía que defenderse, puede que la cosa acabara mal.

Caminó hacia allí sin perder el tiempo y abrió la puerta mentalmente para ver la pista vacía. Las luces estaban apagadas y se temió lo peor. Al entrar en el local vio la pierna de una de las camareras saliendo de una barra. —¿Lisa?

—preguntó temblando por dentro y reprimió las lágrimas cuando su amiga no contestó.

Corrió hasta allí para verla tirada en el suelo con un disparo en la frente y otro en el corazón. Se tapó la boca impresionada cuando la puerta se abrió desde el pasillo. Se agachó tras la barra para escucharles decir —¿Te has cargado a la del vestuario?

—Claro. No soy nuevo en esto. Nada de testigos. Atrás ya no queda nadie. Lo he revisado. ¿Quién pegaría a esa zorra? Tenía la mano rota.

—Tocaría lo que no debía y Phill le daría una lección. ¿Y a ti qué más te da? También está muerto Phill y me importa una mierda. Ese viejo se tomaba demasiadas libertades. Harris estaba hasta los huevos de él.

El tipo se echó a reír. —Pero igual al jefe sí que le interesa.

—Ese seboso tenía la mano en el pecho. Fijo que le dio un infarto al muy cabrón. Y aquí ya no queda nadie para pedir explicaciones. Vámonos de una vez. Los demás ya se han largado.

Escuchando como se alejaban se dio cuenta de que esos dos habían entrado por detrás cuando ella estaba matando a Phill. Debieron entrar en el vestuario y mataron a la morena antes de que ella fuera a cambiarse. Después debían estar revisando el almacén o la oficina a la vez que ella había encontrado al portero. Mierda, mientras pasaba eso seguro que sus compañeros habían matado a los empleados de las barras. Unos por delante y otros por detrás. Tenía que seguirles. Era la única manera de intentar descubrir dónde tenían a Kennon. Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y marcó el número de Marc. En cuanto descolgó dijo rápidamente yendo hacia la puerta por donde habían salido —Han matado a todos en la discoteca.

—¿Qué? —gritó al otro lado de la línea.

—¡Lo hicieron mientras interrogaba a Phill! ¡Ni me di cuenta!

—Voy para allá.

—Voy a seguir a los tipos que han hecho esto. Tienen a Kennon.

—¿Tienes el nombre del cabecilla?

—Sí. Es el padre de Kennon. —Marc se quedó en silencio como si le hubiera sorprendido. —¿Marc?

—Joder, pero si vive en las Vegas.

—Lo dirige todo desde allí. Quería tener controlado a su hijo. Cree que es quien os dio los chivatazos.

Salió de la discoteca con cuidado y les vio de espaldas a ella subiendo a un coche gris. —¡Mierda, cómo les voy a seguir si no tengo coche ni sé conducir! —dijo empezando a asustarse de veras.

—Detén el coche. ¡Ahora! —El motor explotó deteniéndolo en seco. — ¡Retenles hasta que lleguemos!

Colgó el teléfono y caminó hacia el coche ignorando a los clientes que esperaban a que se abrieran las puertas. Los tipos salieron del vehículo saltando de él como en las películas antes de sacar sus armas. Ahí se sembró el pánico y todos se echaron a correr en todas direcciones. Los brazos que sujetaban las armas se doblaron hacia atrás rompiéndose y les retuvo mentalmente de rodillas al lado del coche. Los coches se estaban acumulando tras ellos formando un atasco monumental y dentro de poco llegaría la policía. Tenía que sacarlos de allí.

Cogió del brazo al que tenía más cerca inmovilizándole y la miró asombrado antes de seguirla hipnotizado hasta su compañero. Aparentando que les llevaba ella, les metió en la discoteca de nuevo cerrando la puerta con llave. Les empujó contra la pared ignorando el cadáver del portero. —Vamos a ver, que tengo algo de prisa por encontrar a mi hombre. —Cogió a uno de ellos por el cabello acercándole a su cara para que la mirara a los ojos. — ¿Dónde está Kennon?

El tipo sonrió. —¿Kennon? Está con unos amigos.

—¿En dónde?

—No lo sé. Yo tengo otra tarea.

—Te juro que como no me lo digas vas a acabar peor que él —dijo señalando el cadáver.

Se echó a reír y ella perdió la paciencia haciéndole un corte en la mejilla de parte a parte sin tocarle. Gritó de dolor mientras la sangre corría por su traje. —¿Dónde está mi hombre?

—¡Él no lo sabe, joder! ¡Ni yo tampoco! ¡De eso se encarga Stelle!

Miró al otro. —¿A dónde le llevaba? —Le agarró por el cabello. —¿A dónde?

—Me imagino que se lo llevaría al avión. Nadie se atrevería a tocarle. Será su padre quien tome la decisión.

—¡Qué aeropuerto!

—Newark. Allí aterrizamos nosotros y dejamos el jet.

—¿Se irían sin vosotros?

—Sí, si llegamos tarde. Tenemos hasta las seis para limpiar.

—¿Vais a matarles a todos? —gritó en su cara.

—Y tú serás la siguiente, zorrита. Stelle te va a machacar.

—Lo dudo. —Él se dobló de dolor hacia delante por el golpe en el estómago.

La puerta se abrió de golpe en este momento y Marc y Bob entraron con las armas en alto. La miraron sorprendidos. —¿Aún están vivos?

Dio un paso atrás mirándoles con furia. —Lisa era una chica estupenda, cabrones.

Sus cabezas chocaron la una con la otra y los chicos hicieron una mueca de asco porque se escuchó como si se rompieran dos melones.

—Seguro que con eso...

Levantó sus cuerpos golpeando sus cabezas de nuevo varias veces y Bob

dejó caer el brazo con el arma. —Ya está bien Mara. Joder, me revuelve las tripas.

—¿Cómo habéis salido de la casa! ¿Podían haberos matado quien os vigilaba?

—Su coche explotó.

—Ah. ¿Las chicas están bien?

—Perfectas. —La cogieron del brazo y salieron del local donde llegaron dos coches patrulla. La metieron en la parte de atrás rápidamente y gritaron — ¡Llamad al forense! Hay muchos muertos. Vamos a seguir una pista sobre los asesinos que no queremos que se enfríe.

—¡De acuerdo! —gritó uno de los uniformados.

Marc aceleró el coche en cuanto Bob se subió y dijo —No podemos ir a Newark. Irán al club de striptease y las matarán a todas.

Palideció al darse cuenta de que tenía razón y Kennon tenía más tiempo. —Acelera, iremos al aeropuerto más tarde. Todavía tenemos hasta las seis de la mañana.

—Se están dando prisa. Ha habido un tiroteo en el motel.

—¿En el motel? —preguntó sorprendida—. ¿También han matado a Lester y a Jerry?

—Ha sido una masacre. Mataron a todo lo que estaba por allí.

—Dios mío, ¿cómo lo sabéis?

—Lo hemos oído por radio en cuanto nos subimos al coche.

—Empezaron en cuanto salieron de la discoteca —dijo ella pensando rápidamente—. Eran cuatro. Y dos se han quedado allí.

—¿Entonces quedan dos? Dudo que lo del motel lo haya hecho uno solo. ¿De esa manera quién tendría a Kennon? —dijo Marc.

—Tienen que ser más. Dos tipos no van a entrar en el prostíbulo, enfrentándose con los que lo custodian sin recibir un tiro. Apuesto que son

cuatro por lo menos. Eso si a Kennon lo tiene alguien, claro.

—¡Lo tienen ellos!

—¡No nos llamaste! ¡Valerie me ha dicho que nos ocultas algo!

—Es mi pareja, ya os lo dije. Pasé la noche con él.

—¡Joder! —Marc golpeó el volante. —¿Estás loca? ¡Puede ser tan asesino como su padre! ¡Pudo haberlos llamado él para que vinieran a liquidar el asunto, precisamente porque apareciste en su vida! ¿Le has dicho que eres bruja? ¿Sabe los poderes que tienes?

Nerviosa se apretó las manos. —¡No ha hecho eso! ¡Me necesita! Tú mismo dijiste que era un hombre de paja. ¡Solo intenta librarse de su padre!

—Más vale que tengas razón, porque como no sea así, estás poniendo tu vida en sus manos.

—Me arriesgaré.

Marc y Bob se miraron mientras que Mara no dejaba de torturarse con la conversación que habían tenido de sus padres. Sobre que le había dicho que había estado en la calle. ¿Por qué le había mentado al decir que era huérfano? ¿Para evitar decir quién era su padre o para protegerle de ella? El miedo a perderle la estaba volviendo loca.

Capítulo 6

Marc detuvo el coche ante el club sin preocuparse porque quedara en doble fila. Los tres salieron del vehículo para entrar en el local cuando escucharon un disparo y los chicos sacaron sus armas avanzando delante mientras los gritos al otro lado de la puerta les ponían los pelos de punta. La gente intentaba salir, pero la puerta estaba bloqueada mientras se escuchaba un disparo tras otro.

—¡Apartad! —gritó ella para hacerse oír mientras ellos intentaban abrir las puertas.

Ambos se apartaron cada uno a un lado y las puertas se abrieron de golpe lanzando a todos los que luchaban por salir al interior del local. Un hombre se volvió con la pistola en alto y disparó, pero la bala se detuvo ante su cara antes de que el cuerpo del asesino se prendiera en llamas. Mara caminó mirando a su alrededor y vio que un hombre se escondía tras una columna.

—Cuidado Mara —la advirtió Bob tras ella.

Había varios cuerpos tirados en el suelo. La mayoría clientes. Aquello era horrible. El hombre tras la columna salió con el arma en la mano y ella le miró a los ojos. En ese momento el hombre dejó caer el arma retorciéndose de dolor antes de caer muerto al suelo.

—¿Eran más? —gritó Marc a su alrededor.

—Queda otro —respondió una chica vestida única mente con tanga que salió de detrás de la barra. Señaló una puerta. Los tres caminaron entre los que aún estaban en el suelo y que no se atrevían a levantarse, pisando los cristales de los vasos rotos de la que pasaban.

—No se oye nada —dijo Marc muy tenso.

—Acaban de empezar —susurró Mara mirando la puerta cerrada—. Está al otro lado.

—¿Seguro? —preguntó Bob.

—Está esperando que abramos la puerta.

—Pues ábrela.

Sonrió mirando la puerta que salió despedida al otro lado arrasando con todo lo que había en el pasillo. Los zapatos italianos bajo la puerta y la sangre que salió de debajo, les indicó que ya habían acabado.

—Cinco —dijo Bob mirando a su alrededor—. Mataron primero a los hombres de Harris. —Se agachó cogiendo a un tipo por el cabello para levantar su cabeza—. Este era un cabrón de primera. Un sádico, según las chicas.

—Pues nos han ahorrado trabajo —dijo su amigo guardando la pistola en la funda que tenía en la espalda—. Muy bien. ¡Os quiero a todos en esa parte del local! ¡Y rápido!

—Marc... —dijo asustada mientras todos se levantaban—. Tengo que ir al aeropuerto.

Una chica la empujó y al volverse vio como salían las prostitutas muertas de miedo con intención de salir del local. Eran muchísimas y Marc y Bob intentaron retenerlas. Estaban tan asustadas que se le encogió el corazón. Entonces vio a una chica rubia medio desnuda que intentaba esconderse tras una mujer más mayor. Mara dio un paso hacia ella. —¿Brita? ¿Brita Kruger?

La chica sacó un poco la cabeza mostrando el pánico en sus ojos azules y Mara sonrió. —Ya eres libre. Todas sois libres.

Brita se echó a llorar y Mara vio como la otra mujer la protegía porque no entendía lo que decía Mara. —Brita, ya sois libres. Tu madre te busca. Vas a volver a casa.

—Muy bien, ya han llegado los refuerzos. Podemos irnos —dijo Bob

cogiéndola del brazo.

Se dejó llevar porque esa chica, todas esas mujeres necesitaban a alguien que pudiera ayudarlas y ella se sintió impotente porque ya no podía hacer nada más. Como si le leyera el pensamiento Bob susurró —Tú ya has hecho mucho por ellas. Buen trabajo. Ahora vamos a terminarlo.

—¿Y si hay más? ¿Y si...?

—Déjanos eso a nosotros. Aún tenemos que terminar lo que empezamos. —La metió en el coche y Mara suspiró apoyando la cabeza en el asiento. De repente estaba agotada, pero Kennon la necesitaba.

Cuando llegaron al aeropuerto Mara estaba de los nervios. Marc y Bob intentaron averiguar con las autoridades cuál era el avión privado que había llegado hacía unas horas de las Vegas y se le cayó el alma a los pies cuando escuchó a un policía decir que había despegado hacía veinte minutos. Ya en el coche se pasó en silencio todo el trayecto a casa mientras los chicos intentaban consolarla. —No le hará nada. Es su hijo.

Mara no podía decir palabra, porque en lo único que podía pensar, era en cómo era posible que el avión se hubiera ido de Nueva York antes de lo que se tenía previsto. Aún quedaban horas para las seis de la mañana. ¿Quién les había avisado?

Al llegar a su calle, ésta estaba bloqueada por los bomberos y la policía. —¡Joder! —Marc salió del coche mostrando su placa antes de correr hacia su casa preguntando a gritos qué había ocurrido mientras Bob le seguía.

Mara sentada aún en el coche mirando al vacío, pensó que era evidente que eran más de cinco los que habían ido a hacer limpieza. ¿Y si había más? Distraída miró a su alrededor y vio a una mujer mirando entre los curiosos. Entrecerró los ojos acercándose a la ventanilla porque no la veía bien, pero

las ondas de su cabello negro la pusieron alerta. Cuando un periodista se apartó, juró por lo bajo antes de abrir la puerta furiosa. Otra que estaba metida en eso. ¿Acaso los asesinos no volvían a la escena del crimen?

Fuera de sí fue hasta ella colocándose detrás y le cerró la boca mentalmente antes de cogerla por el cuello, tirando de ella hacia atrás hasta meterla en un callejón. Ella intentó revolverse, pero Mara casi la hizo levitar hasta colocarla contra la pared. Furiosa siseó —Grita y te mato. Está claro que tú tienes algo que ver en esto y me lo vas a contar antes de que te retuerza el cuello. —Ella intentó gritar y como no podía abrir la boca, abrió sus ojos negros como platos a punto de desmayarse. Mara la cogió por el cuello. —Ni se te ocurra desmayarte. Solo te dejaré abrir la boca para que contestes unas cuantas preguntas. ¿Lo has entendido?

Asustada asintió varias veces. —¿Qué quieres de Kennon?

Ella levantó la mano y mostró un diamante enorme. Juró por lo bajo porque parecía de compromiso. —Es mi prometido —dijo asustada.

—¿Tu prometido? ¿No me digas? —Sonrió de una manera que ponía los pelos de punta. —Así que tu prometido. ¿Desde cuándo?

—Dos años.

—Dos años. —Con ganas de matar a alguien intentó que no se le notara, pero Gidget se puso a temblar de miedo. —Tranquila, todavía no voy a matarte. En la discoteca no saben nada. ¿Por qué?

—Kennon no quería hacer público el compromiso porque creía que su padre no lo admitiría. Tiene otra mujer para él.

—Y claro, a su padre le tienes miedo.

—No se le lleva la contraria a Carter Harris. Kennon me dijo hace unas semanas que dentro de poco podríamos decírselo. Que conseguiría librarse de él y de sus negocios para vivir tranquilos sin la escoria que le rodea.

Mara se tensó. —¿Librarse de él? ¿Cómo?

—Era fácil. Solo tenía que conseguir que un yonki y cuatro putas hablaran con la policía para que le cogieran. Pero Harris se cubre muy bien las espaldas y todo salía mal. Mataban a los testigos y su padre seguía controlando su vida.

—¿Qué pasó después?

—Kennon temió por nosotros. Por mi padre y por mí, así que llamó al suyo para ir a verle a las Vegas y así ganarse su confianza poniéndole al tanto de lo que estaba ocurriendo, aunque estaba seguro que ya lo sabía por sus hombres. Estando allí su padre le puso delante las fotos del día de nuestro compromiso y le preguntó si le creía estúpido. Que sabía lo que hacía a cada minuto. Kennon se enfureció diciendo que se casaría con quien le diera la gana y su padre para su sorpresa aceptó el matrimonio. Que quería conocernos. Mi padre no estaba de acuerdo porque...

—Tu papaíto no quiere relacionarse con la mafia.

—No, porque Harris le engañó cuando se abrió la discoteca. A través de un hombre que era una tapadera, firmó una sociedad con nosotros metiéndose en la vida de Kennon de nuevo cuando le costó años deshacerse de él.

Sorprendida se apartó. —¿De qué hablas?

—Harris mató a la madre de Kennon cuando él tenía once años. Desde entonces no le hablaba. Se escapó de casa y vivió en la calle un tiempo. Incluso se cambió el nombre hasta que fue mayor de edad para que las autoridades no pudieran localizar a su padre. —A Mara se le rompió el corazón. —Mi padre conoció a Kennon cuando tenía dieciocho años en una de sus obras y poco a poco se hizo una persona de su confianza. ¡Fue mi padre quien le dio el dinero para su primer local! Y cuando salí de la universidad le conocí en una fiesta.

—Eso no explica qué haces aquí, ¿no crees?

Gidget se echó a llorar. —Carter me llamó ayer y me dijo que viniera

aquí esta noche. Que ahora que era parte de la familia, tenía que colaborar. Solo tenía que enterarme de si esos policías habían muerto y llamarle.

—Y le has llamado.

—Hace una hora y algo. Me he quedado por si me enteraba de algo más.

La palabra limpieza pasó por la mente de Mara y la agarró por el cuello de nuevo. —¿Me crees gilipollas? Kennon nunca ha estado comprometido contigo y si mi suegro quería hacer limpieza, ¿por qué no empezar por la novia indeseada? No has hecho más que contarme una mentira tras otra. Tú eres la elegida de su padre y tú colaboras en todo con él. ¡Por eso Kennon no quiere nada contigo! —La miró asustada negando con la cabeza. —¿No es cierto?

De repente su rostro se transformó y a Mara se le cortó el aliento al ver la maldad en sus ojos. Gidget la miró con una sonrisa que ponía los pelos de punta. —Bienvenida a mi mundo. Se miente tanto que ya no se sabe lo que es verdad y lo que no.

—Yo ya sé lo suficiente. Bienvenida a mi mundo —dijo apartándose y levantando la mano mostrando una bola de fuego. Gidget iba a gritar, pero selló su boca antes de que la bola de fuego la alcanzara—. Eso te pasa por hacer daño a mi hombre. ¡Confiaba en vosotros y le habéis traicionado! Espero que te lo pases estupendamente en el inframundo, hija de puta.

Se volvió saliendo del callejón y pasó entre los policías y dos coches calcinados para llegar a la casa de su sacerdotisa que tenía la puerta abierta. Cerró de un portazo y todos que estaban en el salón la miraron. Puso los brazos en jarras mirando a Valerie que se levantó de inmediato. —Lo he visto. Te he visto hablando con ella.

—Pues ya sabes lo que quiero. Necesito que me devuelvas el favor porque allí estará rodeado de un ejército.

—Estoy lista.

Tessa se levantó. —Y yo.

Marc se pasó una mano por su cabello negro despeinándose. —Vamos con vosotras.

—¿Y quién se queda con los niños? ¿Y la investigación? Tenéis que quedaros aquí para no levantar sospechas y cerrar el caso —dijo Tessa.

—Pero si trabajamos no podemos cuidar de los niños —respondió Bob molesto.

—Llamaré a la abuela. Por un par de días no pasa nada —dijo Valerie cogiendo el teléfono.

Los hombres se miraron. Pasar un tiempo con la antigua sacerdotisa, que encima era una niñera pésima, no era lo que mejor les venía. —Oye Marc, ¿no conocías a una niñera?

Marc le miró sin saber qué decir —¿Qué?

Bob puso los ojos en blanco y Tessa se echó a reír. —Tranquilo, mi amor. La abuela os adora.

—Valerie, ¿por qué no llamas mejor a tu madre?

—Porque está de gira con la exposición.

—¿Madeleine? —preguntaron los dos a la vez.

—Está en Escocia.

—Es que tu abuela intimida un poco —dijo Bob forzando una sonrisa antes de susurrar —Y los niños la miran con los ojos como platos.

—Claro, le deben respeto. Escuchan todo lo que dice. —Valerie se puso el teléfono al oído. —¡Abuela! ¿Por dónde andas? Hace una semana que no sé nada de ti. —Hizo una mueca. —¿Estás en las Vegas? —Los chicos suspiraron del alivio. —¿No me digas? Precisamente tenemos que ir nosotras. ¿Los niños? Ese es el problema. Que los chicos tienen que trabajar y... Hemos tenido algún problemilla y necesitamos a alguien de confianza para que se haga cargo de ellos. De los cinco.

—Muy graciosa —dijo Marc quitándose la cazadora.

—Sí, ya sé que soy la sacerdotisa y puedo llamar a la bruja que quiera, pero no quería abusar.

Mara jadeó cruzándose de brazos y Tessa reprimió la risa. Se acercó a ella y le dijo —Será mejor que te acuestes. Nosotras nos encargamos. Te avisaremos cuando el avión esté listo.

—Tenemos que salir de inmediato. Puede hacerle algo y...

—Tranquilízate. Todo va a ir bien.

—¿Lo has visto? Porque yo no. Lo que sí he visto es que ya no estaba conmigo mientras vosotros me decíais que por protegerme moría al no saber que era bruja. Así que se lo dije. —Se apretó las manos indecisa. —¿Y si yo he provocado esto porque desapareció una noche para estar conmigo?

—Tú estás en su destino. Esa noche tenía que pasarla contigo. No te preocupes más. Nos eres más útil durmiendo en este momento. Venga, aunque sea un par de horas. Lo necesitas. Estás agotada y no queremos que cometas un error, ¿verdad? No debes perder los nervios.

Asintió yendo hacia su habitación y se tumbó en la cama sin desvestirse siquiera. Estaba tan cansada que se le cerraron los ojos sin poder evitarlo.

Estaba oscuro y hacía frío. Se estremeció abrazándose y se giró para ver la pequeña luz en el techo. Se sentó sintiendo que le estallaba la cabeza y gimió cogiéndosela con ambas manos cerrando los ojos con fuerza. Cuando consiguió abrir los ojos, intentó levantarse tambaleándose a la derecha y su mano tropezó con lo que parecía una estantería de metal. Intentó centrar la vista y vio las baldas vacías. Al mirar al suelo se encontró con que era de metal al igual que el techo. ¿Dónde estaba? Mientras su vista se centraba palpó las estanterías a ambos lados y vio la puerta. Fue hacia ella lo más rápido que pudo y tiró de la palanca, pero no se movía. Tiró con fuerza varias veces y golpeó la puerta. Y cuando vio la mano descansando en la superficie, Mara se estremeció de arriba abajo al darse cuenta de que no era la suya pues

era una mano de hombre. Kennon se dio la vuelta y gritó —¡Sacadme de aquí, cabrones!

Escuchó una explosión y Mara se sobresaltó sentándose en la cama con la respiración agitada. Estaba vivo. No sabía cuándo iba a pasar eso, pero en su sueño estaba vivo. Impaciente saltó de la cama y abrió la puerta para ver que Tessa iba a llamar. —Hora de irse. Todo está listo. Dúchate y ponte esto.

Miró el vestido negro. —¿Tengo que vestirme así?

—Los chicos no han parado de investigar a Carter Harris y no querrás llamar la atención en su casino.

—Kennon está encerrado en una cámara frigorífica. De esas grandes con puerta.

—Entonces estará en el casino. Las cámaras de ese tipo suelen estar en los restaurantes. Prepárate. Y ponte guapa. Vamos a por tu hombre.

El coche de alquiler las dejó ante el casino. Habían esperado hasta la noche para que la zona de administración estuviera casi vacía de empleados, pues suponían que allí tenía Harris su despacho. Aunque por supuesto no sabían si estaba allí. Mara nerviosa salió del coche cuando el portero le abrió la puerta y Valerie salió tras ella con un vestido de fiesta rosa. Tessa se puso a su otro lado, preciosa con un vestido azul.

—Está lleno de cámaras, Mara. Demos una vuelta a ver de lo que nos enteramos. Que no tengan pinganillo para hablar con el centro de control y que puedan oíros —dijo Tessa sonriendo al portero que les abrió la puerta.

—Entendido. Aquí en diez minutos.

Las tres se separaron cada una para un lado del enorme hall. Mara fue hacia el mostrador de recepción y sonrió a la chica que había detrás que correspondió a su sonrisa solícita. —Bienvenida al Queen. ¿En qué puedo

ayudarla?

Miró sus ojos azules fijamente. —Busco a Kennon Harris.

Sin perder la sonrisa metió su nombre en el ordenador, lo que significaba que no le conocía. Se volvió sin esperar respuesta y se preguntó quién lo sabía todo en un hotel. Las limpiadoras. Vio la entrada de empleados discretamente oculta tras una planta y caminó hacia allí. En ese momento salía una mujer de unos cincuenta años con pinta de estar agotada. —Disculpe, ¿usted limpia en el hotel?

La miró sorprendida. —Pues sí. Pero yo ya me voy. Si tiene algún problema, tiene que decirlo en recepción.

—Oh, no. Estoy muy satisfecha con el servicio. Gracias.

La mujer sonrió. —¿Entonces?

Miró sus ojos castaños. —¿Sabes si Kennon Harris está en el hotel?

La mujer entrecerró los ojos demostrando que no quería decirlo, pero aun así no le quedó más remedio que responder —Llegó anoche.

—¿Dónde está? —preguntó muy seria.

—No lo sé. Vi como lo llevaban desmayado hasta el despacho de su padre. No le he vuelto a ver.

—¿Y el despacho está?

—Tiene el despacho en la primera planta.

Mara pensó en ello. —¿Tiene habitación en el hotel?

—Suite Harris. Planta treinta. Último piso.

—¿Vive ahí?

—Sí, desde hace años.

—¿Cuántos hombres le protegen?

—Dos. Pero hay más por todo el hotel.

Mara sonrió. —¿Y dónde están las cámaras frigoríficas?

—En la cocina y en el almacén.

Le parecía más lógico que Kennon estuviera en el almacén porque recordó que en su visión la cámara estaba vacía. Abrió su bolsito y sacó todo el dinero que Tessa le había dado por si tenía que disimular que jugaba. Asombrada vio más de mil dólares y se los dio a la mujer. —Gracias por su ayuda.

—De nada, señorita.

Vio como la mujer se alejaba con el dinero en la mano sin rumbo fijo aún hipnotizada. Mara hizo un gesto con la mano y la mujer se detuvo en el centro del hall antes de mirar la mano y jadear. Escondió el dinero en el bolsillo de la chaqueta y miró alrededor. Sus ojos se encontraron y Mara le hizo un gesto para que se fuera. No perdió el tiempo, casi corrió hasta la puerta seguramente para no meterse en líos.

Mara regresó al hall y Tessa ya estaba allí sonriendo de oreja a oreja. —Está en el almacén.

—Ya lo sabía.

Tessa gruñó antes de girar la cabeza para ver a su hermana acercándose con una galleta enorme en la mano. Mara puso los ojos en blanco. —¿Qué? Estoy embarazada. Tengo que comer.

—¿Has descubierto algo?

—Está en el almacén —dijo con la boca llena.

—¿Algo más?

—Harris ahora está en una cena. Vengo de allí. Es cena espectáculo.

—Mierda. Tendremos que esperarle en su habitación. Piso treinta.

Se volvió para ir al ascensor, pero Valerie la frenó en seco mentalmente. —Después se va a tomar una copa al club Queen Mary. —Señaló con el dedo un pasillo. —Y después recorre el casino pavoneándose de su éxito. Media hora después va a donde se tiene el dinero para hablar con el contable y luego depende...

—¿Cómo que depende?

—Depende de lo que tenga entre manos. No sé si me entiendes. Hablo de mujeres.

—Ya lo había pillado.

—Cuando sube siempre es con una distinta. Varía mucho.

—Pues entonces me voy a buscar a Kennon.

—No.

Se volvió hacia las hermanas sorprendida. —¿Cómo que no? Vosotras encargaros de ese gilipollas y yo me encargo de mi hombre. ¡Ya va siendo hora de que vosotras también hagáis algo!

Valerie y Tessa se miraron. —Díselo tú —dijo Tessa.

Miró a su sacerdotisa, que parecía que se lo estaba pensando. —¡Oh, suéltalo de una vez! Tengo a mi hombre secuestrado por mi suegro que es un mafioso desalmado. ¡Nada puede asustarme!

—Estás preñada.

Parpadeó procesando lo que le acababan de decir y cuando lo entendió del todo gritó —¿Crees que este es el momento de decirme algo así?

—Shusss. —Tessa la cogió del brazo. —Es para que no cometas ninguna imprudencia.

—No voy a mover ni un dedo. Ahora me voy a por mi hombre.

—Te acompañamos. De todas maneras, no podemos matarle ante toda esa gente. Sería un shock para todos esos turistas que solo quieren pasárselo bien.

Puso los ojos en blanco antes de volverse y ellas la siguieron. —¿Sabes a dónde vas? —preguntó Tessa irónica.

—Busco el almacén. ¡Ah! ¡Ya lo sé! Por la entrada de empleados. —Se volvió casi chocándose con ellas. —Tenía que haber venido sola —dijo exasperada.

—¿Y matar tú a tu suegro? No es una buena manera de empezar un

matrimonio con eso ahí enquistado años y años. Puede explotar en cualquier momento. Como un grano.

—Tessa... cierra esa boquita.

—Oye guapa, tú no me mandas. ¡Ella me manda! Como a ti.

Valerie cogió un bocadito de queso de una de las mesas y se lo metió en la boca de golpe antes de coger otro y correr hacia ellas con él en la mano. — Os sigo. Os sigo.

Llegaron a la planta de abajo descendiendo unas escaleras de metal, pero había un guarda de seguridad justo ante la única puerta que había. —¿De dónde ha salido éste? —preguntó exasperada.

Se acercaron a él y se enderezó mirándolas de arriba abajo. —¿Puedo ayudarlas?

—Claro. —Tessa sonrió de tal manera que al hombre casi se le cae la baba. —Vamos a pasar y tú no nos has visto.

—No las he visto.

—No. Hasta luego, chato.

Pasaron por la puerta abatible y caminaron por el pasillo. —Será posible. Te encanta hacer eso, ¿verdad?

—Bah, es más divertido si lo ve Bob. —Soltó una risita. —Se pone hecho una fiera. No sé si me entendéis.

—Nos hacemos una idea.

Mara se detuvo. —¿Y eso funciona? Lo de dar celos y...

—¿Que si funciona? Si quieres guerra, es lo mejor —dijo Valerie con la boca llena.

—Nuestros hombres son muy posesivos. No pueden evitarlo. El otro día me hizo ojitos el cajero del supermercado. Bob vio que el tipo me guiñaba el ojo y cuando llegamos al coche casi me come. Del todo.

—¡Oh, por Dios! No será para tanto.

Las hermanas se echaron a reír. —Es nueva. No sabe lo que se le viene encima. —Valerie pasó a su lado. —¿Continuamos? Podemos hablar mientras caminamos. Si quieres más consejos te daré uno. Acuéstate siempre desnuda. Eso no falla.

¿En serio le estaba pidiendo consejo matrimonial a la sacerdotisa? Bueno... Como no tenía a nadie más no estaba para ponerse tiquismiquis. —¿Y qué más? —preguntó siguiéndola. Valerie abrió una puerta y metió la cabeza cerrándola para seguir caminando.

—Espera un poco para decirle lo del bebé. Se agobian un poco cuando se lo decimos a unas horas de concebir —añadió Tessa.

—Sí, yo esta vez se lo voy a decir en una cita romántica. Por cierto, ¿te quedas con los niños?

—Vale —contestó Mara abriendo una puerta que vio que era un cuarto de la limpieza.

Valerie sonrió. —Perfecto. Marc no se lo espera.

—Y como eres bruja y todo eso, tienes que ser un poco sensible con su ego.

Miró a Tessa sin entender. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, no se tomará muy bien que seas tú la que le rescate. Si Kennon es como nuestros maridos, herirá un poco su orgullo. Él es un guerrero y que tú sola puedas sacarle de este lío, puede que le fastidie un poco.

—¡Estarás de broma! ¡Debería estar muy orgulloso de estar conmigo!

—¿Ves? No te das cuenta de que ellos son nuestros acompañantes a lo largo de la historia. El sexo fuerte somos nosotras y tienen que sentir que son importantes, esenciales para nosotras, para que se sientan bien. Yo le digo a Bob continuamente que no podría vivir sin él.

—Entiendo.

—Están orgullosos de nosotras y protegen nuestra felicidad. Eso es lo

que tienes que potenciar. Así que a tu suegro nos lo cargamos nosotras, que luego pueden surgir problemas.

—Hecho. —Abrió una puerta doble y vio que daba a otro pasillo, pero al final ponía salida. —Creo que es por aquí. El almacén tiene que estar abajo del todo, ¿no?

—Normalmente sí —dijo Valerie—. Y como el bebé llegará enseguida, debes buscar tiempo para vosotros. Tessa y yo nos turnamos. O nos turnábamos antes de todo este lío.

—Vale, niñera.

—Y como no tenéis familia consanguínea... quiero decir que podéis venir a ver los partidos a casa. Así se relaciona con los chicos y le meten en vereda. Necesita reformarse un poco.

—¡Él no ha hecho nada malo!

—Es hijo de un mafioso. Seguro que algo tiene.

Donde ponía salida, vieron escaleras que descendían. Mara sonrió emocionada. —Vamos a por él...

Llegaron al piso de abajo. —Cuando le veas, dale un buen morreo —dijo Tessa—. A mi hombre le gusta que le salude como debe ser.

—Entendido.

—Y si un día hace algo mal, como olvidarse de algo importante, no seas muy dura con él de golpe. Machácale poco a poco. Es mejor que una discusión directa —dijo Valerie—. A no ser que quieras sexo, claro.

—Uff, esto se está poniendo complicado. Pensaba que era más sencillo.

—Tú guíate por instinto, pero con suavidad que te conozco —dijo Tessa abriendo una puerta—. Es aquí.

Las tres entraron en un enorme almacén y se cruzaron de brazos al ver a dos hombres al fondo, sentados en unas sillas ante una de las tres cámaras frigoríficas que allí había. Mara suspiró y caminó haciendo resonar sus

tacones sobre el suelo de linóleo gris. Los tipos se levantaron en el acto. —
¿Quién eres y qué quieres?

—Vengo a por mi hombre —dijo muy seria escuchando a Kennon gritar en el interior.

Llevaron las manos a la espalda y ambos salieron despedidos hacia la pared, cayendo sin sentido al suelo. Se acercó a la puerta y tiró de la palanca hasta que se dio cuenta de que tenía un candado. Mierda.

Se apartó y mirando la puerta hizo que saliera despedida hacia afuera, cayendo en mitad del almacén. Mara sonrió metiendo la cabeza en el frigorífico, pero perdió la sonrisa de golpe al ver que estaba vacío. —
¿Cariño?

Un gemido a sus espaldas le hizo volver la cabeza para ver a Kennon sobre la puerta agarrado a la manilla. Las chicas se echaron a reír. —¿No tiene gracia! —Corrió hacia él y se arrodilló a su lado. —¿Cariño? ¿Estás bien? —
Apartó un mechón de su frente. —No sabía que tenías agarrada la puerta.

Él levantó la cabeza y cuando la miró, pareció centrar la vista. —¿Mara?
—¿Mi amor! ¡Te he encontrado! —Se agachó y le dio un beso en los labios. —¿Me has echado de menos? Yo a ti mucho.

—¿Qué coño haces aquí? —le gritó a la cara furioso.

—Rescatarte.

Las chicas gimieron como si hubiera metido la pata y carraspeó. —
Quiero decir... He venido a... —Intentó pensar algo, pero solo le salió —¡A rescatarte! ¡He venido a buscarte porque me echaste de la discoteca! ¡Y he tenido que tomar medidas! ¡Te lo dije!

Kennon se levantó furioso. —¡Y yo te dije que no quería nada contigo!
¡Solo echamos un polvo, joder! ¡Largo del casino!

—¿Por qué? ¿Por tu padre? —Se levantó también mirándole a los ojos.
—¡No pasa nada! Ellas se encargan.

Kennon miró a las gemelas que sonrieron saludando con la mano. —Ven cariño, ven que te presente.

Él se apartó furioso y la señaló con el dedo. —¡Esto voy a arreglarlo yo! ¡No te metas!

Valerie carraspeó. —Lo siento mucho Kennon, pero la decisión está tomada. No voy a dejar que tu padre acose a mi familia durante más tiempo.

—¿Y quién eres tú si puede saberse? —preguntó amenazante.

Mara asustada por él se acercó. —Háblale con respeto. Es la sacerdotisa.

—¿La qué?

—La que te puede meter un rayo por el culo como se cabree —dijo Tessa cruzándose de brazos.

—Otra bruja.

—Exacto.

—¿Y qué pretendéis hacer? ¿Matarlos a todos?

Ninguna contestó y Kennon se llevó las manos a la cabeza. Se volvió para mirarlas. —¡Esto, todo lo que veis aquí era de mi madre! Lo heredó de su padre y si hay una matanza dentro del casino, jamás se recuperará.

Mara hizo una mueca pensando en la discoteca. —Cariño, sobre tu local en Nueva York... —Kennon la miró muy tenso. —Tu padre hizo limpieza. Los ha matado a todos. Bueno, a Phill me lo cargue yo, pero...

—¡Joder! ¡Lo he perdido todo! ¡Todo por lo que he trabajado tantos años!

—Bah, es Nueva York. Seguro que les da morbo y se te llena el local —dijo Tessa recibiendo un codazo de Valerie.

—Saldremos adelante —susurró Mara intentando ayudarle.

La miró como si estuviera mal de la cabeza y Mara se cabreó. —¡Oye, que yo no he tenido la culpa de nada! ¡Esto es culpa de tu padre por intentar controlar tu vida! ¡Y por ser un mafioso de mierda que mata mujeres cuando le

da la gana después de explotarlas sexualmente! ¡Es un monstruo! ¡Tenemos que pararle! ¿Qué sugieres que hagamos? ¿Qué esperemos a que no esté en el casino? ¿Por perder unos cuantos clientes? ¡No pienso esperar más! Quiero empezar a vivir nuestra vida.

Kennon asintió. —Sé que es un monstruo sin sentimientos. Lo sé mejor que nadie. Pero esto es lo único que me queda de ella y no voy a dejar que lo ensucie más.

Las chicas se miraron. —Muy bien. No quedará rastro —dijo Valerie—. Sin escándalos y sin aspavientos. Un infarto. ¿Te parece bien?

—¿Y sus secuaces? —preguntó Tessa—. No quiero que vuelvan a acosar a mis hijos porque inicien el negocio de nuevo y mi marido vuelva a investigarles.

Kennon entrecerró los ojos. —¿Eres la mujer de ese policía?

—Somos las mujeres de esos policías —contestaron las gemelas a la vez.

—Si matáis a mi padre, buscarán otro lugar donde trabajar. Saben que yo no los quiero aquí.

—¿Y eres lo bastante fuerte para enfrentarte a ellos? —preguntó Valerie.

Kennon se tensó. —¿Tú qué crees?

—Que no. No te ofendas.

—¡Valerie!

—¡Seamos realistas, Mara! ¡No fue capaz de enfrentarse a su padre!

—¡Era un niño!

—¡Pero ahora es un hombre y seguía huyendo, aunque había vuelto a su vida! Dejaba que su padre le doblegara. No fue capaz de plantarle cara —dijo haciendo palidecer a Kennon.

—No podía enfrentarse a él con los hombres que rodean a su padre. ¡Estaba solo!

—No, no estaba solo. —Valerie sonrió con desprecio. —Fue a Nueva

York para iniciar una nueva vida, ¿y se asocia con Feldman? Sabía que su padre le encontraría. Por eso dejó de usar su nombre falso, Mara.

Kennon se tensó y Mara le miró asombrada. —¿Tiene razón?

Valerie dio un paso hacia él. —¿Qué esperabas? ¿Matarle tú cuando fuera a buscarte?

—Kennon, dile que no. Dile que tú querías llevar otra vida.

—¿Matarle aquí cuando te obligara a regresar? ¡Hazlo de una vez y deja de lloriquear! ¡Hay asesinatos en las Vegas todos los días y los negocios no se arruinan!

—¡Valerie, no le hables así!

—¡Alguien tiene que hacerlo! ¡Se muere por matarle, pero busca mil excusas para no ejecutarlo! ¿Quieres acabar con esto? ¡Hazlo de una vez y no te enfades con tu mujer porque quiera hacerlo por ti!

Los ojos de Mara se llenaron de lágrimas al ver el sufrimiento en su rostro. —Mi amor, no tienes que matarle. Entiendo que no seas capaz. Es tu padre.

La miró de una manera que le heló la sangre. —Aléjate de mí. —Se volvió y fue hasta uno de los hombres cogiendo un arma y colocándola en la cinturilla tras la chaqueta. Caminó hacia la salida y ellas le siguieron en silencio. —Voy a hacerlo solo.

—De eso nada. Tú encárgate de tu padre que nosotros nos encargamos de los demás —dijo Valerie mientras caminaban de regreso al casino.

Al llegar a una de las puertas él se volvió. —Esto voy a hacerlo solo. — Dio un puñetazo a la pared, pulsando el botón de la alarma de incendios. Las chicas gritaron cuando una puerta de acero cayó ante ellas, dejándole a él al otro lado.

Mara histérica se tiró sobre la puerta intentando levantarla mentalmente, pero parecía bloqueada. —¡Valerie!

—Lo intento, pero no puedo. ¡Parece anclada!

—¡Corred! —gritó Tessa corriendo pasillo abajo—. ¡Por la puerta de cargas del almacén!

—¡Espera! —Valerie cogió a Mara mentalmente y la lanzó contra la puerta de acero traspasándola al otro lado.

Tessa silbó. —Bien hermana. Estoy lista.

Pasó a Tessa que cayó de rodillas al lado de Mara. —Joder, estoy mareada —dijo sentándose y llevándose la mano a la sien.

Mara se levantó con esfuerzo y salió corriendo tras Kennon perdiendo los tacones por el camino. Valerie traspasó la puerta de acero y cogió la mano de su hermana levantándola. —Cada día tienes más poder —dijo Tessa divertida.

—Pan comido. ¡Corre!

Corrieron tras Mara y al salir al hall vieron el caos que se había provocado por la alarma de incendios. Todos corrían hacia las puertas. Vieron el pelo rojo de Mara yendo hacia la zona de restaurantes y fueron tras ella. Cuando Valerie llegó al restaurante donde cenaba Carter Harris lo encontró vacío y Mara se echó a llorar llegando del restaurante de al lado. —No les encuentro.

—Kennon conoce el casino mejor que nadie. Le llevará a un sitio donde tenga intimidad —dijo Tessa mirando a su alrededor.

—Su suite. Último piso.

—Vamos.

Al llegar a los ascensores se encontraron con que estaban bloqueados. Tuvieron que subir por las escaleras a empujones porque estaban saturadas de gente que intentaba bajar. Mara muerta de miedo intentó subir lo más rápido posible, pero en el primer piso se dieron cuenta de que no podían seguir así. Ella fue la primera en salir en esa planta buscando otra vía para subir. —Tiene que haber otras escaleras para empleados.

Algo hizo que Mara mirara a su derecha y su corazón saltó al ver el cabello moreno de Kennon rodeado de cuatro hombres. —¡Allí! —Salió corriendo tras él y al entrar en lo que parecía una zona de oficinas que estaba vacía, escuchó un disparo.

—¡No! —gritó la voz de un hombre que no conocía.

Su corazón se detuvo mirando la puerta de caoba y las chicas corrieron. Valerie levantó la mano entrando en el despacho y como a cámara lenta, escuchando el latido de su corazón de manera atronadora, caminó hacia allí. Las chicas ya se habían encargado de los secuaces de su suegro, que yacían muertos en el suelo. Carter Harris, arrodillado sobre la moqueta, abrazaba el cuerpo de Kennon mientras su cabeza sangraba profusamente. Sintió que se le rompía el alma viendo su sangre corriendo por su rostro sabiendo que estaba muerto. Que le había perdido. Lo sintió en el fondo de su ser pues su alma gritó de desesperación. El miedo la invadió y sintiendo que se moría con él gritó desgarrada, haciendo que todo lo que estaba a su alrededor saliera despedido antes de que la furia la recorriera porque ese cabrón le estaba abrazando cuando era suyo. Con los ojos llorosos entró en el despacho sin aliento y siseó con ganas de matar —¿Lloras por él, maldito cabrón? ¿Lloras por el hijo al que has hecho daño toda tu vida?

Carter levantó la vista mirándola con los mismos ojos castaños de su hombre y la rabia la recorrió de arriba abajo prendiendo en llamas. —¡No le toques! ¡No te atrevas a tocarle! —gritó estremeciendo la habitación antes de que un rayo traspasara a Carter que cayó hacia atrás mirándola con sorpresa en los ojos. Rota de dolor se acercó a Kennon y se arrodilló a su lado mientras las llamas se desvanecían. —No tenías que haberlo hecho, mi amor. Estábamos aquí. —Acarició su mejilla y las chicas se acercaron con los ojos empañados en lágrimas. —No tenías que probar nada. Ya habías sufrido bastante. —Se echó a llorar y le abrazó apoyando la mejilla sobre su torso. —

No tenías que haberlo hecho. Hubiéramos tenido una buena vida juntos. Lo sé... Porque me quieres, aunque no me lo hayas dicho nunca.

Las chicas se echaron a llorar sin poder soportar su dolor. Un dolor que no se iría mientras viviera.

Mara cerró los ojos. —Siento aún tu calor. Siento aún tu corazón. —Se sobresaltó incorporándose. —¡Siento su corazón! —gritó desesperada.

—Eso ha sido el rayo. Le ha reanimado —dijo Tessa mientras Valerie se llevaba las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

—¿Qué hacemos? ¡Tiene una bala en la cabeza! —preguntó Mara sin querer moverle.

—Muy bien. Voy a por ayuda —dijo Valerie—. Necesita que le operen.

Valerie corrió fuera del despacho y Tessa se agachó a su lado. — Comprueba el pulso.

Mara se agachó muerta de miedo y escuchó su corazón. No se movió de esa posición hasta que llegaron los sanitarios y cuando intentaron apartarla se puso histérica.

Valerie la cogió por el brazo con fuerza y mirándola con sus ojos violetas susurró —Contente, Mara. Ya tenemos bastantes problemas.

—¡Por tu culpa! —Soltó su brazo con fuerza mirándola con furia mal contenida. —Si no le hubieras dicho esas cosas... ¡Tú le has llevado a esto! —exclamó con rabia. —Gracias por tu ayuda, sacerdotisa. No quiero veros más en la vida —siseó antes de seguir la camilla de Kennon.

Capítulo 7

Mara se pasó horas en la sala de espera desesperada por saber algo sin poder evitar las lágrimas porque no sabía si estaba vivo o muerto. La policía fue a interrogarla, pero ella les miró a los ojos y simplemente dijo —No sé nada. Estaba con mi novio en el casino cuando sonó la alarma de incendios. Intenté encontrarle y cuando lo hice... —Se echó a llorar y el policía apretó los labios levantándose y dejándola sola.

Fue un alivio que se fueran, porque lo único que le interesaba ocurría en algún quirófano del hospital y temía perder los nervios. Después de esperar seis horas ya no podía más y se acercó al control de enfermería, donde le dijeron que seguía en quirófano. Con la boca seca se volvió y allí estaban Valerie y Tessa vestidas con vaqueros y camisetas. Se acercó con ganas de matar a alguien. —¿Qué hacéis aquí?

—Queríamos decirte que todo está solucionado. Se ha cerrado el caso. Valerie les ha convencido de que intentaban matar a Kennon y que su padre se interpuso dándole un infarto.

Valerie no era capaz de abrir la boca.

—Muy bien, pues ahora podéis largaros.

—Mara... —Su sacerdotisa dio un paso hacia ella. —Solo intentaba que reaccionara y...

—¡Te extralimitaste! —Una lágrima corrió por su mejilla. —¡Ha sufrido mucho y no deberías haberlo hecho! ¡Puede que seas la sacerdotisa, pero no tienes derecho a meterte en su vida! ¡Ni en la mía! ¡Te pedí que me ayudaras y lo estropeaste todo!

Valerie apretó los labios y asintió. —Si necesitas algo, estaremos en

casa.

—¡No necesito nada de ti! ¡Espero no verte nunca más!

Tessa cogió a su hermana por los hombros y se volvieron para ir hacia las puertas. Mara las observó irse de su vida y esperaba que no volvieran nunca.

Cuatro horas después estaba a punto de dormirse en aquella maldita silla de plástico cuando vio que las puertas se abrían. Se sobresaltó levantándose y se acercó al médico que la miró de una manera que le retorció el alma. — ¿Está muerto?

—Está muy grave. He conseguido sacarle la bala y...

Mara sonrió antes de abrazarle con fuerza. —Gracias, gracias.

—No lo entiende. No sabemos los daños que puede tener en su cerebro. Y pueden ser muy graves. Si es así, necesitará rehabilitación y muchos cuidados.

Ella se apartó de él aún sonriendo mientras lloraba de felicidad. — Gracias, ¿puedo verle? ¿Ahora? Por favor, necesito verle.

—Venga conmigo. La llevaré hasta la habitación. —Tan contenta caminó a su lado. —Creo que no me ha entendido bien y no quisiera que se hiciera ilusiones. Su estado es muy grave. Mucho.

—Mientras esté vivo y no tenga la bala dentro, a mí me vale.

La miró como si estuviera chiflada. —Señora Harris, ¿quiere un calmante? Ha pasado por mucho estrés y...

—Ahora estoy perfecta. Pero que muy bien. He recuperado las energías. Mi Kennon está vivo.

—Sí... claro.

—Y no soy señora Harris, todavía. Ya queda poco. Me lo pedirá pronto.

Que el médico no contestara no la preocupó. Pero cuando entraron en una zona del hospital donde dos enfermeras tenían unas batas blancas especiales y gorros del mismo material en la cabeza, se le pusieron los pelos de punta. — Una enfermera le dará una bata. No toque nada de los aparatos de la habitación.

—De acuerdo.

El médico se alejó e impaciente se movió de un pie a otro apretándose las manos. Una enfermera se acercó sonriendo amablemente. —Venga conmigo. Vaya, ¿ha perdido los zapatos?

Sorprendida miró hacia abajo. —Oh, sí.

—No se preocupe. Algo encontraremos. Mientras tanto vamos a ponerle una bata para que pueda ver a ese hombre tan guapo.

—Es guapo, ¿verdad? —dijo emocionada.

—Mucho. —Le dio palmaditas en la mano. —No se derrumbe. Queda aún mucho camino por delante.

Mara forzó una sonrisa. —Sí.

Mientras se ponía la bata con su ayuda, la mujer no dejaba de hablar para entretenerla. Incluso le dio unos zuecos de plástico y unos patucos de ese material blanco que parecía papel al tacto. Le dio una mascarilla y cuando la llevó a una habitación, se detuvo impactada al ver el estado de Kennon a través de las enormes ventanas que hacían de separación con la sala de la uci. Estaba rodeado de máquinas por todas partes y tenía un tubo pegado con cinta a la mejilla. —Puede estar media hora. Después debe irse. El paciente tiene que descansar.

Mara asintió mientras la mujer cerraba la puerta y rápidamente se acercó a él para acariciar su mejilla libre. —Cielo, estoy aquí. —Miró sobre su hombro donde las ventanas le impedían mostrar su poder. Vio que las enfermeras iban hacia una habitación corriendo y se acercó hasta las ventanas

bajando las persianas. Se volvió hacia él y puso una mano sobre su cabeza con delicadeza. La luz blanca le hizo gemir y emocionada acarició su brazo con la mano libre. —Estoy aquí, cielo. No voy a dejar que sufras más.

Kennon abrió los ojos y se echó a llorar del alivio. —No vuelvas a hacerme esto, ¿me oyes? Me has dado un susto de muerte por cabezota. — Movi6 la mano un poco y 6l volvi6 a cerrar los ojos como si disfrutara de lo que le hacfa. —¿Te duele menos? En cuanto acabe no te doler6 nada, te lo juro. —Mir6 sobre su hombro. —Tengo que darme prisa. No s6 cunto tardar6n en darse cuenta de que las persianas est6n bajadas.

En ese momento se abri6 la puerta y Mara se sobresalt6 suspirando del alivio al ver al doctor. —¿Tiene los ojos abiertos! —Sonri6 radiante. —Se curar6 enseguida.

El hombre se volvi6. —¿Martha trae un sedante!

—¿Va a sedarle? —preocupada se mordió el labio inferior porque entonces no sabrfa si estaba bien.

—Su novio ya est6 sedado.

Se gir6 mirando su cara. Sus ojos castaños la observaban y sonri6. —¿De verdad? Yo le veo muy bien y... —Sinti6 un pinchazo en el brazo y mir6 sorprendida al doctor y sonriendo la cogió por la cintura. —¿Qué hace? ¿Kennon est6 bien!

—Ahora va a descansar un ratito.

Al mirar a Kennon de nuevo vio que habfa cerrado los ojos. —¿Kennon, diles que est6s bien! —pregunt6 sintiendo que los párpados le pesaban muchfimo.

—Tiene alucinaciones. Avisa a psiquiatrfa.

Kennon volvi6 a abrir los ojos mientras la sacaban de la habitaci6n antes de mirar el techo frfamente.

Mara se despertó sintiendo su cuerpo muy pesado y cuando intentó incorporarse para ir al baño, vio que estaba en una habitación blanca en donde solo había una cama. La puerta estaba cerrada. Se sentó con esfuerzo y jadeó porque llevaba una bata de hospital. ¿Dónde estaba su ropa? Bajó las piernas de la cama y se levantó apoyándose en ella para ir hacia la puerta. Tiró del pomo, pero vio que tenía cerradura. ¿Cerradura? ¿Dónde estaba? La abrió mentalmente y asomó la cabeza para ver otra puerta como la suya ante ella. Una mujer se tiró a la pequeña ventanita que tenía y gritó desquiciada.

Mara parpadeó. —Tranquilízate, te va a dar algo.

Estaba claro que esa tía estaba encerrada por una buena razón. Miró a un lado del pasillo y vio un control de enfermería al fondo, pero estaba vacío. Miró al otro lado y se encontró con dos puertas. Pues allí que iba. Tenía que ver a Kennon. Caminó por el pasillo preguntándose qué clase de sedante tenía en el cuerpo. Era una auténtica bomba. Maldito médico. La pilló desprevenida. La próxima vez que le viera, le metería la jeringuilla por...

Se detuvo en seco al ver un cartel que ponía área de psiquiatría. Mara gruñó entrecerrando los ojos. —Kennon. ¡Esto no tiene gracia! —Empujó las puertas mentalmente antes de pasar al otro lado. Allí no había ninguna seguridad. Cualquier chiflado podía escaparse.

Como si nada entró en el ascensor y bajó a la tercera planta. Entró en la UCI y dos enfermeras dejaron caer la mandíbula al verla caminar ante ellas directa a la habitación de Kennon. Sonrió porque le habían quitado el tubo de la garganta sin darse cuenta de que una de las enfermeras levantaba el teléfono mientras otra se acercaba a ella lentamente. Cuando Mara la miró se detuvo en seco. Sonrió encantada de verle. —¿Cómo está mi novio?

—¿Su novio? Mucho mejor.

—¿Verdad que sí?

—En unas semanas estará en casa.

—¿Unas semanas? No, se irá antes. —Iba a abrir la puerta cuando la enfermera se interpuso. —Quiero pasar.

—Ya —dijo lentamente—. Pero no puede. Tiene prohibido el acceso.

—Qué tontería. Es mi novio. Llame al médico ese que le atiende y...

—Ese médico ha dado la orden después de hablar con el paciente. Dice que no la conoce de nada.

Mara jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Ha perdido la memoria?

—No, que nosotros sepamos.

—Oiga, algo ha tenido que perder para no conocerme. Déjeme hablar con él y... —Vio a través de la ventana que Kennon giraba la cabeza hacia ella y que entrecerraba los ojos antes de mirar el techo de nuevo. —¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —gritó empujando a la enfermera para entrar en la habitación—. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—¿Quién eres? —preguntó fríamente.

—¡A mí no me la pegas, Kennon! ¡A qué viene esto! ¡No entiendo por qué la tomas conmigo, pero nada de esto ha sido culpa mía!

Kennon miró a la enfermera que confundida no sabía qué hacer. —No conozco a esta mujer de nada. ¿Tengo que conocerla?

—No, claro que no.

Intentó cogerla del brazo y Mara la miró como si quisiera matarla. —No me toques, guapa. Si quieres conservar la mano, no me toques. —Se giró hacia Kennon. —¡Es increíble que nos hagas esto! ¡Cómo si pudieras librarte de mí! ¡Eso no pasará jamás! Eres mío, ¿me oyes? ¡Puedes jugar todo lo que quieras, pero eres mío!

—Dios, está chiflada —dijo uno de seguridad tras ella antes de agarrarla por la cintura.

—¿Qué hace? ¡No me toque! —gritó dolida por su actitud mirando sus

ojos mientras el hombre la levantaba, pero antes de que la sacara de la habitación ella se agarró al marco de la puerta—. ¿Quieres esto? ¿De verdad quieres esto? —Angustiada miró sus ojos que no demostraban nada. —¡Me necesitas! ¡Lo sé! ¿Por qué me rechazas?

—¿Pueden llevársela de una maldita vez? —gritó Kennon.

—¡Kennon! ¡No nos hagas esto!

El hombre la golpeó en las manos para que soltara la puerta y Kennon se sentó sorprendiéndoles a todos mientras gritaba —¡No le haga daño! ¡Llévesela de una vez!

Mirando sus ojos verdes llenos de lágrimas la escuchó decir —Te amaré siempre.

Kennon se tumbó de nuevo mirando al techo como si no hubiera dicho nada y Mara sintió que su corazón estallaba en mil pedazos por su rechazo, gritando desesperada por una respuesta suya. La agarraron entre varios antes de sedarla de nuevo y sintió como la tumbaban en una camilla atándola con unas correas. Mientras las lámparas del hospital pasaban sobre ella, una lágrima cayó por su sien sabiendo que estaba sola de nuevo cuando creía que eso ya no pasaría nunca.

Inquieta en la cama se giró y en su sueño. Vio unas piernas cruzadas de hombre y un vaso de whisky en una mano que estaba apoyada en el brazo de un sillón de piel. La imagen se elevó hasta un hombre sentado tras un escritorio y a Mara se le cortó el aliento porque era como ver a Kennon con sesenta años. Solo tenía unas canas en las sienes que le hacían de lo más interesante, pero sus ojos castaños reflejaban dureza y parecían sin vida. —Harás lo que yo te diga. Quiero que te encargues del casino y no hay más que hablar.

—Papá, quiero vivir mi vida. No es culpa mía que tú tuvieras que hacerte

cargo de esto. Quiero vivir en Londres. Me han ofrecido el trabajo que soñaría cualquier informático y no voy a rechazarlo.

—¿Estás loco? ¡Eres el dueño de uno de los casinos más productivos de la ciudad!

—Mamá está de acuerdo conmigo. Quiere que sea feliz.

—¡Tu madre solo piensa en sí misma! Si hubiera pensado algo más en mí, ahora no estaríamos separados, ¿no crees?

—Ella dice exactamente lo mismo de ti. Es una pena, porque os queréis por encima de todo y aun así no sois capaces de miraros a la cara ni siquiera para tener una conversación de adultos.

Alguien llamó a la puerta. —¡Adelante!

Una secretaria entró en la habitación y dejó unos documentos ante el escritorio. Él cogió el bolígrafo de oro antes de firmar. A Mara se le cortó el aliento al ver que firmaba como Kennon Carter Harris. La imagen se volvió y vio a un chico con el pelo castaño rojizo de hermosos ojos castaños. Su hijo...

En cuanto salió su secretaria Kennon cogió su vaso de nuevo. —No vas a hacerlo. Es mi última palabra.

Su hijo se levantó dejando el vaso sobre la mesa y abrochándose la chaqueta. —Soy mayor de edad para hacer lo que me venga en gana. No vas a dirigir mi vida.

Kennon apretó los labios viéndole ir hacia la puerta y gritó —¡Eres igual que tu madre!

Su hijo se volvió sonriendo. —Por cierto, ¿quieres saber dónde está?

—¡En algún país desfavorecido, seguro! —Su expresión se ablandó. — ¿Está bien?

—Como no le coges el teléfono, me ha pedido que te diga que siempre te amaré. —Kennon apretó los puños. —Y me ha dicho que dejes de jugar al squash. Te vas a hacer daño en el tobillo y estarás aún más intratable.

—Rob... —Su hijo sonrió. —La próxima vez que hables con ella... dile que...

—Lo sabe, papá. Por eso me parece increíble que no seáis capaces de entenderos.

Kennon suspiró mirando su vaso vacío. —Somos demasiado parecidos y ambos queremos tener razón. ¡Cómo ahora! ¡No te vas a Londres!

Rob se echó a reír saliendo del despacho y Kennon alargó la mano para abrir el primer cajón del escritorio. Sacó una foto que estaba vieja de tanto tocarla. Una lágrima cayó por su mejilla al ver que era ella con un bebé en brazos sonriendo a la cámara.

Tumbada en la cama del hospital días después se preguntó que rayos iba a hacer ahora. No tenía documentación, ni dinero, pensaban que era una loca peligrosa, estaba embarazada y no tenía trabajo. Ah, y era una inmigrante ilegal para más inri.

Escuchó que había movimiento en el pasillo y se giró de costado para no ver quien se asomaba a la ventanilla. Tenía que pensar. Si salía de allí, ¿a dónde iría? Podía robar algo de dinero y hacerse un pasaporte para salir del país. Podía regresar a Senegal. La llave en la puerta la exasperó y se giró gritando —¡Dejadme en paz, joder!

Cuando vio a Tessa en la puerta se le cortó el aliento y más cuando sonrió dulcemente. Sin poder evitarlo se echó a llorar dándole la espalda, tapándose el rostro con la almohada y la hermana de la sacerdotisa cerró la puerta antes de rodear la cama poniendo los brazos en jarras. —¿Por qué no nos has llamado?

—No me dejan usar el teléfono —dijo llorando aún más fuerte.

—Te dije que ya no estarías sola. Que ahora tenías una familia. La

familia se llama en estos casos. —Se sentó a su lado. —Al parecer se está poniendo un poco rebelde.

—Nuestro destino no es estar juntos. Lo he visto.

—Has visto el resultado de lo que él ha hecho. Si no haces nada para cambiarlo, tu futuro será así.

—¿Yo? —Se levantó furiosa. —¿Por qué tengo que ser yo? ¡Yo lo he hecho todo para estar a su lado!

Tessa apretó los labios. —¿Sabes las dificultades que tuve yo para que Bob admitiera que me quería? Solo cuando me vio sufrir lo indecible, admitió que me amaba.

—¿Así que tengo que sufrir más? —La miró a los ojos. —¿Crees que no he sufrido bastante en toda mi vida, Tessa?

—¿Recuerdas lo que te dije del ego masculino? En este momento el suyo está un poco magullado.

—¿Por qué? ¿Por librarle de su padre? ¿Del hombre que mató a su madre y era una persona sin corazón?

—Porque lo que le dijo Valerie, le dejó en evidencia ante ti. Por eso lo paga contigo y se niega a verte. Le avergüenza su debilidad.

A Mara se le cortó el aliento. —No es débil. Es muy fuerte para vivir como lo hizo y salir adelante solo.

—Como tú. Sois muy parecidos. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? No necesitabas a nadie y hacías daño a los que tenías a tu alrededor porque no te comprendían. Creo que él se siente así ahora. Odia lo que ha pasado y que tú hayas estado en medio. Y odia más aún que le hayas ayudado, mostrando que nunca será tan fuerte como tú.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Claro que sí. Porque tú vas a hacer lo que Valerie hizo contigo.

—¿Le llevo a Senegal?

—Tienes que hacer que se dé cuenta de lo que sería su vida sin ti.

—¡Ya sabe lo que sería su vida sin mí! Lleva años con esa vida.

—Ah, pues entonces muéstrale lo que sería la vida contigo.

Mara entrecerró los ojos. —La vida conmigo...

—Exacto. A ver si después puede rechazarte.

Miró a los ojos a Tessa y carraspeó. —¿Me prestas tu sótano?

—Todo tuyo. ¿En qué estás pensando?

Se sentó a su lado en la cama y sonrió porque el cabello corto le hacía parecer un soldado. Su guerrero herido. Ella le curaría. Alargó la mano y le acarició la mejilla hasta llegar a su cuello. Sin poder evitarlo, su mano siguió bajando hasta su torso, pasando la yema del dedo entre sus pectorales. Él gimió y Mara apartó el dedo de golpe. Esperó pacientemente y le vio tragar saliva antes de pasarse la lengua por el labio inferior. Al parecer tenía sed. Vio como quería abrir los ojos. —Vamos, cielo... No tengo todo el día. Los niños tienen que desayunar.

Kennon abrió los ojos de golpe e intentó levantarse, pero las correas de piel que le sujetaban de pies y manos se lo impedían. —¡Mara!

—Cariño, no lo has entendido. Eres mío. Somos uno y no puedes echarme cuando te venga en gana. Me has hecho daño y todavía no sé si perdonarte. — La miró como si estuviera loca. —Sí, ahora mírame así. ¡Me metieron en el área de psiquiatría!

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Suéltame ahora mismo!

—No —dijo tan pancha antes de levantarse—. ¿Tienes sed? Tengo que dar el desayuno a los niños.

—¿Qué niños? —gritó mirando a su alrededor. Asombrado la miró—. ¿Esto es un sótano?

—Es donde practicamos. —Sonrió radiante. —Está insonorizado. Grita lo que quieras. Y los niños son de las gemelas. Son más ricos... a ver si los nuestros salen así.

Con la boca abierta la vio ir hacia la escalera. —¿A dónde vas? ¡Desátame ahora mismo!

Volvió a bajar los escalones y asomó la cabeza. —¡Tienes sed!

—¡Quiero ir al baño!

—Oh... pues... —Un orinal sanitario se puso sobre él y forzó una sonrisa. —¿Quieres que no mire?

—¡Mara, no pienso hacerlo ahí! ¿Y cuando tenga que hacer lo otro?

Otro orinal distinto se puso sobre él. —Ahí te soltaré una mano, pero te advierto que como te portes mal, te la volveré a atar.

—¡Esto es ridículo! ¿Qué quieres conseguir?

—¡Ya te lo he dicho mil veces! —gritó perdiendo la paciencia—. ¡Qué me quieras!

Subió las escaleras furiosa dando un portazo y los dos orinales cayeron sobre la cabeza de Kennon que gruñó tirando de las correas con fuerza.

Unos minutos después volvió a bajar con una bandeja y la miró con desconfianza mientras la dejaba en la mesilla de noche. —Perdona. Me he enfadado, pero es que despertarse en el área de psiquiatría me fastidia bastante.

—¿Igual que estar secuestrado en un sótano?

Mara sonrió. —Puede. Ahora estamos empatados. —Apartó la sábana y cogió el orinal. Tuvo que tocarle para poner su sexo en el tubo. Se mordió el labio inferior. —Vaya, parece que te estás animando.

Él gruñó. —No mires.

Se volvió y se cruzó de brazos. —Te he traído algo de comer. La comida del hospital es horrible.

—¿Cómo me sacaste del hospital?

—Fue fácil. Tenías una prueba pendiente. Fui a buscarte y te saqué en una silla de ruedas. Me puse una peluca, claro, porque las enfermeras no te quitaban ojo. Me pregunto por qué.

—He terminado.

—Al parecer seguimos animados. Vuelvo enseguida y lo hablamos.

—¡No tenemos nada de qué hablar y menos ahora, maldita chiflada!

Intentó aguantar el golpe sin perder la sonrisa. —Vale, ¿no quieres hablar? Me voy a darle el desayuno a los niños.

Se volvió a ir y Kennon levantó la cabeza para ver la bandeja. Un desayuno completo. Incluso había croissants. Respiró hondo dejando caer la cabeza sobre la almohada. ¿Tardaría mucho? Porque tenía hambre. —¡Joder!

Mara se mordió el labio inferior dando vueltas por la cocina de un lado a otro mientras las gemelas desayunaban. —Me estás mareando —dijo Tessa divertida.

—Esto no va bien.

—Claro que va bien. Acabas de empezar. —Valerie le dio la vuelta a la hoja del periódico. —Mira Tessa, van a poner un aparcamiento frente a ese edificio que compraste hace un año.

—Genial. Eso sube su valor.

—¿Queréis escucharme? ¡No va bien! Está cabreadísimo.

—Normal. Pero ya verás cuando tengas que bañarle... —Tessa soltó una risita. —Seguro que le encanta.

Se detuvo en seco. —¿Tú crees?

—Deja de buscar excusas para subir y quédate con él un rato. Un rato bien largo. Necesitáis estar juntos —dijo Valerie antes de darle un mordisco a su croissant, pero al ver que Tessa se metía unos huevos en la boca, salió corriendo hacia el baño para vomitar.

—¿Ya se lo ha dicho a su marido?

—No estaba de ánimos.

—Pues si no se ha enterado ya, es que no es buen policía.

Tessa se echó a reír. —Es un policía estupendo. Está esperando a que ella se lo diga, eso es todo.

—Qué complicados sois.

Tessa dijo por lo bajo —Mira quien fue a hablar, la que tiene secuestrado a su marido.

Gruñó —¿Qué?

Levantó la vista del periódico que había dejado su hermana y dijo exasperada —¿Qué bajas, pesada! ¿Para qué le has secuestrado si te ocultas de él?

—¿No me oculto de él! Solo que...

—¿Qué?

—Nada. —Fue hasta la puerta y la abrió. —Vamos allá otra vez.

—Ánimo —dijo Tessa con cachondeo.

Bajó los escalones de nuevo y suspiró al ver que la miraba como si la odiara. Fue hasta la bandeja y se sentó a su lado. —El café estará frío —dijo él con mala leche.

Ella puso la mano sobre él y el humo del café demostró que se había calentado. —¿Contento?

—¿Estás enfadada!

—No, qué va. —Cortó el croissant por la mitad y le untó mantequilla con mala leche. Se lo puso delante y Kennon con desconfianza le dio un mordisco.

Mara intentó sonreír. —¿Te gusta? —preguntó queriendo hablar de algo porque su mirada de odio la ponía nerviosa. Y dolía.

—Demasiada mantequilla.

—Oh. —Cogió el cuchillo y raspó el croissant.

—Déjalo, lo estás destrozando.

Tragó saliva dejando el cuchillo en la bandeja. —¿Te duele algo? He pasado las manos sobre tu cabeza para curarte, pero como no estabas despierto...

—¡Me duelen las muñecas y los tobillos!

—Ya. —Estaba claro que le iba a costar mantener una conversación con él si sacaba a relucir continuamente su secuestro. —¿Pero aparte de eso?

—¿Me das de comer o no?

Acercó el croissant de nuevo y Mara decidió hablar de otra cosa. Claro, es que en el fondo no se conocían. —¿Sabes? Me he pasado en Senegal tres años.

—¿Y a mí qué me importa? —Apretó los labios por el corte. —Solo quiero que me sueltes para que pueda regresar a mi vida.

—Sin mí.

—Exacto.

—¿Por qué?

—¿Tengo que volver a decírtelo? ¡No quiero tener nada contigo!

—Pero no me has explicado la razón.

—Joder, esa noche que pasé contigo me va a salir carísima.

—¿Por qué nos niegas lo que tenemos? ¿Te hice daño?

—¡Para que me hagas daño, tendrías que importarme!

Mara palideció. —Y no te importo nada.

—Exacto. ¿No te quedó claro en el hospital?

Mara retuvo el dolor y agachó la mirada hasta la bandeja. —Sí, me quedó

claro, pero sigo sin entender la razón.

—¡Entonces eres estúpida! ¡Quiero olvidar todo lo que ha pasado! ¿Te enteras? ¡Quiero olvidar a mi padre y quiero olvidarme de ti que me lo recuerdas con solo mirarte! —gritó con rabia—. ¡Voy a empezar mi vida de cero y no te quiero en ella!

Mara mirando el cuchillo ni se dio cuenta que una lágrima corría por su mejilla. —Así que no te importo nada. No me quieres en tu vida y te da igual lo que me pase.

Él entrecerró los ojos. —¿Qué coño estás diciendo?

Ella se levantó forzando una sonrisa y dejó la bandeja sobre la mesilla. —Uy, se me ha olvidado el tenedor para la fruta. Vuelvo ahora.

—Mara, ¿qué quieres decir?

—Nada. —Subió las escaleras antes de que se diera cuenta.

Tessa la miró de reojo al ver que iba hacia el cajón de los cubiertos y cogía un tenedor. —Ten paciencia. El mío tardó meses en que se le metiera en la mollera.

—Sí, claro. —Intentando disimular volvió al sótano de nuevo y sonrió a Kennon antes de sentarse otra vez con la bandeja. Le tendió el croissant en silencio mientras que él no dejaba de observarla. —¿Quieres que te baje el periódico? Te lo puedo leer.

—Solo quiero que me sueltes.

—Pues eso no va a pasar. ¿Un sorbito de zumo?

Él levantó la cabeza para beber y antes de darse cuenta se lo había bebido todo. —¿Quieres más?

—No —respondió secamente—. ¿Dónde estamos?

—En Nueva York. En casa de Valerie y Tessa. —Sonrió encantada porque quisiera preguntarle algo.

—Las brujas.

—Sí, y esas brujas te han salvado la vida al encontrar a los sanitarios tan rápido. Aunque Tessa dice que fui yo porque... —Se detuvo en seco al darse cuenta de que iba a decir cómo había matado a su padre.

—Porque... —Levantó sus cejas negras. —Continúa.

—Bah, tonterías. Lo importante es que estás aquí. ¿Sabes? Marc, el marido de Valerie, me ha dicho que se ha cerrado la investigación porque los asesinos han sido identificados y como están muertos, han llegado a la conclusión de que murieron por las heridas de la reyerta. Podrás abrir tu discoteca cuando arregles algunas cosillas.

—No me interesa ya la discoteca. Me voy a las Vegas a recuperar lo que es mío.

—Entiendo. —Se encogió de hombros como si le diera igual, aunque ella prefería vivir en Nueva York. —¿Tienes más familia allí?

—No. ¡Pero voy a volver! —gritó alterándose de nuevo.

—Muy bien. No te pongas así. —Pinchó algo de fruta y se la tendió. Él abrió la boca. —Las Vegas es un sitio muy animado. Lo poco que vi, claro. ¿Sabes? Yo soy de Escocia. Creo que no te lo había dicho. ¿Lo conoces?

—No —respondió como si le diera igual que fuera de la luna.

—Es precioso. Muy distinto a esto. —Se echó a reír. —No se parece en nada.

—Pues muy bien. ¿Me das el café?

Le dio el café con cuidado y él apartó la boca manchándose entero. — ¡Está frío, joder!

Mara apretó los labios. —Lo siento. —Se levantó de inmediato y cogió una toalla limpiándole la boca antes de bajar por su cuello. —Vaya, se han manchado las sábanas.

—Suéltame, Mara. Esto es ridículo y no vas a conseguir lo que quieres.

Se enderezó molesta. —Ya veremos quien tiene más aguante, cariño.

—¡Deja de llamarme así!

—Voy a por una esponja y agua caliente para lavarte.

—¡Suéltame! —Tiró de sus correas con fuerza rezumando rabia.

—¿De verdad quieres que te suelte?

—¡Sí, joder! ¿Estás sorda?

—Dime que me quieres.

La miró a los ojos como si no soportara su presencia. —Te juro por lo más sagrado que esas palabras jamás saldrán de mis labios.

Mara palideció dando un paso atrás como si la hubiera golpeado. —¿Qué acabas de hacer?

Kennon tiró de sus correas de nuevo haciendo crujir la cama. —¡Te lo advierto, suéltame!

Cogió la bandeja sin saber qué hacer y subió los escalones mientras él gritaba que estaba loca. Dejó la bandeja en la cocina mientras sus amigas la miraban con pena y queriendo esconderse un rato, se metió en el baño para llorar. Se sentó en el canto de la bañera y lloró en silencio porque no podía evitar que sus palabras le hicieran daño. Demasiado. Sabía que estaba enfadado por su insistencia, ¿pero qué debía hacer? ¿Darse por vencida y pasar el resto de su vida sola? ¿Y su hijo? ¿No debía luchar porque fuera feliz? Estaba tan confundida... Le quería por encima de todo, pero si él no movía un dedo por esa relación, aquello era inútil. Se sentía una pedigüña que suplicaba porque la quisiera. El amor no debía ser así.

Llamaron a la puerta y se pasó la mano por las mejillas diciendo con la voz congestionada —Enseguida salgo.

—¿Podemos hablar? —Se sorprendió al escuchar a Bob al otro lado de la puerta y fue hasta allí para abrir rápidamente. Él se tensó al ver el dolor en su rostro y suspiró.

—¿Ocurre algo con la investigación?

—No, todo está cerrado. He venido para traerte tu mochila que estaba en la discoteca y la documentación.

—Gracias.

Él parecía que quería decirle algo más y le miró interrogante. —Lo que estás haciendo en el sótano no va a funcionar.

—¿Tú crees?

—Está empecinado y no servirá de nada porque solo estás demostrándole que debe separarse de ti.

Desmoralizada dejó caer los hombros. —Tienes razón. No le estoy demostrando la vida que tendría conmigo.

—Exacto. Yo deseaba a Tessa más que a nada, pero solo cuando temí por ella me di cuenta de cuanto la amaba. Me di cuenta de que me necesitaba. Y si él no se da cuenta de eso, estás perdiendo el tiempo y las lágrimas. Vi la decepción en el rostro de mi mujer mil veces antes de abrir los ojos y solo lo hice cuando temí perderla.

—Pues tenemos un problema porque estoy embarazada y por nada del mundo voy a poner a mi hijo en peligro.

—No te estaba diciendo eso, pero entiendo lo que quieres decir. — Sonrió con tristeza. —Puedes seguir intentándolo en el sótano. Nunca se sabe. Igual abre los ojos y es más listo que yo.

—Dime una cosa. ¿Por qué no te dejaste llevar?

—Por miedo, básicamente. Miedo a lo que me hacía sentir. Supongo que lo que sientes tú por Kennon y él por ti, pero es lo que tiene el miedo que a veces es irracional. Pero de lo que nunca dudas, es que él siente lo mismo por ti por mucho que lo niegue.

Asintió viéndole alejarse y volvió a entrar en el baño. Se lavó la cara y al secarse el rostro se miró al espejo. No iba a dejar de intentarlo. La recompensa era demasiado grande para darse por vencida.

Volvió a bajar con el agua caliente y todo lo que necesitaba para lavarle en una bolsa. Sonrió al ver que giraba la cara para mirarla. —¡Estas sábanas huelen fatal!

—Ahora te las cambio. En cuanto te lave.

—Suéltame Mara. ¡Puedo lavarme solo!

Pues tenía razón porque no podía salir de allí. Se acercó a la cama dejando lo que había llevado y mentalmente abrió sus correas. Kennon la empujó contra la pared dejándola atontada por el golpe antes de caer al suelo y cuando abrió los ojos le vio desnudo ante ella con los puños cerrados y un odio en sus ojos que la destrozó por dentro.

—¡Mátame de una vez y acaba con esto! —gritó él mientras sus preciosos ojos verdes se llenaban de lágrimas de nuevo.

—Nunca podría hacerte daño. —Él dio un paso atrás impresionado y durante un segundo pareció arrepentido. —Y nunca dejaré que me hagas daño de nuevo. —Se echó a llorar desgarrada. —Yo te quiero y pensaba que nunca más estaría sola si estaba a tu lado, pero no es cierto.

—Nena, yo no puedo...

Gritó de dolor y cerró su boca porque no soportaría que le dijera de nuevo que no la amaría nunca. Le paralizó mentalmente mientras se levantaba apoyándose en la pared. Le rodeó y corrió escaleras arriba dejándole así, sabiendo que aquello ya no tenía arreglo.

Capítulo 8

Kennon impotente intentó moverse y gritó al ver que se iba asustada de él. No podía creerse lo que había hecho y gritaba por dentro una y otra vez que le perdonara. Horas después escuchó que alguien bajaba por las escaleras lentamente, pero no parecían los pasos de Mara. Frunció el ceño al ver a un hombre que le sonaba. Era moreno y tan alto como él. —No nos conocemos personalmente. Soy Marc Stone, el marido de Valerie —dijo muy serio mirándole con desprecio. —Mi esposa me ha pedido que te cubra para que pueda bajar a liberar tu cuerpo, pero antes voy a decirte una cosita, hijo de puta. —Dio un paso hacia él acercando su cara. —Has hecho daño a la única persona que te amará por encima de todo en lo que te queda de vida. Y la has perdido. —Kennon le miró sorprendido e intentó gritar de nuevo. —Me das asco. Tú, que eres su pareja y debes proteger su alma, se la has roto y no se recuperará nunca.

—Cariño...

Marc miró hacia arriba. —Enseguida, cielo.

—Por favor, date prisa. Quiero que se vaya de mi casa.

Kennon cerró los ojos de la impotencia y Marc le observó. —Cuando mi mujer baje no quiero que digas una maldita palabra. Te pondrás la ropa que te daré y te largarás de aquí cagando leches, ¿me has entendido? Si no es así, te voy a poner la cara como un mapa. No queremos verte más. No queremos que te acerques a nosotros. Si sientes la necesidad de encontrarla, olvídate porque nunca la encontrarás. —Cogió a Kennon por la barbilla con fuerza para levantar su rostro. —Mírame, cabrón. Vuelve a ponerle una mano encima y te juro que te mato.

—¿Marc?

—Todo está bien, cielo. —Se alejó soltándole como si le diera asco. Miró a su alrededor y arrancó la sábana de la cama para cubrirle con ella. — Puedes bajar.

Escuchó los pasos de Valerie en la escalera, pero no llegó a verla. Sintió como se liberaba su cuerpo y se volvió hacia ella para ver sus tobillos desapareciendo en las escaleras. —¡No, espera!

Marc le cogió por el hombro volviéndole de golpe. —Te lo advertí. —Le dio un puñetazo que le tiró contra la pared.

—¡No me voy a ir de aquí hasta verla! —Se pasó la mano por la boca viendo la sangre en su mano. Le había roto el labio.

—¿Quieres vivir? ¡Pues lárgate de mi casa! ¡No te lo digo más!

—¡Mara!

—Parece que no aprende —dijo Bob bajando las escaleras.

Kennon se levantó tirándose sobre Marc y Bob se cruzó de brazos mientras ambos se pegaban con rabia. Hizo una mueca al ver que la nariz de Kennon iba a necesitar un arreglo, pero la verdad es que el tipo se defendía muy bien. Aunque Marc era más fuerte y terminó tumbándole en medio del sótano casi inconsciente. —Ahora sal de mi casa. Y como te vuelva a ver por aquí, te pego un tiro.

Sentado tras su escritorio en la suite de su hotel de las Vegas, giró su sillón para observar la ciudad mientras escuchaba al teléfono lo que le decía el detective. Y no eran buenas noticias. Suspiró llevándose la mano libre a los ojos frotándoselos agotado. —Así que no tiene nada.

—Llevo más de siete meses con esto y no hay ninguna pista. Ya ha visto el informe. Desde ese trabajo en su discoteca nada de nada. Toda su infancia

está minuciosamente registrada hasta que la acogió la señora Willis, pero parece que esa mujer ha desaparecido de la faz de la tierra como su novia que no ha solicitado la entrada en ningún país... No consta que esté en los Estados Unidos... Es que no tengo de dónde tirar. ¿Seguro que no puede darme una pista?

—¿Y en Senegal?

—He ido yo mismo al campamento y he hablado con las personas que trabajaban con ella. La adoran, pero no saben nada de Mara desde que se fue hace meses. Su jefe estaba preocupado porque ella no se comporta así. Hasta temo que le haya pasado algo.

—¡Joder no diga eso!

—Es que no ha hablado con ese tal Cliff. Estaban muy unidos y habían quedado en cartearse o enviarse emails cuando él pudiera. Al no recibir noticias se puso en contacto con Valerie Stone, pero ella simplemente le dijo que todo iba bien. Que estaba ocupada en su nueva vida y que ya se pondría en contacto con él.

Eso alivió a Kennon. —Al menos está bien.

—No sé. Todo es muy extraño.

—¿Por qué lo dice? —El detective se quedó en silencio como si se lo estuviera pensando. —¡Mallory, suéltelo de una vez!

—Valerie Stone le dijo a Cliff que estaba bien, pero el chico no se lo creyó.

—¿Por qué no se lo creyó?

—Porque su benefactora se emocionó mucho cuando preguntó por Mara. De hecho, me dijo que parecía a punto de llorar. —Kennon se tensó. —Él se puso nervioso y le hizo mil preguntas, pero no le respondió nada en claro. Solo le dijo que había estado algo enferma y que por eso no se había puesto en contacto con nadie. Y que ahora tenía una nueva vida. Que estaba muy ocupada

con su nuevo trabajo y que si hablaba con ella, la avisaría de que debía ponerse en contacto con él. Todavía no lo ha hecho.

—¿Usted cree que sigue enferma?

—Es lo que se me ha pasado por la cabeza, sí. Puede que esté en una clínica bajo un nombre falso.

—Así que no tenemos nada. —Y la culpa era solo suya porque ni se había molestado en conocerla.

—Mire, no quiero que siga tirando su dinero. Mientras no tengamos una pista nueva, estamos en un callejón sin salida.

Estaba claro que si Valerie no le decía dónde estaba no la encontraría. — Muy bien, gracias. Envíeme la factura.

—Lo siento mucho, señor Harris.

—Sabía que no sería fácil. —Colgó el teléfono y miró la ciudad recordando aquella única noche que habían pasado juntos y todo lo que ella le había dicho. Esas frases rondaban por su cabeza una y otra vez. Eres mi pareja. Estoy destinada a ti. Te amaré siempre. No puedes dejarme sola. Eres parte de mí.

Había desnudado su alma desde el principio y él se la había roto. ¿Qué podía hacer? Desesperado se levantó. No podía dormir porque cada vez que lo hacía veía el dolor de su rostro. El dolor que él había provocado y no soportaba más no saber de ella. Recordaba continuamente cada frase, cada risa... Su olor, sus besos... Se llevó las manos a la cabeza porque se estaba volviendo loco y los remordimientos no le dejaban vivir. Y no quería vivir sin ella. No lo soportaría. Escuchándola en su memoria susurró —Soy el oráculo, guapo. Predigo desgracias.

Miró el cierre de la ventana y alargó la mano para abrirlo. El aire le dio en la cara levantando el enorme ventanal hacia arriba para abrirlo del todo y se acercó apoyando las manos en el marco.

—¿En serio vas a hacerlo?

Una voz femenina tras él le sorprendió y se volvió de golpe para ver a Tessa justo detrás con su marido a su lado. Supo que era Tessa porque su marido era el rubio que le echó de la casa tirándolo al callejón, pero él le ignoró y solo miró los ojos de la bruja. —¿Dónde está? —preguntó desesperado.

Tessa chasqueó la lengua mirando a su hombre de reojo que la animó con la mirada. Esperanzado dio un paso hacia ellos.

—No puedes entrar allí. No has sido invitado ni lo serás. Es más, Madeleine se va a enfadar muchísimo si te lo digo. Mara nunca ha trabajado más. Ya lleva tres libros. Será el oráculo más productivo que haya habido nunca. Se salvarán muchas vidas en el futuro gracias a ella.

—Por favor...

Tessa pareció indecisa y dijo —Como le vuelvas a hacer daño...

—Está en Escocia —dijo Bob haciendo que su mujer jadeara—. Preciosa, dale un respiro. Mírale, está hecho una mierda de los remordimientos.

—¡Él se lo ha buscado! —Tessa le fulminó con la mirada. —¡Hazle daño de nuevo y no tendrás planeta para correr! ¡Valerie enviará a las brujas a por ti! ¡Estás advertido!

Asintió mirando a Bob que sonrió. —Está en el castillo de la familia en Escocia. Donde debería haberse criado. Es todo lo que te voy a decir. El resto es cosa tuya.

—Gracias. —Tessa cogió la mano de su marido y fueron hacia la puerta. —¿Está bien?

La bruja se volvió mirándole sobre su hombro. —Tan bien como puede estar en estas circunstancias.

Kennon asintió entendiendo lo que quería decir y en cuanto salieron del

despacho levantó el teléfono. —Que preparen mi avión de inmediato. Me voy a Escocia.

Mara sentada en el sofá, miró a las niñas a las que se suponía que tenía que reprender por tirarse de los pelos mentalmente. Suerte habían tenido de no haberse quedado calvas por no controlar bien la fuerza. —Estáis castigadas, las dos. Esta noche sin cenar y como pille a alguna con una chuche de esas que os compráis en el pueblo, el castigo se alargará. —Las niñas que solo tenían siete años asintieron. —Vale, ahora dejarme sola que tengo que hacer.

—¿Pero podemos ver la tele?

Levantó una ceja. Técnicamente eso no estaba en el castigo. Pero en realidad era un premio para ellas si las dejaba ver la tele. —No. A vuestra habitación. —Madeleine que estaba en el salón escribiendo unas cartas, asintió como si hubiera hecho bien. —Y más os vale que aprovechéis el tiempo para estudiar —dijo antes de que salieran casi corriendo por si decía algo más—. Uff, qué difícil.

Madeleine soltó una risita. —¿No me digas? Llevo haciendo esto veintiocho años y a mí me sale sin pensar. Y cuando Valerie se casó me dije que lo dejaba, pero tiene algo que engancha. Seis meses de vacaciones y aquí me vine de nuevo.

—Pues yo lo de los castigos es lo que llevo peor. Nunca sé si me quedo corta o me paso. —Se acarició el enorme vientre. —Uff, qué gases. Me voy a dar un paseo. —Se levantó acercándose a ella. —¿Por qué escribes cartas? Para eso está el email. Es mucho más rápido, ¿sabes?

—¿Con la letra tan bonita que tengo y lo que me costó conseguirla? Los jóvenes tenéis una caligrafía horrible, pero yo puedo presumir de ella.

Mara se echó a reír. —En eso tienes razón. Yo tengo letra de médico.

—Exacto. A ver si te aplicas el cuento guapa, porque leer tus predicciones me pone de los nervios.

—Tomaré nota. —Abrió los ojos exageradamente. —Ah no, que escribo fatal.

—Ja, ja. No vayas muy lejos, que va a llover.

—Menuda predicción. ¿Has tenido que esforzarte mucho viviendo aquí?

—Lárgate, listilla.

Se volvió para salir y vio a su mayordomo en el hall inclinando la cabeza hacia delante como si intentara ver algo.

—Martin, ¿busco tus gafas?

Se acercó a él divertida y el hombre entrecerró los ojos mirando por la ventana que estaba pegada a la puerta principal. —Es que me ha parecido...

—¿Te ha parecido?

—No salga, señorita Mara. —Se enderezó y cogió el bastón que había en el lujoso paragüero al lado de la puerta antes de abrir. Sonrió irónica. Seguro que si hubiera un asaltante, se iba a sentir intimidado por ver a un anciano con un bastón.

Le siguió divertida y bajó los escalones al patio donde el Jaguar de Madeleine estaba aparcado. Respiró hondo y tosió llevándose una mano al pecho. Mierda de pulmonía. Se giró hacia Martin. —No hay nadie. Además, hace algo de frío.

—¡Señorita, no debería salir después de tener una pulmonía!

—¡El médico dijo que puedo llevar vida normal! No me des la lata. Quiero disfrutar antes de que llegue el invierno. —El hombre dio la vuelta a la esquina del castillo y Mara intrigada le siguió. —Martin, ¿seguro que has visto algo?

—Que sí. Un chico miraba por la ventana del salón.

—Ah, será uno de los chicos del pueblo que quiere ver a alguna de las

alumnas. No me digas que esto no ha pasado antes. —Soltó una risita. —Es normal. Son muy guapas.

—Claro que ha pasado antes. ¡Pero éste tiene algo distinto! Los huelo a la distancia.

Mara reprimió la risa al ver cómo se lo tomaba. —Tienes razón Martin, arréale con el bastón para que se le quiten las ganas. —Martin asintió vehementemente como si fuera la misión de su vida. Rodearon el castillo y llegaron a la puerta principal. —Vaya, se te ha escapado.

—Le pillaré. Porque éste va a volver.

—Bueno, voy a dar un paseo por si le pillo.

—¡Voy con usted!

—Martin, ¿dónde estás, hombre? —preguntó Madeleine desde dentro.

—Vaya, me reclaman.

—Vete tranquilo. Yo me encargo de él —dijo mirándole sanguinaria.

—¡Eso, que no se crean que pueden entrar aquí cuando quieran! —Entró molesto y Mara se volvió dándole vueltas a lo que pensarían en el pueblo sobre ellos. Que estaban algo chiflados seguramente. Caminó por el sendero hacia la caballeriza y saludó a los hombres encargados de los caballos pasando de largo hacia la colina. Le gustaba mirar el paisaje desde arriba. Caminando entre los enormes árboles, se le erizó el cabello de la nuca sintiendo una presencia siguiéndola. Se volvió y miró el camino donde se veía el establo al fondo. Todo parecía normal, pero gritó —¿Quién está ahí? Si eres una alumna, deberías estar estudiando. Como te vea, me voy a enfadar.

No contestó nadie y puso una mano en su cadera. —Si eres del pueblo, te aconsejo que te vayas antes de que te pille algún empleado. ¡Esto es propiedad privada!

Nada, que no salía. ¿Se habría confundido? Pero qué tonterías pensaba, ella no se equivocaba. —Muy bien. O sales o quemo el bosque. Tú verás.

Escuchó un ruido a su derecha y se giró sorprendida por lo cerca que estaba, pero lo que la dejó de piedra fue ver a Kennon con barba de dos días, vestido en vaqueros y con un ligero jersey negro saliendo de detrás del árbol. Se le retorció el corazón al ver que ya le había crecido el cabello y que estaba guapísimo. Sintió que la tierra bajo sus pies temblaba y palideciendo al darse cuenta de que era real, caminó por el sendero de nuevo hacia la casa.

—Nena... —Aceleró el paso y él se detuvo. —No corras, estás embarazada. —Mara se volvió haciendo que su cabello ondeara con el viento y sus ojos se encontraron. —Solo dime que estás bien —dijo torturado.

—Estoy bien —susurró agachando su mirada—. Tienes que irte.

—Siento lo que pasó. No quería hacerte daño. No pensé y... —Kennon apretó los puños impotente al verla. Parecía tan frágil. —¿Puedo arreglarlo?

Ella le miró sorprendida. —¿Arreglarlo?

Dio un paso hacia ella y Mara retrocedió. Kennon se tensó con fuerza. — Veo que no.

—Vete. —Se volvió caminando apresuradamente hacia el castillo. Miró sobre su hombro asustada por lo que sentía para comprobar que no la seguía, sino que se había quedado en el camino observándola.

Al llegar a la puerta del castillo allí estaba Martin y Madeleine que miraba sobre su cabeza con los ojos entrecerrados. —No pasa nada. Ya se va.

—Vete a tu habitación. Debes descansar.

—Sí, Madeleine.

La mujer asintió y le hizo un gesto a Martin, que bajó los escalones a toda prisa acercándose a Kennon que se llevó las manos a la cabeza como si estuviera desesperado.

—Haberlo pensado antes, amigo —susurró Madeleine—. Ahora ella está en casa y no se va a mover de aquí.

Kennon vio como un hombre mayor con smoking se acercaba y dejó caer las manos tensándose. —Solo quería hablar con ella. Ya me voy.

Martin siseó —Cierra la boca y sigue caminando antes de que la directora te lance un rayo que te deje en el sitio, estúpido. —Cogió su brazo tirando de Kennon hacia dentro del bosque y cuando el hombre miró sobre su hombro, suspiró del alivio al no ver a la señora Madeleine. Se detuvo y le miró de arriba abajo con desprecio. —Mira que presentarse así...

Kennon se miró. —Bueno, no es un smoking, pero...

—Soy el mayordomo. Me llamo Martin. —Le señaló con el dedo. —Y como vuelvas a meter la pata con mi chica, te pego un tiro.

—¿Va a ayudarme? —preguntó sorprendido.

—Soy un agente doble. Me muevo por instinto.

A Kennon le valía pues no tenía nada. —Ha estado enferma.

—Ha estado muy enferma. Casi se muere.

—Pero si pueden curarse solas...

—Tenía dentro un mal que tenía que salir, estúpido.

—Entiendo. Fue culpa mía.

—Exacto. Casi matas a tu mujer, pero es muy fuerte y ha salido adelante. Porque es una superviviente. Sé que la señorita Tessa te ha dicho que estaba en Escocia. —Sonrió divertido. —¿Has visitado muchos castillos?

—Unos cuantos. Pero no me quejo.

—Más te vale. Pero no creas que por llegar aquí lo vas a tener fácil. Todo lo contrario, para volver con ella tendrás que ganártelo. Y no va a ser fácil en absoluto. Se ha ganado un hueco en el castillo y la señora Madeleine desea que se quede con ella para cuidar a su niño aquí.

—¿Es un niño? —preguntó emocionado.

—¡Céntrate, tengo que volver!

—Entendido.

—Te aconsejaría que la cortejaras a la manera tradicional.

—¿Perdón?

—Pero no va a funcionar.

—Ah. Tengo algo de prisa, ¿sabe?

—¡Pues te fastidias! —le gritó a la cara—. ¡Encima no te pongas chulo!

—No, claro que no. Haré lo que haga falta.

—Eso pensaba. Así que arrástrate las veces que sean necesarias para que ella se dé cuenta de que no le harás daño de nuevo.

—Eso no va a volver a pasar.

Martin le señaló con el dedo. —Ya hubo en esta familia alguien que molía a palos a su esposa y te puedo asegurar que no acabó muy bien por mucho que ella intentó protegerle. Vuelve a hacerla sufrir y la justicia de la sacerdotisa no tendrá límites.

Kennon asintió sin quitarle la vista de encima. Carraspeó al ver como el hombre se enderezaba estirando su chaqueta. —Tú avisaste a Tessa de lo de la ventana.

—Se despertó histérica y llamé a mi sacerdotisa contando el sueño que había tenido. Eso fue hace meses. —Se volvió para irse. —Te aconsejo que te vayas. La señora Madeleine estará atenta para que no te acerques a su protegida.

—¡Es mía no suya!

Martin se volvió. —La has perdido y ha vuelto a casa. No tienes ningún derecho a decir eso.

Kennon le miró impotente. —¿Qué puedo hacer?

—¿Tengo pinta de adivinar el futuro? —Al verle tan perdido suspiró exasperado. —¿Qué tal si empiezas a demostrarle que te importa por encima de todo?

Vio como el mayordomo se alejaba y pensó en ello sin ser capaz de alejarse del castillo. ¿Cómo le iba a demostrar que le importaba si no dejaba que se le acercara?

Capítulo 9

Mara se despertó y estiró los brazos porque esa noche no había soñado nada importante y estaba totalmente descansada. El tónico que le había dado Madeleine para que se durmiera, había sido un alivio porque en cuanto vio a Kennon todo regresó de nuevo y casi le ruega que se quedara con ella. Y no iba a cometer ese error de nuevo. Que se hubiera presentado allí para pedirle perdón, no significaba que la quisiera.

Se levantó poniéndose las zapatillas y fue hasta las ventanas para ver qué tiempo hacía y así elegir lo que se ponía. En cuanto apartó las cortinas, parpadeó mirando la colina porque había un montículo rojo que tenía unas letras blancas en un costado que no llegaba a distinguir. Se encogió de hombros. —Algún hippy reivindicando algo.

Se duchó y se vistió con unos pantalones negros premamá y un jersey grueso blanco. Empezaba a hacer bastante frío. Bajó las escaleras para desayunar en el comedor privado donde solo desayunaban Madeleine y ella. —Buenos días —dijo sonriendo—. Hace un día estupendo.

Madeleine gruñó apartándose un mechón castaño detrás de la oreja. —Tenemos un vecino nuevo. Voy a matar al señor McDermott.

—¿Por qué? ¿Por el hippy? Le he visto cuando me he levantado. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué traten mejor a las ovejas? —Divertida fue hasta el buffet y se sirvió de todo. Gimió encantada al ver bollos de canela y cogió dos colocándolos sobre su abundante desayuno.

—No, querida. Es tu hombre.

Se volvió de golpe haciendo que la comida saliera disparada del plato cayendo sobre el suelo de mármol y sin darse cuenta preguntó —¿Qué dices?

—Kennon. Ha decidido hacer una acampada. Martin, que recojan eso.

Una doncella se acercó de inmediato y Martin asintió sin moverse de su lugar al lado de la puerta. Aún impresionada dejó el plato sobre la mesa y con paso ligero fue hasta la ventana. Por las copas de los árboles solo se veía la punta de la tienda de campaña. —¿El señor McDermott le ha permitido acampar ahí?

—Le ha alquilado la parcela un año. Le ha dicho que se está buscando a sí mismo y tiene que ser precisamente ahí. Le ha tomado por un chiflado, pero el dinero siempre viene bien.

—Ha escogido ese sitio porque es el único que se ve desde todas las ventanas frontales del castillo, señorita Mara —añadió Martin.

—¡Para que le vea bien!

—Exacto.

Rabiosa se volvió. —Me da igual. Ya verá el frío que va a pasar a partir de ahora. ¡Ese no dura ahí ni una semana! —Regresó a la mesa del buffet y cogió otro plato sirviéndose el doble que la vez anterior. —¿Qué quiere?

—Creo que quiere volver con usted, señorita —dijo Martin haciendo que Madeleine le fulminara con la mirada. Carraspeó enderezándose—. O no.

—¡Ayer me preguntó que si podía arreglarlo! —Se sentó furiosa y más viva que en todos esos meses. Entrecerró los ojos mirando las salchichas. — ¡Pues no voy a ir a verle!

—Eso, querida. En cuanto vea que no tiene nada que hacer, se irá.

—Claro que sí.

Martin la vio comer como nunca y Madeleine levantó una ceja al ver que cogía un bollo de canela y le untaba mermelada cuando no lo necesitaba. — Veo que estás hambrienta.

—Me he levantado con un hambre... ¡pero Kennon ha tenido que fastidiármelo! —exclamó con la boca llena antes de coger la jarra de zumo y

servirse el vaso hasta el borde—. Tendrá comida, ¿verdad?

—Debe tener de todo. ¿Por qué te preocupas por él?

—No, si no me preocupo. —Se metió el resto del bollo en la boca sin darse ni cuenta que lo había mojado en el huevo frito antes de mirar a Martin que hizo un gesto sin darle importancia.

Bueno, tampoco era problema suyo que quisiera tomarse un tiempo para meditar en las tierras de los McDermott. Se metió casi entera una salchicha en la boca. —¿Y qué dice en el lateral de la tienda? ¿Alguien lo sabe?

—Estoy atado a la cama.

Miró a Madeleine con los ojos como platos antes de atragantarse y Madeleine hizo una mueca al ver que le daba un ataque de tos poniéndose roja como un tomate. Martin le dio unas suaves palmaditas en la espalda y cuando se recuperó, preguntó con la voz ronca —¿Te estás quedando conmigo?

—No, señorita. La tienda dice eso. Lo he mirado con los prismáticos para asegurarme.

—¿Y quién le ha atado a la cama? —preguntó histérica porque no sabía desde cuando estaba atado.

—Se habrá atado solo —contestó Madeleine—. ¿Ocurre algo?

—Que hace un frío que pela y... —No podía decirle a Madeleine lo que se le pasaba por la cabeza. Que era que seguramente estaba igual que el día que ella le había secuestrado y en el sótano de Valerie estaba desnudo. — ¡Vuelvo ahora!

—Querida, seguro que puede desatarse solo. —Madeleine dejó exasperada la servilleta sobre la mesa al ver que no le hacía ni caso.

Martin miró el techo haciéndose el loco. —Sí, no creas que no me entero de lo que haces, viejo entrometido.

—Tiene que seguir su vida.

—¿Y por qué no puede seguirla aquí? ¡Él no se la merece!

—Está arrepentido. Todos podemos cometer errores. Y usted como profesora tiene una misión en la vida, que es guiar a las chicas hacia el camino correcto.

Madeleine entrecerró los ojos saliendo del comedor. —¡Por supuesto que es mi misión! ¡Martin avisa a las chicas! ¡Hoy hay examen!

Mara llegó a lo alto de la colina y gruñó al ver que Martin tenía razón y ponía exactamente eso en el costado de la tienda. Había perdido un tornillo. Y ella también por ir hasta allí. La verdad es que la tienda era lo bastante grande como para que él cupiera de pie. ¿Había montado todo eso en una noche? Indecisa se quedó en la puerta y se acarició el vientre sintiendo una patada de su hijo. —Sí, ya voy —siseó—. Dame mi tiempo.

Miró la lona, pero no podía llamar porque dónde lo hacía. Se estremeció de frío y eso la decidió para comprobar que estuviera bien. Abrió la cremallera y apartó la lona para mirar en su interior. Al ver a Kennon tumbado en una cama de madera maciza, se enderezó con la boca abierta. El muy chiflado estaba atado de pies y manos a las patas de la cama y estaba en pelotas como ella le había atado. Él sonrió al verla. —Qué bien que estés aquí. ¿Puedes traerme el orinal?

Jadeó poniendo las manos en jarras. —¿Estás chiflado? —gritó indignada—. Lárgate de Escocia, Kennon.

—No voy a irme. —Sus dientes castañearon.

—¿Quieres morir de una pulmonía?

—Creía que te levantabas más temprano.

Ella miró a su alrededor intentando no comérselo con los ojos y vio dos sacos de dormir. Fue hasta ellos soltando sus manos mentalmente y preguntó —¿Quién te ha atado a la cama? Cuando le pille... —Se volvió con el saco en

la mano para ver que seguía atado. Se acercó a su tobillo pensando que se abriera, pero la correa no se movió. —¿Será una broma!

Él forzó una sonrisa. —Llamé a Valerie para que no pudieras soltarlas. Le dije que era mi penitencia.

Le miró a los ojos sintiendo que le faltaba el aliento. —¿Tu penitencia por qué?

—Por hacerte daño cuando lo único que querías era estar a mi lado.

Apretó los labios negando con la cabeza. —No tienes que hacer esto. Te he perdonado.

—Pero es que yo no solo quiero eso. Quiero que vuelvas conmigo.

—¡Nunca estuvimos juntos! ¡Tú lo dijiste! —Tiró sobre su cuerpo el saco de dormir y fue hacia la puerta.

—Dije muchas mentiras. —Vio que se detenía en seco. —Te he echado de menos.

—Pues mala suerte. —Salió de la tienda queriendo huir.

—¿Tienes que estar de broma! —gritó al teléfono a Tessa que era la única que se ponía.

—Mira, ahora mismo estamos algo ocupadas. Valerie va a parir en unas semanas y estamos en la revisión. Si no quieres que se muera de frío y no quieres atenderle tú, tendrás que meterle en el castillo y que le atienda Martin, pero el hechizo es muy claro. Hasta que esas correas no escuchen una frase en particular, seguirá en esa cama hasta que se muera. Vosotros veréis.

Tessa le colgó el teléfono y asombrada miró el auricular antes de gritar —¡Malditas entrometidas! ¡Siempre estáis metiendo la pata!

Madeleine silbó. —Mi obligación sería chivarme, pero estoy de acuerdo.

Gruñó colgando el teléfono con fuerza y miró hacia la ventana. —¿Y

cómo vamos a meter esa cama por la puerta? —Abrió los ojos como platos.
—La desmontaremos. ¡Qué se quede con las correas de regalo para los restos!

—¿Crees que no han pensado en eso? Mi chica es muy lista. Apuesto a que esa cama no se desmonta.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Quería ir al baño!

Volvió a salir corriendo y Madeleine retuvo la risa. —Estas niñas, siempre haciendo travesuras. Martin...

—¿Sí, señora?

—Que hagan mi equipaje. Mi niña dará a luz en unas semanas y tengo que estar allí.

—Sí, señora. ¿Aviso a la madre de la sacerdotisa?

—No hace falta. Seguro que está de camino como la abuela.

—¿Pero va a dejar a la señorita Mara sola?

Madeleine apretó los labios. —Tienes razón, debería quedarme.

—Pero la sacerdotisa la necesita.

—Uy, qué dilema. —Se acercó a la ventana y la vio subir la colina de nuevo como si fuera a la guerra. Reprimió la risa. —Sí, creo que me quedaré una semanita más para ver qué ocurre. Será divertido.

—¿La ayudo a trasladar la cama?

Madeleine suspiró. —Aleja a los curiosos. Podrá hacerlo ella sola, estoy segura.

Uff, lo que le estaba costando. No estaba acostumbrada a mover tanto peso con la mente y se estaba quedando sin energías a mitad de la colina. Tuvo que dejar la cama en el suelo y se sentó agotada sobre el colchón al lado de Kennon. Preocupado vio que sudaba. —Nena, déjame aquí.

—¿Cómo voy a dejarte aquí? ¡No digas tonterías!

Entrecerró los ojos mirando el castillo antes de mirar hacia él de nuevo y comprobar que estuviera bien tapado. Para no tocarle lo había hecho todo mentalmente, así que se aseguró de que no se le viera nada. La miró con desconfianza. —¿En qué estás pensando?

—Vuelvo enseguida.

—¡Mara, no me dejes aquí!

—¿Qué pasa? ¿Temes que te ataque un pájaro?

—¡Muy graciosa! —gritó levantando la cabeza viéndola descender la colina—. Volverás, ¿verdad?

Diez minutos después rojo como un tomate estaba rodeado de niñas de distintas edades que disimulaban la risa.

—Bueno, niñas... Nuestro objetivo es llevarlo de aquí hasta la primera planta del castillo. A la habitación azul.

—Esa está al lado de la tuya —dijo Daisy maliciosa.

—Guapita, cierra la boca y concéntrate.

—¿Esta cama es de Ikea? —preguntó una niñita rubia que llevaba una muñeca en brazos.

Kennon carraspeó. —No. La compré en el pueblo a un artesano.

—O sea que pesa un quintal —dijo la niña que tenía al lado—. ¿Eres inválido?

—Está atado a la cama, Rosie —contestó otra a punto de reírse.

—¿Por qué? —preguntó la niñita poniéndole aún más colorado.

Kennon miró a Mara que se estaba comiendo un bollo como si aquello no fuera con ella. —Nena...

—¿Preparadas? —preguntó con la boca llena—. Tened cuidado. No darle la vuelta a la cama y que caiga sobre él.

Kennon la miró con horror. —¿Eso puede pasar? —Las niñas se echaron a reír. —¡No tiene gracia!

—Sí, hablo en serio. Uno... Dos... Y tres.

La cama se elevó al menos cinco metros por la fuerza de todas mientras Kennon gritaba.

—No tanto, chicas. Bajadla un poco...

Descendió hasta llegar a ella y sonrió al ver su cara de miedo. —¿Tienes vértigo?

—Espera que estas correas se abran.

—Hala, vamos.

Vio como Daisy miraba maliciosa a otra niña y de repente la cama empezó a avanzar más y más rápido. —Despacio niñas. —Nada, que no le hicieron ni caso y Kennon gritó de nuevo sujetándose a las correas al ver que se acercaban a la fachada. —¡Más despacio! —gritó abriendo las puertas mentalmente. —¡No entra! ¡Así no entra!

En el último minuto la cama se puso de costado entrando en el castillo y Mara suspiró del alivio. Cuando llegó al hall, la cama ya estaba en el piso de arriba en el enorme rellano y rodeada de las niñas gritó desde allí —Kennon, ¿estás bien?

—Las odio.

Las niñas se echaron a reír a carcajadas y Mara no pudo evitar reír también aunque intentó disimularlo.

—Niñas... —dijo Madeleine cortándoles el rollo—. Terminad, tenéis tareas en la piscina.

Subieron las escaleras y cuando llegaron a la puerta de la habitación, Daisy dijo —Por esta puerta tampoco pasa.

—¡No, no! —gritó Kennon antes de que le pusieran de costado de golpe pasándolo a la habitación.

Al ver cómo se miraban maliciosas de nuevo Mara gritó —¡No! —La cama giró sobre sí misma varias veces antes de ponerse en el centro ante la

otra y vio que Kennon estaba algo pálido. Se acercó a toda prisa. —¿Estás bien?

—¿Hemos llegado?

—Sí.

—Menos mal. —Las niñas se rieron de nuevo. —¿El nuestro va a salir así?

—Es varón. Será como tú. —Chasqueó la lengua al ver que suspiraba del alivio. —Niñas, podéis iros. Decidle a Martin que vayan a recoger sus cosas a la tienda de campaña.

Daisy asintió antes de salir corriendo con las demás cerrando la puerta tras ellas.

—Bueno, ahora Martin te cuidará y aquí estarás calentito.

La miró asombrado. —¿Cómo que Martin me cuidará?

—Claro. Yo tengo cosas que hacer. ¿No esperarías que porque has cometido la locura de hacer esto, iba a cuidarte yo?

—¡Pues la otra vez bien que querías!

—Eso fue la otra vez —dijo muy seria tensándose—. Y creo que dejaste claro lo que pensabas. No sé a qué viene esto ahora.

—Joder, pues para demostrarte que me importas. —Mara agachó la mirada para que no se diera cuenta de lo que le agradaban esas palabras. —Creía que así te darías cuenta. ¡Pero es obvio que solo estoy haciendo el ridículo!

—Dime las palabras que abren las correas y ya está.

—¡No sé las malditas palabras! —Entrecerró los ojos. —Además en cuanto las diga me echas, así que paso. Me quedo aquí.

—Pues muy bien. Te gustará Martin. Es un hombre estupendo —dijo yendo hacia la puerta.

—¿Volverás?

Mara sonrió cuando cerró la puerta. Así que quería demostrarle lo que le importaba. Bueno, algo era algo.

Capítulo 10

Antes de acostarse pasó por su habitación y estaba viendo la tele con el mando en la mano. Martin le había hecho la cama en condiciones y ahora estaba cubierto por un edredón dorado de seda. Miró el televisor para ver que era una película de Clint Eastwood. —Veo que estás cómodo.

—Me duele la espalda —refunfuñó. Al parecer su aventura le estaba pasando factura—. Podrías pasarme la mano por ahí.

—Seguro que no te duele tanto.

Él hizo un gesto de dolor levantando las caderas. —Uff... sí. Te aseguro que sí.

Se cruzó de brazos. —¿Tengo pinta de boba?

—No, claro que no. ¿Por qué no te tumbas aquí para que veamos la película?

—Ya la he visto. —Se acarició el vientre bostezando. —Hasta mañana.

—Puedes dormir aquí.

Se detuvo en seco y se volvió para mirarle. —¿Qué has dicho?

—No, nada. Buenas noches.

—Eso creía —dijo molesta antes de salir dando un portazo.

Él hizo una mueca antes de sonreír. —Sí, te puedes resistir, pero aquí me quedo.

Mara se despertó sobresaltada y sudando cogió el cuaderno para escribir lo que había visto. Estaba dejando el cuaderno de nuevo sobre la mesilla cuando escuchó un quejido. Salió de la cama acercándose a la pared de la

habitación de Kennon y volvió a escucharlo. Preocupada salió de la habitación y entró en la suya. Abrió los ojos como platos al ver porno en la tele mientras que Kennon estaba dormido como un tronco. Se acercó y le dio un cachete en la cara que le sobresaltó. —¿Qué haces? —siseó.

—Dormir —respondió asombrado. Al ver la televisión encendida él suspiró—. Sí, yo también he visto un poco raro que tuvierais ese canal, pero oye, para gustos colores.

—¡Apaga eso!

—El mando se me cayó al suelo. No puedo.

Exasperada pasó sobre él en la cama para buscar el mando al otro lado y Kennon dijo con voz ronca —Nena, tienes más trasero, ¿verdad?

Volvió la cabeza para ver que le miraba el trasero descaradamente. — ¡Tengo más de todo! ¡Deja de mirarme el culo!

Su barriga tocó su pecho al estirar el brazo para recoger el mando y él gimió. —Joder nena, qué bien hueles. Quítate el camisón.

Se incorporó apoyándose en su pecho con el mando en la mano y preguntó asombrada —¿Es que no te vale con el porno?

—No puedo tocarme. Fue un error encontrar ese canal e intentando bajar el volumen para que no lo escucharas, se me cayó el mando.

—Tengo un oído muy fino.

—Ya me he dado cuenta. —Sus ojos bajaron hasta sus pechos que se marcaban bajo el camisón, demostrando que no le era tan indiferente como quería aparentar. —Estás preciosa y me muero por tocarte. —Vio como sus pezones se endurecían aún más y gimió de deseo por ella.

—Es una pena que no puedas. —Se volvió para apagar el televisor.

—Sí que es una pena —dijo como si la deseara más que a nada—. Pero puedes tocarme tú.

—Sigue soñando. ¡Me rechazaste!

—Un error claramente. —Levantó la cabeza lo que pudo. —Vamos nena, ¿no quieres besarme? Hace mucho tiempo.

Casi sin aliento miró sus labios sin poder evitarlo y furiosa consigo misma le empujó por la frente tumbándolo de nuevo. —Y lo que te queda. — Se levantó yendo hasta la puerta.

—Dijiste que me amarías siempre. —Mara se detuvo en seco mirando la puerta. —Dime que eso no es mentira, cielo. Dime que me sigues queriendo.

Reprimiendo las ganas de llorar susurró —Despreciaste ese amor, así que no tienes derecho a pedirme nada.

Salió de la habitación a toda prisa y Kennon juró por lo bajo cerrando los ojos antes de darse cabezazos sobre la almohada. —Estupendo, Kennon. Serás gilipollas.

Mara se sentó en su cama acariciándose el vientre distraída. Que hubiera insinuado que quería sexo cuando ni le había dicho que la quería... Aunque no podía decirlo porque lo había jurado. Pero quería arreglarlo, eso le había quedado claro. ¿Debía resistirse? ¿Debía olvidarlo todo e ir a su lado? La naturaleza de Mara le hizo entrecerrar los ojos. Se iba a quedar atado en esa cama hasta que se le pasara el cabreo. Con lo mal que lo había pasado pensando que no quería ni verla. De todas maneras, no tenía ni idea de lo que tenía que decir para soltarle. Sonrió maliciosa. —Éste se va a enterar de quién soy.

Quince días después

Escuchó sus quejidos desde su habitación y apartó la colcha molesta

porque no la dejaba dormir. Caminó hacia su habitación y abrió la puerta de golpe. —¿Qué?

—Nena... por favor. Me duele todo.

No le extrañaba nada después de estar tanto tiempo sin moverse. Al ver su carita de dolor, se acercó a la cama y frunció su naricilla solo por fastidiarle. —Hueles mal

—Muy romántico preciosa, ¿pero crees que puedes intentar soltarme?

—¿Y qué quieres que diga? No sé qué frase tengo que decir para que se abran las correas. He llamado a Valerie, pero se niega a decir de qué se trata. Dice que si no lo sabemos nosotros, es que somos idiotas.

Kennon gimió cerrando los ojos y se preocupó sentándose a su lado. —¿Te duele mucho?

—Casi prefiero que no me sueltes, porque bajar los brazos iba a ser horrible.

Suspiró alargando la mano y la puso sobre su hombro. Simplemente le daba pena. Nada más. La luz salió de su mano y él gimió del alivio. —Ya podías haberlo hecho antes. Serás rencorosa.

—¿Quieres que siga?

—Claro que sí.

—Pues cierra la boca.

Kennon gruñó mirando el techo y cuando siguió aliviando sus dolores sonrió. —¿Me has perdonado ya?

—Esto no ha sido voluntario. No te acredites méritos que no tienes.

—Yo se lo pedí a Valerie.

—Lo que indica que no tienes buen criterio.

—Así que lo hago todo mal.

—Pues sí. No has hecho una cosa a derechas desde que te conozco.

—Vaya, gracias.

Mara no pudo evitar sonreír. —De nada.

—¿Ni el bebé?

—No te pusiste preservativo, así que no.

—¿Y tú no estabas allí?

—Era mi primera vez. Pensaba en otras cosas.

—Menuda cara tienes.

—¿Perdón?

—Sois especialistas en quedaros preñadas a la primera. He hablado mucho con Martin mientras intentabas ignorarme en estos días.

—No estaba ignorándote.

—Ya, claro. No desvíes el tema. ¡Las gemelas se quedaron preñadas casi en un abrir y cerrar de ojos! ¡Y tú lo sabías!

—¿Y tú no sabías que existe la posibilidad con hacerlo solo una vez?

—¡Claro que lo sabía, pero estaba tan excitado que en lo único que podía pensar era en hacerte mía! —Las correas temblaron y Kennon miró a Mara tan sorprendido que ella se sonrojó. —¡Eres mía!

Las correas se soltaron y Kennon se sentó de golpe cogiéndola por la nuca y atrapando su boca. Fue tan maravilloso que Mara se estremeció y él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo todo lo que podía, pero la barriga molestaba un poco. Ella apartó su boca mirando hacia abajo. —No...

—No, por favor —susurró él desesperado antes de atrapar sus labios de nuevo—. Te necesito, nena —dijo contra sus labios provocando que la sangre corriera por sus venas alocadamente—. Te necesito tanto...

—Y yo a ti. —Le cogió por el hombro alejándole. —Pero ahí no va a entrar nada más. Sino todo lo contrario. —La miró sin entender. —¡Estoy de parto, Kennon!

Abrió los ojos como platos quedándose muy quieto y ella pasó la mano por su cara de un lado a otro. —No te habrá dado un parraque, ¿verdad? Voy a

tener a nuestro hijo y me gustaría que me cogieras la mano. ¿Crees que serás capaz?

—¿Ya? ¡Si ni siquiera he podido sacarte a cenar! ¡Tenía un montón de planes! ¡Eres bruja, dile que se quede! ¡Llega antes de lo previsto y eso no se hace!

Mara reprimió la risa. —Puedes llevarme a cenar después. Mañana o pasado.

—Pero él ya estará ahí... captando tu atención...

—¿Estás celoso de tu hijo?

—¡No! —respondió indignado—. Es nuestro hijo. Joder, es que aún me estoy haciendo a la idea. Intento conquistarte y con el bebé no tengo toda tu atención. ¡Aunque tampoco tenía tu atención antes porque me has ignorado dos semanas! Hemos perdido dos semanas cruciales en nuestra relación por tu actitud.

—Perdimos un montón de meses antes por la tuya.

La miró dudoso. —¿No me habías perdonado? Porque si me lo vas a recordar cada vez que discutamos...

Mara ya no lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas. Estaba tan nervioso que hablaba por los codos. —Todo saldrá bien.

Kennon suspiró del alivio. —Pues si lo dice el oráculo, te creo. —Acarició su vientre posesivo. —¿Te duele mucho?

—Todavía no.

—Eres bruja. Puedes con esto y mucho más. —Mara sonrió acariciando su mejilla. —Sé que aún es pronto para que me creas, nena... pero no puedo vivir sin ti. —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas y él la abrazó. —Siento haberte hecho daño. Estaba furioso con el mundo y Valerie tenía razón. Al principio quería protegerte, por eso te rechacé. Pero cuando dijiste que te desharías de mi padre...

—Shusss —susurró contra su piel.

—Me sentí estúpido a tu lado.

Ella levantó la vista acariciándole la mejilla. —No eres ni estúpido ni cobarde. Y te necesito. Te amo y... —Un dolor le atravesó el vientre cortándole el aliento y Kennon palideció sujetándola por la cintura. Cuando pasó la contracción Mara sonrió. —Y no vuelvas a dejarme porque la próxima vez me voy a cabrear mucho. No voy a llorar, no voy a irme otra vez... Como vuelvas a rechazarme y a negar que me amas, te la corto.

Kennon levantó sus cejas negras y carraspeó. —¿Ya pasó?

—Sí, ya no duele —dijo respirando hondo mientras se acariciaba el vientre con ambas manos satisfecha por haberlo aclarado todo.

—¿Te das cuenta de que acabas de amenazarme?

Le fulminó con la mirada. —¿Me quieres?

—Más que a nada, nena.

Mara sonrió radiante. —Perfecto. Entonces no tienes nada que temer.

Kennon la besó suavemente en los labios. —Así me gusta. Mi mujer tiene carácter y sabe lo que quiere. Y me quiere a mí.

—Exacto, así que no lo olvides nunca. —Miró hacia afuera y vio que estaba lloviendo. —Vaya. No podré dar a luz en el jardín.

—Creo que no te he escuchado bien. ¡Nos vamos al hospital! —Se levantó de golpe y fue hasta el armario cogiendo unos vaqueros y poniéndoselos a toda prisa. —¿Dónde está aquí el hospital? —Negó con la cabeza. —¿No lo sabes? Seguro que nos lo dice el móvil. Bendito internet. —Cogió su bolsa y empezó a sacar cosas. —¡Ajá! —exclamó sacando su móvil. Intentó encenderlo—. ¡Mierda no tiene batería! Da igual, Martin lo sabrá. —Salió corriendo de la habitación y gritó —¡Martin! Joder, qué grande es esto. No me había fijado. ¡Martin, mi mujer está de parto! ¡Llama a una ambulancia!

—¿A una ambulancia? Cariño, estás exageran... —Un dolor la dobló y se

tumbó sobre la cama de costado sujetándose la barriga. Él corrió hasta ella agachándose a su lado.

—Vamos, nena.

—Ah, ha llegado el momento —dijo Madeleine entrando en la habitación mientras cerraba su bata—. Y veo que lo habéis arreglado si el padre está libre. —Alargó la mano. —Soy Madeleine, y soy su mentora. Al menos el tiempo que lo fui, que fue breve. Tres meses de nada. Nuestra chica es autodidacta.

—¿Puede ayudarla? —preguntó asustado—. ¿No le duele mucho para haber empezado hace tan poco? Y son muy seguidas.

—Un parto rápido, como a mí me gustan. —Sonrió uniendo las manos y Mara la miró. —Un buen momento para que las niñas experimenten lo que es el milagro de la naturaleza. Iré a prepararlo todo.

Kennon la miró confundido y señaló la puerta. —¿Qué ha querido decir?

Mara hizo una mueca. —Estará más que protegido. Tú tranquilo.

Horas después Kennon tenía la boca abierta mientras veía a su mujer desnuda, tumbada en el suelo del sótano del castillo sobre una sábana dorada iluminada con velas, mientras las niñas la rodeaban recitando una y otra vez una canción en un idioma desconocido que le estaba poniendo de los nervios.

—¿Cariño?

Kennon apartó a una niña arrodillándose a su lado. —Nena, yo esto no lo veo —dijo muy nervioso—. Voto por el hospital.

—Debes confiar en la naturaleza.

—No, si yo confío, pero... —Madeleine empezó a echar un líquido ámbar alrededor de su mujer. —¿Qué es eso?

—Es miel. —Madeleine sonrió como una chiflada. —Esto protegerá al

bebé. Niñas no dejéis de cantar. Ya está aquí. Le siento.

—Le siente. Nena, le siente.

—Y yo. —Apretó su mano con fuerza y Madeleine se arrodilló ante ella. Miró a su hombre con unos dolores terribles. —Joder, cómo duele esto.

Él acarició su frente apartando sus rizos pelirrojos. —Nena, tú puedes con esto y mil cosas más. Además, están cantando las niñas, así que eso tiene que ser bueno para el bebé. ¡Y tenemos la miel! —exclamó histérico antes de mirar a Madeleine—. ¿Qué? ¿Sale o no sale?

La mujer le miró sorprendida. —Pero si acabamos de empezar.

—¡Pero si dijo que quedaba poco! —Miró a su mujer que tenía el rostro congestionado de dolor. —Nena, nos vamos al hospital.

—Todo va bien —dijeron las niñas antes de seguir cantando.

—Los hombres siempre se ponen nerviosos en este momento —dijo Madeleine a las niñas como si estuviera dando una clase de matemáticas.

Todas asintieron y la mujer miró entre sus piernas. Se puso a cantar también más alto que las demás como si fuera la jefa del coro. Las niñas le siguieron y Kennon decidió ignorarlas mirando a su mujer a los ojos. Sonrió para tranquilizarla. —Esto va fenomenal. Cada vez cantan mejor.

Mara se echó a reír y las niñas extendieron los brazos como Madeleine, pero él se agachó para besar sus labios. —Nos marchamos mañana o pasado.

—Hecho. ¿A dónde?

—¿Qué te parece vivir entre Nueva York y las Vegas?

—Me parece perfecto.

—Oh, pues me voy con vosotros. Valerie también está a punto. —Ambos miraron entre las piernas de Mara y Madeleine sonrió de oreja a oreja. —Pero lo de ella es más importante, claro. Es niña.

Kennon entrecerró los ojos antes de mirar a su mujer que forzó una sonrisa. —Ya sabes, es niña y...

—Olvidemos el tema.

Mara tomó aire y apretó su mano con fuerza. —Ya viene.

—¿Lo sientes? —preguntó Madeleine—. Cuando estés dispuesta, empuja. Asustada miró a Kennon a los ojos. —Estoy aquí nena. Siempre estaré contigo.

Empujó con fuerza y al ver que se incorporaba del esfuerzo Kennon se puso tras ella susurrándole al oído que era maravillosa por haber sido capaz de llegar hasta allí ella sola. Agotada cayó sobre él y sonrió. Kennon la besó en la sien. —Lo haces muy bien.

Los cánticos aumentaron y él susurró —Vamos nena, un poco más.

Empujó de nuevo gritando del esfuerzo y Madeleine apretó los labios tensando a Kennon, que cuando recibió a su mujer entre sus brazos disimuló sonriendo. —¿Sabes lo que me enamoró de ti, preciosa?

—Cariño era el destino.

—Puede, pero lo que me volvía loco de ti, era que por mucho que te dijera que no, tú insistías e insistías. No dejes de insistir por lo que quieres de verdad, cielo. Nunca te des por vencida.

Mara empujó con rabia sintiendo como su hijo salía de su cuerpo y las niñas dejaron de cantar justo para escuchar el llanto de su bebé. —¡Bien! —exclamó Kennon abrazándola antes de besarla en la sien. Madeleine le puso al bebé en los brazos envuelto en una tela blanca y Kennon miró fascinado a su hijo. —Tiene tu cabello. Eres fantástica. Te amo.

Le miró sorprendida. —Dijiste que no lo dirías nunca.

—No fue así exactamente. Era la otra palabra.

Mara sonrió. —¿Estás haciendo trampas, Harris?

—Qué va. Tengo un casino y las trampas están prohibidas, cielo. —La besó en los labios. —¿Cómo le llamamos?

Mara sonrió mirando a su hijo. —No sé, dímelo tú.

—¿Qué te parecer Robert como el padre de mi madre? Era un hombre de palabra.

Soltó una risita. —Ya sabía que se llamaría así.

—¿Podré darte alguna sorpresa en el futuro?

—Claro —respondió mirándole con amor—. Lo de la tienda de campaña fue una sorpresa, te lo aseguro.

Kennon parecía encantado. —Me alegro.

—Y yo. No sabes cuánto.

Capítulo 11

Después de darle la toma de las once a Rob acarició su pelito pelirrojo pensando que era una pena que se le oscureciera en el futuro. Se levantó de su mecedora porque ya se había quedado dormido y le tumbó en la cuna tapándole con la mantita azul. Su marido la abrazó por la cintura pegándola a él, acariciando su vientre ahora plano sobre el camisón de seda verde. —¿Ya te has despertado? Cariño, ayer te acostaste muy tarde.

—No estabas en la cama. —La besó en el cuello subiendo hasta su oreja y mordió ligeramente el lóbulo, haciéndola reír cuando la cogió en brazos sacándola de la habitación.

—¿Otra vez?

—Nunca me canso de ti. —La besó en los labios y ella le correspondió acariciando sus hombros desnudos hasta abrazar su cuello. La tumbó sobre la cama y ella apartó su boca gritando de placer cuando su mano se metió entre sus piernas acariciándola de una manera que la volvió loca. Kennon continuó torturándola y necesitando liberarse, arqueó su espalda sintiendo que cada músculo de su cuerpo se tensaba con fuerza. Su marido sonrió besándola sobre el camisón de seda. —¿Quieres más, nena?

—¡No pares!

Kennon apartó la mano de sus húmedos pliegues haciéndola protestar y Mara abrió los ojos para ver como levantaba su pierna colocándola sobre su hombro. Besó la piel de su pantorrilla colocándose a horcajadas sobre la otra pierna y gimió al sentir su sexo rozándola. Movié las caderas, pero Kennon sujetó su muslo impidiéndole moverse. Molesta apoyó los antebrazos sobre la cama y le miró rabiosa. —¿Quieres hacerlo de una vez?

—¿Impaciente?

—¡Kennon!

Entró en ella de un solo empujón y gritó por el placer que la traspasó que fue extraordinario. Sujetándola por la pierna dominaba su cuerpo y entró en ella de nuevo con fuerza. El placer era infinito y Mara se agarró al cabecero de la cama, clavando las uñas en la piel blanca. Kennon la miró posesivo y salió de ella de nuevo antes de llenarla una y otra vez con contundencia hasta que creyó que su cuerpo se quebraba. Sorprendiéndola giró la pierna colocándola boca abajo y tumbándose sobre su espalda, la invadió nuevamente estremeciendo su cuerpo de arriba abajo de éxtasis.

Sonrió como una tonta con la mejilla sobre la almohada mientras su marido besaba su espalda hasta llegar a su trasero. Mordisqueó sus nalgas y las amasó con pasión. —Preciosa, te haría el amor a todas horas.

Hizo una mueca mirando el reloj blanco que había sobre la mesilla de noche. —Son las doce.

—¿Y?

—He quedado para comer con las chicas.

—Llámalas y cancelalo.

Gimió girándose y él la abrazó. —Lo haría, pero es su cumpleaños. Esta noche lo celebran con sus hombres, pero vamos a hacer una comida de chicas.

—De brujas.

—Exacto.

La besó en el labio inferior. —Pues vete. Lo retomaremos cuando llegue del trabajo.

—¿Te puedes quedar con Rob? La niñera hoy tiene el día libre. Te prometo llegar antes de las seis.

—Un día de hombres.

Sonrió divertida. —Espero que lo paséis muy bien.

—Claro que sí. Le llevaré al parque y presumiré de hijo.

—¿Presumir de hijo? ¿Con quién?

Kennon se echó a reír. —¿No te pondrás celosa por eso?

—No, claro que no. ¿Con quién?

—Con nadie.

—¿Seguro?

—Teniéndote a ti, ¿crees que miraría a otra mujer? —La besó robándole el alma. —Venga, vas a llegar tarde.

Gruñó levantándose de la cama y desnudo la observó quitarse el camisón antes de entrar en el baño. Cuando salió estaba dormido de nuevo. Se vistió con un vestido azul celeste entallado y se hizo una cola de caballo. No se maquilló como siempre, pero sí que se puso algo de gloss en los labios para darles un poco de brillo. Salió de la habitación con los zapatos negros en la mano y metió la cabeza en la habitación de su hijo viéndole dormidito. Sonrió saliendo y se puso los tacones en el pasillo. Se detuvo al llegar al salón oliendo algo fétido que la hizo mirar a su alrededor. A toda prisa fue hasta la cocina por si se había estropeado la nevera, pero allí no había nada raro. Volvió a salir preocupada por si eran las cañerías, pero no quiso despertar a Kennon por eso. Cogió su bolso y fue hasta la puerta, pero algo la detuvo volviendo la vista atrás. El olor había desaparecido. Qué extraño. Se encogió de hombros y salió de casa dispuesta a pasarlo bien con sus amigas.

Las gemelas se echaron a reír cuando abrieron el regalo que habían comprado entre todas. Un circuito por Escocia con toda su familia para que les mostraran sus raíces. Mara aplaudió y Madeleine levantó una copa de champán. —Awen.

—¡Awen! —gritaron todas las asistentes brindando también.

Volvieron a sentarse y Valerie sentada a su lado, porque se había convertido en una de las brujas de más rango, frunció el ceño de repente. —¿Sentís eso?

El olor llegó de nuevo a sus fosas nasales y todas se taparon la nariz asqueadas. —Una desgracia —dijo la abuela dejando un silencio sepulcral—. Un bebé.

Varias se levantaron de golpe y Valerie se levantó. —¡Tranquilas! Que no cunda el pánico.

Miró a Mara que negó con la cabeza pálida. —No veo nada. Pero esta mañana olí lo mismo en mi casa.

—Corre a casa, Mara. Corre.

Angustiada tiró la silla levantándose y corrió fuera del restaurante. Desesperada se acercó a un taxi, saliendo a la carretera y colocándose ante el vehículo. El taxista gritó si estaba loca, pero ella se subió al coche gritando su dirección en el Soho. —Por favor dese prisa. Mi bebé no está bien.

El taxista aceleró esquivando a otro taxi y miró por el retrovisor viendo sus ojos llenos de lágrimas. —No se preocupe tanto. Seguro que no es nada. Los niños dan estos sustos.

—Es tan pequeño... Por favor, por favor...

El hombre aceleró aún más y se saltó un semáforo que acababa de ponerse en rojo. Pasó por un callejón golpeando un cubo de la basura y Mara susurró —Gracias.

—Usted no tiene que agradecerme nada. No me recuerda, ¿verdad?

Confundida miró su foto y negó con la cabeza pensando únicamente en su hijo. —Gracias a usted pude enviar a mi hijo a la universidad. La lotería.

—Ah...

—El siete de junio.

—Me alegro mucho.

El hombre apretó los labios mirándola con pena, porque era una buena mujer y estaba descompuesta de preocupación. —Llegamos enseguida, estamos a una calle. Le deseo suerte.

Ella iba a sacar el dinero del bolso y él negó con la cabeza frenando en seco ante el portal. —No, por favor. Váyase.

—Gracias. —Salió del taxi a toda prisa y corrió hasta el portero que le abrió la puerta de inmediato.

—¿Ocurre algo, señora Harris?

—¡No lo sé! —respondió corriendo hacia el ascensor.

Pulsó el último piso e impaciente miró las luces. —Vamos, vamos...

Casi se desmaya cuando oyó la campanilla antes de que se abrieran las puertas y se quedó de piedra al ver la puerta abierta de su casa. Corrió hasta allí y gritó del alivio al ver a Kennon con su bebé en brazos, sentado en el suelo al lado del cuerpo de un hombre tendido boca abajo con la cabeza ensangrentada.

—Estamos bien.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó sin darse cuenta de que lloraba y tocó la frente de Kennon que sangraba antes de mirar a su hijo que estaba llorando con fuerza.

—Llama a una ambulancia. Le ha agarrado por la pierna zarandeándolo de un lado a otro.

Asustada corrió al teléfono y marcó el número de emergencias. Muy nerviosa se pasó la mano por la frente al ver que Kennon parecía mareado, pero aun así sujetaba a su bebé con delicadeza. Tiró el teléfono al suelo y se arrodilló a su lado. —No cielo, no te duermas. Dame a Rob.

—Joder, qué miedo he pasado. —Mara cogió a Rob en brazos y vio la marca roja en su pierna. —Abrí la puerta y Feldman me golpeó en la cabeza dos veces dejándome ko. Cuando me desperté tenía al niño en brazos y decía

disparates sobre que era su nieto. Que su hija no estaba en casa, pero que enseguida regresaría. —Mara le acarició la mejilla reprimiendo las lágrimas. —Cuando le dije que me diera a Rob, se puso furioso y empezó a gritar que era un cabrón que había matado a su hija para irme contigo y otras cosas que no tenían sentido como que me había casado contigo y que él lo había sabido desde el principio. Que por eso llamó a mi padre aquella noche.

—Nos siguió.

—Dijo que habíamos estropeado sus planes. Entonces miró al niño y vi que iba a matarle. Le agarró de la pierna y golpeó la ventana con el codo con intención de tirarle. Cogí el jarrón de bronce y le golpeé con él sujetando al niño por el torso. Pero él tiró de su pierna.

—Se pondrá bien.

Él sonrió. —Si tú lo dices...

—No tenía que haberme ido. Esto no lo vi. —Se echó a llorar de los nervios y Kennon la abrazó. —Si no hubieras estado aquí... Si hubiera estado la niñera...

—Ya ha pasado. No puedes verlo todo. —La besó en la sien y levantó la vista hasta el sanitario que entraba en ese momento.

—¿Cómo está? —preguntó Valerie mirando a Mara por la ventana de su casa de los Hamptons. Les había invitado para que se despejaran un poco después del disgusto, pero veía algo en Mara que la preocupaba.

—Se echa la culpa de no haberlo visto —respondió Kennon antes de beber de su whisky—. En cuanto llegamos a casa curó al niño y le quitó la escayola de la pierna. Se pasó toda la noche observándole dormir para asegurarse de que estaba bien y que no le dolía nada.

—Es normal. Se ha llevado un susto terrible. —Le miró divertida. —Al

parecer tú tienes una cabeza muy dura.

—Demasiado. Cinco puntos y a casa.

Ella observó la fina cicatriz que después de que se la curara su mujer casi no se le notaba. —¿Y tú cómo estás?

—Con el miedo en el cuerpo, la verdad. Creí que perdía a Rob por ese cabrón. Todavía no me puedo creer lo que ha ocurrido en este último año. —Apretó los labios.

—Te engañó convenciéndote de que te cambiaras el nombre de nuevo para reclamar lo que era tuyo cuando llegara el momento. Eras un crío que confiaba en él porque era lo único que tenías. Te aseguró que siendo mayor de edad tu padre ya no podía tocarte y te dejaron seguir con tu vida para que te confiaras. Cuando llegó el momento, simuló ser engañado en la sociedad para que Carter volviera a tu vida. No tienes la culpa de eso. Te utilizó para llegar a tu padre.

—No tuve el valor de acabar con todo. Si no hubiera sido por Mara...

—Tu vida sería muy distinta. Pero las cosas pasan por una razón. —Sonrió mirando a Mara. —Cuando la castigué por su comportamiento sabía que hacía lo correcto al enviarla fuera, pero superó todas mis expectativas porque aunque se hacía la dura, tenía un corazón enorme. No regresaba porque no tenía familia y la hice volver porque sentí que su pareja estaba aquí. Era hora de que tuviera familia propia.

Sonrió divertido. —¿Y lo de ser niñera?

—Bueno, también la necesitaba. Tu padre estaba tan pesado que mi vida marital se estaba resintiendo. —Kennon se echó a reír. —Pero no me duró nada porque te conoció enseguida.

—Era el destino.

Valerie asintió mirando a Mara que observaba el mar con la mirada perdida. —Sí que lo era. Es curioso cómo se entrelazan nuestras vidas, ¿no

crees?

Miró a su esposa perdiendo la sonrisa poco a poco, demostrando lo preocupado que estaba por ella. —Está aterrada de que nos pase algo.

—Han ocurrido muchas cosas en poco tiempo. Es el oráculo, pero debe aprender que ciertas cosas no las verá nunca. —Valerie le sonrió. —Y esa es tu misión.

—¿Mi misión?

—Debes conseguir proteger su corazón. Tú eres su dueño y debes protegerlo. Por eso nuestros hombres son tan importantes para nosotras. Nos dan seguridad, una vida medianamente normal y su amor lo puede todo. Tu amor hará que se calme en cuanto pase un tiempo. Estoy segura.

Él asintió alejándose de ella y Valerie sonrió cuando le vio acercarse a su mujer cogiéndola en brazos y haciéndola reír mientras caminaba hacia la playa.

—¿Tessa, no hablarás en serio! ¿Otra casa? Mujer, ¿es que no te quedas tranquilita nunca?

Mara abrazó el cuello de Kennon sonriendo. —¿Te he dicho que me haces muy feliz?

—¿Te he dicho que te amo tanto que mi vida sin ti no tendría sentido?

—Me lo dices mucho. —Besó suavemente sus labios. —Pero me encanta oírlo.

—No quiero que estés triste. —Le abrazó con fuerza como si necesitara sentirle. —No me voy a ir a ningún sitio y Rob tampoco. Y para que te des cuenta de que esa vida se ha acabado, voy a vender el casino.

Se apartó sorprendida. —¿Qué dices?

—Tessa dice que tengo ojo para el mercado inmobiliario y quiero vivir

en Nueva York. Además, estoy harto de vivir de noche. Esa vida se acabó.

—No quiero que lo hagas por mí.

—Claro que lo hago por ti. Por la vida que hemos formado juntos. Y quiero más niños. Llevarlos al colegio y esas cosas que hacen los padres normales.

Mara sonrió. —¿Estás seguro?

—Solo he estado igual de seguro de otra cosa en la vida.

—¿De cuál?

—De que cuando te perdí, supe que eras mi alma gemela. Esos ojos verdes me vuelven loco.

—Pues vas a tener otros ojos verdes que te vuelvan loco en unos meses.

—Soltó una risita al ver que se detenía en seco asombrado. —Y esta vez será niña. Prepárate cielo... Va a ser guerrera.

—¿Más que tú?

Sonrió radiante y Kennon la besó apasionado, recordándole que el futuro también podía traer cosas maravillosas.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos:

- 1- ViloX (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)

- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes
- 11-Condernada por tu amor (Serie época)
- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.

- 24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25-Mi mariposa (Fantasía)
- 26-Esa no soy yo
- 27-Confía en el amor
- 28-Te odiaré toda la vida
- 29-Juramento de amor (Serie época)
- 30-Otra vida contigo
- 31-Dejaré de esconderme
- 32-La culpa es tuya
- 33-Mi torturador (Serie oficina)
- 34-Me faltabas tú
- 35-Negociemos (Serie oficina)
- 36-El heredero (Serie época)
- 37-Un amor que sorprende
- 38-La caza (Fantasía)
- 39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40-No busco marido
- 41-Diseña mi amor
- 42-Tú eres mi estrella
- 43-No te dejaría escapar
- 44-No puedo alejarme de ti (Serie época)

- 45-¿Nunca? Jamás
- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53-Mi acosadora
- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí
- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada
- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)

- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira
- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad
- 74-Firma aquí
- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84-Sin mentiras
- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto

- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo
- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor
- 95-Barreras del pasado
- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes

- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tu eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2

3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente.

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. No te merezco
5. La consentida de la Reina
6. Lady Emily
7. Condenada por tu amor
8. Juramento de amor
9. Una moneda por tu corazón
10. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

